



**CUANTO MÁS LE IGNORO,
MÁS SE ACERCA**

EL TROLL

MARIA FRANKLAND

UN THRILLER PSICOLÓGICO RETORCIDO Y CLAUSTROFÓBICO

EL TROLL

CUANTO MÁS LE IGNORO, MÁS SE
ACERCA

MARIA FRANKLAND

Publicado por primera vez por Autonomy Press 2026

Copyright © 2026 por Maria Frankland

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, escaneo o de otro modo sin el permiso escrito del editor. Es ilegal copiar este libro, publicarlo en un sitio web o distribuirlo por cualquier otro medio sin permiso.

Esta novela es enteramente una obra de ficción. Los nombres, personajes e incidentes representados en ella son obra de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es totalmente coincidental.

Maria Frankland afirma el derecho moral de ser identificada como la autora de esta obra.

Primera edición

Diseño de portada por David Grogan www.headdesign.co.uk

*A todos los que han hecho comentarios despectivos en mis videos
promocionales – ime han inspirado este libro, así que gracias!*

Los trolls son lentos en la comprensión y terriblemente desconfiados de todo lo que es nuevo para ellos.

— J.R. TOLKIEN

APÚNTATE A MI LISTA «MANTENGÁMONOS EN CONTACTO»

Para estar al día de las novedades y ofertas especiales, apúntate a mi lista «mantengámonos en contacto» [aquí](#). Recibirás un eBook gratis como agradecimiento por suscribirte.



Sigue mi página de autor de Amazon para recibir alertas automáticas por correo electrónico de Amazon cada vez que sale mi próximo libro o se anuncia una oferta especial. [Sígueme haciendo clic aquí.](#)

PRÓLOGO

NADIE REPARA en mí mientras observo las ventanas iluminadas del hotel desde las sombras, bajo los árboles.

Nadie repara nunca en mí.

El personal de servicio revolotea como moscardones alrededor de los muertos. Va de un lado a otro entre las mesas, tomando y sirviendo pedidos, doblando servilletas, rellenando copas, atendiendo cualquier exigencia. Es una vida que nunca he conocido y que probablemente nunca conoceré.

En lugar de eso, me limito a observar de lejos cómo vive la otra mitad.

Una pareja sale del restaurante y enfila el lujoso pasillo de vuelta a su habitación. La mujer echa un vistazo a la oscuridad, pero no me ve. ¿Por qué iba a verme? La gente como ella no mira hacia la oscuridad.

Aprieto los puños dentro de los bolsillos y se me va de nuevo la mirada hacia la habitación de la planta baja, en el extremo del hotel. De pronto, la ventana se ilumina y una sombra revolotea de un lado a otro tras las cortinas.

La persona a la que llevo semanas observando, la persona que me hace sentir que no soy absolutamente nada, por fin ha vuelto a su habitación.

«Se acabó ser invisible», murmuro entre dientes mientras salgo de mi escondite y me enrolló una bufanda alrededor de la cara. Es hora de hacerme notar.

1

CHLOE

—¿QUE eres *qué*?

—Soy *bookfluencer*. —Sonrío mientras me preparo para explicarle en qué consiste exactamente mi trabajo a la dependienta del Tesco. Está claro que la curiosidad por saber qué hago con mi palo selfi en el pasillo de los libros ha podido con ella.

—¿Has oído hablar de los influencers de redes sociales? —Tengo la sensación de que es la millonésima vez que le explico a alguien en qué consiste mi trabajo.

—La verdad es que no —responde, con cara de sentirse un poco avergonzada, como si la hubiera pillado en un renuncio.

—No te preocupes. —Sonrío—. Casi nadie ha oído la palabra *bookfluencer*. En fin, eso es lo que soy: una influencer en internet, pero de libros.

—Ah. —Me dedica una sonrisa de entendida, como si por fin le hubiera caído la ficha, aunque noto que seguramente no ha sido así.

—Algunos influencers de redes sociales promocionan ropa o cosas para la casa —continúo—. ¿Estás en Instagram?

Niega con la cabeza. —Pero mi hija tiene una cuenta.

—Ah, vale... En fin, yo ayudo a promocionar libros para los autores, convengo a los lectores de que les den una oportunidad.

Eso es lo que estoy haciendo hoy. —Señalo los libros nuevos y relucientes a lo largo del pasillo.

—¿Como una bibliotecaria? —Levanta una ceja mientras otra dependienta se acerca sigilosa por detrás de nosotras, seguramente con ganas de meterse en la cautivadora conversación de su compañera.

—Bueno, algo así como una bibliotecaria.

—¿No estarías mejor en un sitio como Waterstones, en vez de en el Tesco? —Levanta una ceja—. A lo mejor allí no tendrías que contestar a tantas preguntas tontas de las dependientas.

—Voy a menudo, sí, porque allí sí que nos reconocen a las bookfluencers como parte del mundo del libro, pero de verdad que no me importan tus preguntas. —Le sonrío.

—Pero no te pagan por esto, ¿verdad? —La otra dependienta da un paso adelante.

—Sí que me pagan. Todavía tengo que pellizcarme al pensar que lo que empezó grabando mis reseñas se ha convertido en mi trabajo de verdad.

—¿Y quién te paga?

—Autores, editoriales, libreros... De verdad, se me ocurren formas peores de pasar los días.

Se miran la una a la otra. Espero no haber sonado despectiva con lo de cómo se ganan la vida ellas. Tengo que quitarle hierro.

—Antes de esto era auxiliar docente.

—Sí, te imagino trabajando con niños. Tienes ese aire.

—Adoraba a los niños con los que trabajé todos esos años, y la profesora a la que ayudaba era encantadora, pero el sueldo apenas daba para sobrevivir.

No voy a añadir que nunca sentí que mi tiempo me perteneciera; al menos no de lunes a viernes, de ocho a cuatro, ni lo demoledor que era que me estuvieran diciendo constantemente dónde tenía que estar y qué tenía que hacer.

Sandra Mason a la caja cuatro, por favor. Hay un cliente esperando.

—El deber me llama. —La primera dependienta suspira—. La encargada seguramente me ha visto cotorreando contigo.

—Atención al cliente —dice su compañera—. En fin, te dejamos con lo tuyo.

—Ha sido un placer conoceros a las dos —respondo.

—Y como era de esperar... —Sonrío a la cámara del móvil, en el extremo de mi palo selfi, y luego le doy a pausa cuando un anuncio retumba por la megafonía.

—El nuevo lanzamiento de Leanne Delaney tiene su propio expositor en el Tesco. —Giro la cámara hacia la impresionante pila del último libro de mi autora favorita—. Con cubiertas con letras en relieve metalizado y todo. —Señalo el texto plateado que brilla bajo los fluorescentes de la tienda—. Por no hablar de los cantos tintados. —Agarro uno de los libros por el lomo y lo giro para enseñar las dagas estampadas en el borde de las páginas—. Y encima parece que quien lleva esta tienda tiene sentido del humor. —Subo la cámara hacia el cartel que hay encima del expositor: «Thrillers retorcidos para mentes retorcidas».

—¿*Tú* tienes la mente retorcida? —les pregunto a mis posibles espectadores mientras acerco la cámara a mi cara—. Como lectora de pruebas de este libro, os puedo asegurar que la vais a tener, sin duda, después de leer esta historia en concreto.

Una compradora me mira raro al pasar a mi lado envuelta en una nube de perfume, y yo sonrío. La verdad es que *sí* tiene un poco de morro presentarme en el Tesco de mi barrio sin intención de comprar nada, solo a grabar.

Pero este vídeo, uno de los tres que me han encargado grabar, es un trabajo importante. La agencia de relaciones públicas de Leanne Delaney se ha convertido en mi mejor cliente y no para de escribirme para contratar mis servicios. Tengo que tenerlos contentos.

Supongo que me escriben tanto por la película que está a punto de estrenarse, basada en uno de sus libros anteriores. Después habrá aún más trabajo. Hasta tengo una invitación al estreno de la película. El recuerdo del mensaje de Facebook de Leanne cuando me invitó me recorre la espalda como un cosquilleo.

Después de todo el apoyo y el cariño que nos has dado a mí y a mis libros durante todos estos años, eres la primera en la lista de invitados, Chloe. ¡Después de tanto tiempo, no veo el momento de conocerte en persona!

Todavía sonriendo para mis adentros, me dirijo a la salida del supermercado, casi tentada por el aroma a cruasanes de la cafetería. Pero tengo un montón de vídeos que editar, así que tengo que volver a casa y ponerme con lo mío.

Al salir del gélido interior del supermercado al glorioso sol de septiembre, tengo otro de esos momentos en los que recuerdo lo increíble que es ser mi propia jefa, en vez de «pertenecer» a la administración educativa.

Hoy en día, elijo cuándo trabajo, para quién trabajo y qué hago para llenar mis días. Me invitan a presentaciones de libros y a festivales literarios, y recibo tantos ejemplares anticipados gratuitos como soy capaz de leer. Hace poco he tenido que mandar instalar estanterías nuevas en mi despacho de casa para que quepan todos los libros.

Me dejo caer en el asiento del conductor de mi coche, un regalo que me hice cuando las cosas despegaron: un Audi TT blanco. En su momento me pareció un capricho, pero después de años conduciendo cacharros oxidados y poco fiables, el vendedor no tuvo que insistir mucho. Como bien señaló mi madre, no, no es práctico, pero solo estamos la perra y yo, y a ella no hay nada que le guste más que ir en el asiento del copiloto. No tengo hijos que necesiten un asiento trasero grande, y me traen la compra a casa, así que tampoco necesito un maletero enorme.

Lo único que necesito para mi negocio es el móvil, el palo selfi y un portátil, además de que siga habiendo demanda de lo que hago.

Giro la llave de contacto; necesito un buen chorro de aire frío del aire acondicionado antes de ponerme a bucear entre las trescientas y pico notificaciones de Instagram. A algunos, la cantidad que tengo que revisar les parecería un inconveniente, pero suelen ser todos

mensajes amables y de apoyo. Intento centrarme en esos y no en los de otro tipo que recibo con demasiada frecuencia.

Ya que estoy, mejor voy revisándolos, porque en cuanto llegue a casa, antes de que pueda ponerme con nada, Ruby, mi caniche toy, exigirá que la saque a pasear.

En uno de los vídeos de ayer, un montón de espectadores han comentado que se mueren por saber de dónde es el vestido. Mi cuñada comentó hace poco que podría ganar una fortuna promocionando marcas de ropa, pero, como ya le dije, a mí solo me interesan los libros y apoyar a los autores.

Otros espectadores han comentado que el pelo me favorece cuando lo llevo suelto en rizos, en vez de con mi empeño habitual de recogérmelo todo en un moño en lo alto de la cabeza. Lo que no saben es que tardo una hora en dejármelo medio decente, lo lleve como lo lleve. No hace falta que sepan que cada mañana me despierto pareciendo Medusa y que tardo al menos dos horas en verme lista «sin esfuerzo» para la cámara.

Y luego, por supuesto, están los comentarios preciosos sobre los libros que promociono. Hacen que lo que hago merezca aún más la pena.

Madre mía, tengo que empezar a leer esto hoy mismo.

Corriendo a añadirlo al carrito.

Este libro suena increíble, ya te contaré.

Gracias, esto tiene pinta de ser perfecto para mis vacaciones.

Los voy repasando todos, dándole al corazón a cada comentario. Antes respondía a cada uno, pero ahora que el volumen asciende a cientos por publicación, se ha vuelto inmanejable. Seguramente estoy llegando al punto en que tendré que contratar a alguien que me ayude a dar abasto con el aluvión diario, pero por ahora me encanta leer personalmente todo lo que me mandan.

Dentro de lo razonable. Aparte de los mensajes no muy agradables, que cada vez son más habituales.

Un mensaje de mi madre se desliza por la pantalla.

¿Vienes hoy a comer, cariño? Voy a hacer un asado.
Vienen Matt, Elsie y los niños.

La punzada de culpa, en lo más hondo, me pilla por sorpresa. Es como si mi madre usara la promesa de un asado del domingo y la presencia del resto de la familia para convencerme de volver a la que fue mi casa de la infancia y reunirme con ellos. Últimamente no me he esforzado ni de lejos lo suficiente con mi familia. Sé que he estado ocupada, pero no es excusa.

Claro que iré, mamá. Tengo ganas de ponernos al día.
¿Llevo vino? x

¡Tú, nada más! ¡Vino tenemos de sobra! x

Y de verdad *tengo* ganas de ponernos al día. Estar con mi sobrino y mi sobrina me recuerda lo que de verdad importa y me mantiene con los pies en la tierra.

A ellos les da igual cuántos seguidores tenga en internet o cuántos autores quieran trabajar conmigo. Lo único que les importa es que la tía Chloe los lleve a caballito, les pregunte qué han estado haciendo y los lleve al parque. La única pega, probablemente, va a ser mi hermano. No sé qué le he hecho para que se enfade conmigo en estos últimos meses, pero cada vez que nos vemos está más borde. Mi cuñada tampoco entiende qué le pasa, más allá de que en el trabajo las cosas le han ido rematadamente mal.

Tendré que pasar por casa a cambiarme los pantalones capri y los tacones por algo más apropiado para un domingo en familia, pero antes vuelvo a Instagram para revisar los mensajes directos. Ahí es donde está el dinero de verdad, donde llegan las ofertas de las agencias de relaciones públicas y de los autores, todos peleándose por contratar mis servicios. Al fin y al cabo, mis vídeos reciben decenas de miles de visualizaciones, muchos se hacen virales y suelen traducirse en una avalancha de ventas para el autor en cuestión. Nada me hace más feliz que saber lo que he podido cambiar en la carrera de un autor.

Ah, tengo un mensaje precioso y lleno de gratitud de una autora debutante a la que ayudé gratis la semana pasada. Casi siempre cobro a los autores por mis servicios, pero uno de cada diez vídeos lo hago sin cobrar.

Al fin y al cabo, sé lo que es empezar, intentar crearte un público cuando sientes que estás gritando al vacío. Incluso cuando ya hay unas cuantas personas ahí, puedes tener la sensación de que nadie te escucha. Pasé muchos meses así, casi sin visualizaciones ni comentarios, y hasta cuando un vídeo *sí* despegaba, acababa cayendo entre un público de hombres cavernícolas, mucho más interesados en soltar comentarios despectivos que en los libros que yo promocionaba.

Muchísimas gracias por lo que has hecho por mí, Chloe. Mi libro ha entrado entre los cinco primeros de la lista de los más vendidos. Te mando un enorme abrazo de agradecimiento. La próxima vez podré pagarte, y merecerá hasta el último penique.

Desde luego, con esta autora habrá una próxima vez. Ha sido un auténtico placer trabajar con ella desde su primer mensaje. Pasa algo parecido con los demás autores con los que trabajo, incluso con los que han pagado el paquete premium. La inversión debe de salirles a cuenta, porque siempre vuelven a ponerse en contacto para contratarme de nuevo, y siempre están llenos de gratitud.

Pero, mientras sigo bajando, me topo con un mensaje que me hace soltar un quejido en el silencio del coche. Es un mensaje de alguien insistente. Alguien a quien he acabado llamando el pesado de los cojones.

Otro mensaje furibundo más.

2

TARA

—¿POR qué algunas personas lo tienen todo mientras otras no tienen nada? —Franky levanta la vista del ordenador mientras yo voy de un lado a otro por el recibidor con el plumero.

El hueco bajo la escalera se ha convertido en el diminuto despacho de mi marido, literalmente el único rincón de toda la casa donde cabía su mesa sin que nadie tropezara con ella y se hiciera daño. No es que las niñas pasen mucho tiempo aquí abajo últimamente; están demasiado ocupadas poniendo eso que ellas llaman música —yo lo llamo ruido— en sus cuartos.

—En vez de quedarte ahí sentado torturándote, ¿por qué no te haces útil y sacas al perro? —La verdad es que me vendría bien quitarme a Franky de en medio. Desde luego, me vendrían bien veinte minutos de paz. No habla más que de su trabajo y de sus libros, y no hace más que quejarse.

—Mírala, con su contrato para el cine y todo el mundo alucinando con sus libros. —Señala la pantalla—. ¿Por qué cojones no me pasa a mí algo así para variar?

—A lo mejor te esfuerzas demasiado —respondo. Me gustaría decirle *a lo mejor sus libros son mejores que los tuyos*, pero me cortaría en seco.

—Vivimos en un mundo en el que el ganador se lo lleva todo, Tara, y yo, desde luego, estoy a punto de plantarme y hacerme valer. —Mi marido se reclina en su silla giratoria y se cruza las manos detrás de la cabeza—. Lo que yo escribo es tan bueno como lo de esa mujer.

—Quizá si dedicaras más tiempo a escribir y menos a compararte con quienes llevan mucho más tiempo en esto...

—Leanne Delaney empezó a escribir casi al mismo tiempo que yo, para que lo sepas; lo he leído en su biografía. —Franky se gira en la silla para mirarme por debajo del flequillo demasiado largo, pero noto que en realidad no me ve. Hace mucho que no me ve. Ni siquiera se dio cuenta ayer, cuando volví a casa después de que en la peluquería me destrozaran el pelo. Dije que quería un corte bob, pero, en lugar de imitar la preciosa foto que encontré en internet, ahora el pelo apenas me llega a las orejas. Estuve a punto de gritar *¡para!* después del primer tijeretazo, pero entonces me di cuenta de que ya era demasiado tarde. Tampoco es que se pudiera volver a pegar el pelo en su sitio.

—Así que a lo mejor ella simplemente hace las cosas de otra manera.

—Ha contado con el apoyo de gente como *Chloe Taylor*. —Nunca había oído a nadie pronunciar el nombre de otra persona con semejante desprecio.

Franky vuelve a la pantalla y abre una imagen de la influencer, o *bookfluencer*, como se hace llamar ella, en quien ha depositado todas sus esperanzas de éxito. —Seguro que a *Leanne Delaney* no le cobra tres mil libras por cinco vídeos de mierda.

—Seguro que le cobra bastante más. —Me agacho a recoger los zapatos de Olive y Mia del felpudo y colocarlos en el zapatero. Debería gritarles que bajen a hacerlo ellas mismas, pero no me oirían con el estruendo que tienen montado arriba.

—Le he mandado otro mensaje —dice Franky.

—¿A quién? —Seguro que no le está escribiendo a la autora. Demasiado ocupada y demasiado importante para hacerle caso a Franky.

—A *The Twisted Sister*, que es como se la conoce en Instagram.

—¿La bookfluencer?

—Sí. Calculo que, si le escribo las veces suficientes, conseguiré que cambie de opinión.

—¿Sobre qué? —Me pongo de pie otra vez para mirar mejor su pantalla. El asunto con esta mujer lo tiene obsesionado.

—Sobre que baje sus tarifas.

—Por favor, no te comprometas a nada, Franky. No podemos permitirnos más gastos.

—Pero ella podría encumbrar o hundir mi carrera. Si consigo que me cobre menos, que recomiende mis libros es una obviedad.

—¿Y qué pasa con la hipoteca para la que se supone que estamos ahorrando la entrada? Si esa asesora hipotecaria que fuimos a ver la semana pasada consigue cuadrarnos todo, vamos a necesitar hasta el último penique.

—Tendríamos mucho más de lo que necesitamos con que consiga que haga *un* vídeo.

—Lo que nos queda en el banco no es para malgastarlo en una bookfluencer de mierda.

No voy a mencionar que compruebo cada dos por tres que sigue en nuestra cuenta conjunta; solo serviría para montar una bronca.

—No es ninguna *bookfluencer de mierda*. —Frunce el ceño mientras abre la pantalla de mensajes—. En fin, lee este mensaje que le he mandado. A ver qué te parece.

El mensaje que le ha enviado es como un ensayo en miniatura. Joder, solo de verlo tan denso en la pantalla ya echa para atrás.

No entiendo cómo puede justificar el cobro de unas tarifas tan desorbitadas por apenas treinta minutos de su tiempo. También me consta de buena fuente que ha hecho vídeos gratis para otros autores noveles, así que ¿por qué no me concede la misma cortesía? Por el bien de su reputación online, le insto a rebajar su tarifa a trescientas libras. Sería un reflejo más justo del esfuerzo que conlleva. Un saludo, Franky Newsome, autor de thriller psicológico.

—Madre mía, ya sé que eres escritor, pero esto es *Guerra y paz* para un mensaje de Instagram. ¿Era un borrador o le has dado a enviar de verdad?

—Pues claro que lo he enviado —responde—. Y no dudaré en repetir lo que pienso sobre la forma injusta en que trata a la gente si no recibo la respuesta que quiero.

—Repetir lo que piensas... ¿dónde?

—En Instagram, ¿dónde va a ser? —Se quita las gafas y se frota los ojos—. Y en cualquier otro sitio donde pueda, desde mi plataforma.

Me doy la vuelta. No hace falta que le diga en voz alta lo que ya sabe: que su supuesta plataforma no existe, y no veo que eso vaya a cambiar nunca. Podrá tener estos sueños descabellados, pero da la sensación de que estamos destinados a estar siempre sin blanca. Tal como van las cosas, no nos veo teniendo nunca un hogar estable.

—¿Vas a sacar a Stella a pasear o qué? —Señalo a nuestra vieja perra pastor alemán, en su cesta en un rincón del recibidor, que levanta una oreja al oír su nombre. Es un milagro que me haya oído siquiera por encima del bum, bum, bum que retumba a través del techo.

—Que la saque una de las niñas. —Frunce el ceño ante la pantalla—. Y, ya que estás, diles que BAJEN ESE PUTO RUIDO.

Sus gritos me hacen dar un respingo. Nunca he conocido a un hombre que grite tan alto como mi marido. Basta para que Stella se hunda todavía más en su cesta.

Me sorprende que las dos niñas lo hayan oído, pero casi al instante baja el volumen de arriba. Si fuera *yo* quien les dijera a nuestras hijas que bajaran la música, no me harían ni caso, pero cuando su padre dice «saltad», ellas preguntan «¿a qué altura?». Están tan ansiosas por mantener la paz como yo, sobre todo cuando Franky está trabajando, cosa que hace cada minuto que pasa despierto. Y luego, por la noche, mientras los demás dormimos, se queda levantado hasta las tantas. El ordenador se ha vuelto mucho más importante para él que el tiempo con su familia.

Una silueta aparece en el cristal esmerilado de la puerta de entrada. Pero justo cuando quien sea levanta la mano para llamar,

yo ya he abierto.

—He pensado que mejor te traía esto. —Nuestra vecina, Linda, me planta un paquete en las manos mientras yo entrecierro los ojos por el contraste entre la penumbra del recibidor y el sol radiante—. Ayer no abrió nadie cuando pasó el cartero.

—Estaría en el trabajo —respondo, cogiendo el paquete—. Gracias. Que te vaya bien. —Parece que va a decir algo más, pero yo ya estoy cerrando la puerta.

—¿Y dónde estabas *tú* ayer cuando pasó el cartero?

—Salí un rato.

—¿Y dejaste solas a las niñas?

—Las dos estaban fuera, cada una a lo suyo.

—¿Y adónde fuiste?

—A una cafetería, a escribir un poco. ¿Qué es esto, la Santa Inquisición?

Supongo que le estoy haciendo demasiadas preguntas. Pero, tal y como se ha estado comportando últimamente, nadie podría culparme. —¿Y qué has pedido, por cierto? —Cruzo el recibidor y dejo el paquete al lado de mi marido—. ¿Con dinero que se supone que es para los gastos de la casa? —Más preguntas, pero me da igual.

—Solo son unos cuantos libros más sobre marketing. —Empieza a rasgar el paquete—. Ya te lo he dicho: tengo que conseguir que esto funcione. Tengo que hacer que mis libros vendan, cueste lo que cueste. Al fin y al cabo, no es que tenga un plan B.

Otra vez el síndrome del objeto brillante: hacer caso a todo tipo de consejos supuestamente revolucionarios en lugar de aplicar un poco de sentido común. Su peor ocurrencia, de la que no me enteré hasta que ya era demasiado tarde, fue cargar los gastos de publicidad a las tarjetas de crédito. Menos mal que cambié nuestra cuenta para que exigiera «autorización de ambos» y pude cortarlo de raíz antes de que la deuda se descontrolara aún más.

Llevo dieciocho meses viendo esta clase de desesperación una y otra vez, desde que despidieron a Franky por reducción de plantilla. El dinero de la indemnización ha desaparecido mucho más rápido de

lo que yo esperaba, y nos ha dejado en una situación casi imposible que mi sueldo, por sí solo, no alcanza ni de lejos a cubrir.

—Ayer llegaron unas cartas. —Franky señala un montón de sobres encajado entre su ordenador y la pared.

—¿Y las has guardado hasta hoy?

Se encoge de hombros mientras se las cojo, con el corazón ya en un puño al ver el fajo de sobres sujeto con una goma elástica. Por más que lo intento, no consigo imaginarme que ninguno traiga buenas noticias. El correo lleva semanas yendo a peor.

Me dejo caer en el segundo escalón, dispuesta a echarles un vistazo a estas malditas cartas para poder seguir con mi día. Casi todas vienen en esos sobres marrones con ventanilla, que suelen ser señal de malas noticias.

—«Póngase en contacto con el banco para tratar su descubierto no autorizado» —leo la primera línea en voz alta, como si esperara que Franky tuviera una solución.

Sigue callado. Estupendo. Apenas me atrevo a abrir las demás.

—«Se le ha aplicado un recargo de 45 libras por pago atrasado en su tarjeta de crédito».

Franky gira la cabeza de golpe hacia mí. —¿Cuál?

—La tarjeta que sacaste a mi nombre.

Se queda callado, cosa que no me sorprende. Cuando la sacó, me prometió que tenía la estrategia perfecta para cuadruplicar lo que pensaba gastarse en anuncios, pero acabó siendo tan inútil como el resto de sus predicciones.

—Y la siguiente carta es —tamborileo con los dedos en la rodilla, imitando un redoble— por el impago del impuesto municipal. Excelente. Encima amenazan con mandar agentes de embargo si no se paga en los próximos veintiocho días. Franky, no podemos seguir así.

—Cuéntame algo que no sepa.

—También parece que ya tenemos la respuesta sobre el préstamo. —Agito la carta en el aire mientras me pongo de pie otra vez—. Al menos esto quizá nos saque del pozo.

—Dámela. —Franky extiende la mano—. Las cartas que abres *tú* parece que solo traen malas noticias.

Lo dice como si fuera culpa mía. No creo que valore lo mucho que trabajo, llevando la panadería desde primera hora de la mañana hasta bien entrada la tarde, y encima hoy, en uno de mis preciados días libres, yendo de aquí para allá limpiando la casa mientras él está ahí sentado sobre su culo mirando el ordenador. Me saca de quicio la de horas que se tira en ese escritorio.

Y aun así, por mucho que no pare de un lado a otro, no consigo quitarme todo este peso de más que he cogido en el último año y medio. Le echo la culpa a mis niveles de cortisol, sin duda por el estrés. Y de eso culpo directamente a mi marido.

Contengo la respiración mientras Franky corta la parte de arriba de la carta con el abrecartas. *Por favor, por favor, por favor, que hayan aprobado el préstamo*, digo para mis adentros. De mi última nómina, lo que debería haber ido a pagar facturas se fue en equipar a las niñas para el nuevo curso. Los blazers, los abrigos, los zapatos y todo lo demás del uniforme no salen baratos, y menos cuando una de ellas está en segundo del instituto selectivo, intentando no ser menos que las demás. Todas las amigas de Olive son de familias con dinero, y no hay quien la aguante con eso.

Mia solo tiene diez años, así que no es tan materialista como su hermana de trece, pero lo veo venir. Desde luego es lo bastante lista como para aprobar el examen de acceso al instituto selectivo (el «eleven plus») y entrar. Así que dentro de poco tendré a las dos haciéndome sentir culpable a la mínima ocasión.

—Nuestra solicitud de préstamo ha sido denegada. —La voz de Franky es totalmente inexpresiva.

—¿Qué? —Al principio creo que lo he oído mal—. Pero ¿por qué?

Dios mío. Estaba segurísima de que nos lo iban a aprobar, sobre todo siendo a través de una cooperativa de crédito, que se supone que ayuda a quienes tienen un mal historial crediticio.

Se encoge de hombros. —La ha firmado esa estirada de la oficina de Ilkley.

—¿Jade? —Me viene a la mente la cara que puso cuando Franky le dijo que era autor autopublicado. Al salir del edificio, él había

comentado: *Siempre es lo mismo. Solo porque no tengo una editorial pija respaldando lo que escribo, las listillas sarcásticas como ella dan por hecho que es una mierda.*

—Jade Harrison. —Franky paladea su nombre casi con aire pensativo, como si lo saboreara antes de escupirlo al suelo. Le conozco esa expresión.

Me acerco a su escritorio mientras teclea «Jade Harrison, Ilkley» en Instagram, y aparece toda una ristra de Jade Harrison en los resultados. La que él tiene en mente es la segunda desde arriba, luciendo esa misma sonrisa condescendiente que nos dedicó al otro lado del mostrador cuando jugaba a ser Dios con nuestras finanzas. Sabe que trabajo; podría haber aprobado nuestra solicitud.

—¿Qué haces? —jadeo—. No irás a mandarle un mensaje a *ella* también, ¿verdad?

—A esa me la apunto —responde con gesto sombrío—. ¿Esa es otra carta? —Mira el único sobre sin abrir que aún sostengo, con nuestra dirección escrita a mano por delante.

—A lo mejor esta es buena noticia. —Lo rasgo para abrirlo—. Desde luego, esta carta tiene una pinta algo más amable que las demás. Hasta podría ser de la asesora hipotecaria, para decirnos que nos la han concedido. —Aunque, si soy sincera conmigo misma, sé que es poco probable. Si no conseguimos ni un préstamo de la cooperativa de crédito, ¿cómo demonios vamos a conseguir una hipoteca?

Pero la carta es de nuestro casero, y confirma lo que dijo hace unas semanas cuando nos hundió el mundo.

Estimados señores Newsome:

Por la presente confirmo nuestra reciente conversación.

Tengo previsto poner a la venta el número 7 de Crosby View y les ofrezco la opción preferente de compra del inmueble.

Disponen de veintiocho días, a partir de la fecha de esta carta, para realizar las gestiones necesarias y presentar una oferta aceptable.

Un cordial saludo, Simon Bradbury (arrendador)

Cruzo los dedos para que la compra de esta casa salga adelante. Una de mis clientas de la tienda me recomendó con entusiasmo a la asesora hipotecaria; por lo visto, hace milagros. Pero en nuestro caso va a tener que hacer unos cuantos.

No podemos, no podemos perder la casa que llevamos diez años alquilando a un precio tan razonable. Supongo que deberíamos estarle agradecidos al casero por darnos esta oportunidad de comprar, pero aun así no me creo que vaya a venderla y dejarnos sin hogar después de tanto tiempo siendo tan buenos inquilinos. Me parece que le puede la codicia.

Tampoco me creo que los astros se vayan a alinear y podamos comprarla. No con las deudas que tenemos.

Franky habla de que no tiene un plan B para su carrera como escritor, pero nosotros tampoco tenemos un plan B con lo de la casa.

Lo cual nos deja más desesperados que nunca. Franky suele decir «*cuando una puerta se cierra, otra se abre*». Sin embargo, lo único que veo yo es que, miremos donde miremos, otra puerta se nos cierra en las narices.

—¿Has visto esto, Elsie?

Mientras mamá trajina en la cocina con los moldes para el Yorkshire pudding y el delicioso olor a rosbif nos envuelve, le enseño a mi cuñada la ristra de mensajes que me ha mandado Franky Newsome últimamente.

Mis sobrinos están callados por una vez, los dos absortos en sus respectivas pantallas, con mi perra acurrucada a su lado en el suelo. Mi hermano también está pegado a su pantalla, con el ceño fruncido, casi su expresión permanente.

—Madre mía, menudo gilipollas engreído. —Elsie se ríe mientras recorre la pantalla de mi móvil.

—Y un creído de cuidado, por lo que dice el mensaje. —Papá se asoma por encima del hombro de Elsie, detrás de su sillón. Lleva puesta la ropa vieja de jardinear, así que seguro que mamá no tardará en mandarle que se cambie para comer—. ¿Sus libros merecen la pena?

—Con la actitud que tiene, me da igual que sus libros sean mejores que los de Leanne Delaney. —Hago una mueca—. Vamos, ¿quién narices se cree que es?

—¿Ya tienes fecha para el estreno de la película? —Elsie se inclina hacia delante en el sillón, con cara de emoción—. Ojalá

podiera ir yo. Me he leído el libro dos veces, y con Maretta Charles y Brandon Guest de protagonistas, apuesto a que la película puede ser incluso mejor que el libro.

—Yo también lo creo. —Recupero mi móvil.

—Ya no puede quedar mucho.

—El martes de la semana que viene. —Hago una mueca de pura emoción al pensar en el evento, que por fin puedo contar en días en vez de en meses—. Hasta me van a alojar en un hotel de cinco estrellas.

—Cómo vive la otra mitad, ¿eh? —Papá me da un empujoncito juguetón en el hombro—. Pero espero que te lleven en coche con chófer por Londres. No me gustaría imaginarme a mi niña borracha como una cuba, deambulando sola por una ciudad grande y peligrosa.

—Que ya soy mayorcita, papá. —Sin embargo, en el fondo me reconforta la preocupación de mi padre por mi seguridad, así que sonrío. Estaría bien que mi hermano pensara igual, pero me temo que esos días quedaron muy atrás. Aun así, me alegro mucho de que mamá me mandara un mensaje para recordarme esta comida. No hay nada que me haga más feliz que estar entre los míos.

Miro por la ventana el jardín soleado en el que Matt y yo correteábamos de pequeños, el jardín en el que mi padre, ahora que se acaba de jubilar, tiene tiempo de volcarse en cuerpo y alma.

—Bueno, niños, creo que ya habéis tenido bastante rato con esas pantallas. —Elsie cruza una pierna enfundada en vaqueros sobre la otra—. Seguro que a la tía Chloe le gustaría ver algo más que vuestras coronillas. Y al abuelo también.

—La verdad, será mejor que vaya a ver si vuestra madre necesita una mano. Ya sabéis lo agobiada que se pone con el asado del domingo.

—Jo, mamá, solo cinco minutos más —protesta mi sobrino, Jonathan.

—¿Qué es eso que os tiene tan enganchados? —Me levanto del sofá y me arrodillo junto a mi sobrina en la alfombra mullida para investigar—. ¿Qué hay más interesante que vuestra querida tía?

Jonathan está obsesionado con una demo de un videojuego en YouTube, y Hannah está mandando SnapChats a sus amigas del cole.

—Tú estás igual de enganchada a *tu* pantalla, Chloe. —Mi cuñada se ríe—. Te echo toda la culpa a ti de su adicción. Y a *él*. —Señala con la cabeza en dirección a mi hermano.

—Estáis pendientes de lo que hacen, ¿verdad? —Miro de mi hermano a mi cuñada. Puede que me esté pasando de la raya, pero con nueve y once años, Hannah y Jonathan son muy pequeños para andar mandando mensajes.

—Pues claro que sí —salta él sin siquiera levantar la vista del móvil—. Y no necesitamos que alguien que nunca ha tenido hijos nos dé lecciones de cómo ser padres.

Ay.

—¡Matt! —Elsie frunce el ceño y luego articula en silencio la palabra *perdón*.

—Solo quería decir que hay mucho chalado suelto —añado después en voz más baja—. Y muchos parecen venir directos a por mí.

—¿Hablas de ese tal Franky Newsome? —pregunta Elsie.

—Entre otros. No me importaría tanto, pero los que tienen el morro de comentar mi aspecto o no tienen foto de perfil, o parecen salidos directamente de la cámara de los horrores.

—No sé quién sería capaz de hacer comentarios ofensivos sobre tu aspecto —dice Elsie—. Ni puñetero caso.

—¡La comida está lista! —Hasta a Ruby se le levantan las orejas cuando, poco después, la voz de papá brama desde la cocina. Con la comida del domingo siempre es el mismo ritual. Papá preside las fuentes mientras entramos y nos servimos, tan orgulloso como si hubiera cocinado él toda la comida, aunque lo único que hace es remover la salsa y ayudar a mamá a sacarlo todo del horno. Ella se estresa cocinando para tanta gente, pero le encanta tenernos a todos juntos, siempre y cuando después recojamos la cocina y le preparemos una taza de té.

—Bien hecho, papá. —Paso junto a él y cojo el plato que me ofrece mi madre, con el delantal puesto—. La salsa tiene mejor pinta que nunca.

Ruby se acurruca junto a la puerta trasera, y su pelaje rojizo se confunde con el color del felpudo. Tendrá su propio plato de comida, pero no hasta que los demás hayamos terminado de comer.

—Qué bonito que hoy estemos todos aquí. —En vez de servirse carne en su propio plato, la deja en el mío—. Te hemos echado de menos, Chloe.

—Lo siento. —No es muy habitual que papá diga algo tan sentido. La cocina se queda un momento en silencio hasta que habla mi hermano.

—A mí nunca me dices esas cosas —suelta—. Solo al ojito derecho.

—Ay, Matt. —Elsie pone los ojos en blanco—. Déjalo ya.

—Nos preocupamos cuando pasamos tanto tiempo sin saber de ti —añade mamá.

Me alegra que no le siga la corriente a mi hermano. Él solito queda como un idiota con sus comentarios ridículos.

—Os prometo que a partir de ahora me esforzaré más por venir los domingos. Es solo que...

—¡El trabajo! —dicen Hannah y Jonathan a la vez antes de partirse de risa.

—Pero ahora eres tú la jefa, ¿no? —Papá se seca la frente, cada vez más despejada, con un paño de cocina—. Así que digo yo que podrás elegir tu horario, sobre todo el fin de semana. Y más ahora que eres una crítica de libros tan importante. —Me hace una reverencia burlona y luego vuelve a la fuente de carne.

—Anda ya, papá. Además, si alguna vez se me suben los humos, no tengo más que pasarme por aquí para que me los bajen. —Miro de reojo a mi hermano, deseando que me devuelva la sonrisa como habría hecho en otros tiempos. Pero, como siempre, frunce aún más el ceño.

—Abuela. —Jonathan coge sus cubiertos del bote que hay en el centro de la mesa—. Creía que no podíamos usar el móvil durante la comida, y a la tía Chloe no para de encendérsele el suyo. —Señala

hacia donde lo he dejado, junto al mantelito individual más cercano a la ventana.

—Chivato. —Le revuelvo el pelo—. Si vas a chivarte, jovencito, a lo mejor me voy yo sola a los columpios cuando hayamos comido.

—¿Eso significa que puedo recuperar mi tablet si no voy al parque? —Se le sube la voz y se le ilumina la cara.

—No, no significa eso. —Elsie niega con la cabeza—. Te guste o no, vienes al parque cuando hayáis hecho la digestión. Un poco de aire fresco y correr un rato es justo lo que necesitáis tu hermana y tú.

Suspiro de felicidad mientras me siento a la mesa con mi familia y doy sorbos al vino tinto afrutado que mamá ha servido para los adultos. Para esto son los domingos, para estar con la gente a la que quiero: desconectar y comer algo delicioso, aunque mi hermano sea un puñetero amargado.

Por ahora, los libros, los autores engreídos e incluso mi ídolo, Leanne Delaney, dejan de ocuparme la cabeza. Solo temporalmente. Mañana se retoma la programación habitual.



Mientras los niños se preparan para ir al parque, no puedo resistirme a echar un vistazo al móvil solo para ver cuántas visualizaciones ha sumado la publicación de esta mañana, la que grabé en el supermercado, desde la última vez que miré. Hala, ha superado las treinta mil, como era de esperar cuando grabo cualquier cosa relacionada con Leanne Delaney.

No me puedo creer la suerte que tengo de estar entre las primeras personas en ver su película y, por fin, después de todos los mensajes que nos hemos mandado, poder conocerla en persona. Solo espero que se me ocurra algo que decir y no me quede muda de los nervios y la emoción.

—Mira, ya está con el mono del móvil. —Elsie se ríe y me señala—. En serio, estás igual que los críos.

—Me ha escrito ese hombre. —Debería haber dejado el móvil en el bolso, con la cremallera cerrada.

—¿Y qué dice? —Se recoge el pelo en una coleta y se coloca a mi lado, agachándose un poco porque es mucho más alta que yo.

—Te lo leo.

Han pasado varias horas desde que le escribí y veo que sigue sin contestar. ¿Y si lo dejamos en 500 libras? Esa tendrá que ser mi oferta final.

—Lo plantea como si me estuviera haciendo un favor... ¡*oferta final!* —Le pongo la pantalla delante a Elsie—. En serio, es el pesado de los cojones y ojalá dejara de escribirme. Hay un montón de bookfluencers que le grabarían un vídeo por ese precio.

—Pero ninguno tiene ni de lejos tanto tirón como tú.

Noto que se me suben los colores mientras le engancho la correa a Ruby, que espera. —Voy a tener que contestarle, ¿verdad, Elsie? Es la única forma de quitármelo de encima.

—Dile que, en exclusiva para él, le duplicas la tarifa. —Elsie se incorpora tras atarse las zapatillas, con una sonrisa de oreja a oreja—. Dile que esa es *tu* oferta final.

—Uf, no sé.

—Con eso sí que te lo quitarías de encima. Venga, considéralo un reto.

—Venga, tía Chloe. —Jonathan y Hannah esperan en la puerta.

Le devuelvo la sonrisa a mi cuñada antes de pasarle la correa del perro para que la sujete. —Ya sabes lo que pasa siempre que me retas.

—Por eso lo he hecho.

—Un segundito, niños. —Abro los mensajes directos y empiezo a redactar la respuesta.

Los dos protestan mientras leo en voz alta lo que voy escribiendo.

Estimado Sr. Newsome: gracias por los mensajes que me ha enviado hoy, domingo, un día que me gusta dedicar a mi familia. He considerado su oferta detenidamente y me gustaría responder con una contraoferta exclusiva. Por ello, he duplicado mi tarifa original a 6.000 libras. Un cordial saludo, The Twisted Sister.

—Se va a poner hecho una furia. —Elsie agarra el pomo y abre la puerta. Los niños salen disparados hacia la verja como animales salvajes.

Salgo detrás de ellos y me giro hacia ella. —¿Le has preguntado a Matt si quería venir al parque?

Pone cara de circunstancias y asiente. —No hace falta ser adivina para saber qué ha contestado.

—Seguramente no debería haber enviado ese mensaje. No es que sea muy profesional que digamos.

—Qué va. —Elsie coge el balón del porche—. Al fin y al cabo, un negocio consiste tanto en ahuyentar a quien no te conviene como en atraer a quien sí.

—Sé que tienes razón —contesto—. Pero el mensaje que ha mandado antes el tío ese tenía, bueno, como una especie de advertencia, ¿no te parece?

—¿A qué te refieres?

—Hablaba de *proteger mi reputación online*. ¿Crees que podría estar planeando algo horrible?

—¿Como qué?

—No lo sé... ¿una especie de campaña de desprestigio? —Me guardo el móvil en el bolsillo—. Todos los días oyes hablar de gente a la que cancelan en internet.

Es uno de mis mayores miedos. Todo mi sustento depende de mi presencia online.

—Ese hombre es un pirado. —Elsie me lanza el balón y, con unos reflejos aún tan buenos como cuando mi hermano me hacía la misma jugada, lo atrapo al instante—. No puede hacerte *nada*.

Pero por mucho que mi cuñada intente tranquilizarme, no puedo evitar preocuparme por si haberme puesto a malas con Franky Newsome, autor de thrillers psicológicos, acaba volviéndose en mi contra.

Al fin y al cabo, se gana la vida matando gente. Investiga cómo cometer un asesinato sin que te pillen. Puede que solo sea sobre el papel, pero aun así me da grima.

4

TARA

—MIRA ESTO, Tara, no me lo puedo creer. —Apenas he cruzado el umbral tras un largo día de trabajo y Franky ya está despotricando. Está pálido y cansado. Mando a Stella de vuelta a su cesta cuando intenta hacerme fiestas alrededor de los pies. No tengo energía ni siquiera para la perra.

—¿Y ahora qué pasa? —Dejo caer las bolsas de la compra junto a la puerta y cruzo a toda prisa el recibidor. Tiene abierta la ficha de uno de sus libros, así que no puede ser nada demasiado grave. Frunzo la nariz por el olor: una mezcla de sudor y perro. Por mucho que limpie, no consigo quitar ese tufo rancio.

—Me gustaría verla a ella escribir un libro. —Se le endurece la voz mientras señala la pantalla con el dedo—. No tiene ni idea de lo que me ha costado escribir esto, ni del tiempo que le he dedicado, para que luego venga ella a destrozarme cada palabra que he escrito. ¿Qué clase de persona le hace algo así a la obra de otro?

Repaso la reseña que tanto lo ha alterado.

Espantoso es quedarse corto. Estrellas negativas, reza el titular. Ay, madre. Con razón tengo siete llamadas perdidas en el móvil. Seguramente lleva toda la tarde intentando desahogarse.

—¿Te lo puedes creer? —Su voz es una mezcla de abatimiento y furia.

—Espera, deja que la lea entera. —Miro a mi marido y enseguida me arrepiento de haberlo hecho. Últimamente apenas lo reconozco. A saber cuándo se afeitó por última vez, y lleva la misma ropa que ha llevado todo el fin de semana.

O sea, dos horas de mi vida que nadie me va a devolver. No pude leer semejante bodrio más que eso y, la verdad, ni yo me creo que aguantara tanto, esperando a ver si la cosa mejoraba.

Es una pena que el libro fuera tan espantoso, porque la idea podría haber sido brillante en manos de un autor decente; hasta de uno con una pizca más de talento que Franky Newsome.

Llegué a la cuarta parte, y eso quedándome dormida dos veces por el camino. La prosa es farragosa, demasiado descriptiva y recargada. La historia es aburrida y, sinceramente, no hay trama que valga.

Está claro que al autor le encanta oírse a sí mismo, pero a mí, desde luego, no me gusta ni un ápice.

—Es solo una reseña, Franky. La opinión de una persona. —Le pongo la mano en el hombro, pero se la sacude de encima. No sé para qué me molesto. De hecho, hay días en que no sé ni para qué me molesto en volver a casa. Atrás quedaron los días en que me preguntaba qué tal el trabajo. Es como si el mundo entero girara en torno a él y solo a él.

—Pero no es solo la opinión de una persona. —Hunde la cabeza entre las manos.

La reseña siguiente también es negativa. El titular dice: *Esto podría haberlo escrito un niño.*

Hagas lo que hagas, no compres este libro. Ahórrate el dinero. Gástatelo en algo más provechoso que este montón de tonterías pretenciosas.

Debajo hay varias reseñas del mismo estilo. De acuerdo, era el primer libro de Franky, y sé por lo que él mismo dice que los autores a menudo necesitan tres o cuatro libros para encontrar su voz y su estilo, pero, la verdad, esto no es bueno. Respiro hondo. Es hora de decir lo que llevo tiempo posponiendo. Con la solicitud del préstamo denegada, y ahora esto, la conversación que tenemos pendiente ya no se puede aplazar más.

Lo del préstamo me ha dejado hundida. Llevo todo el día queriendo ponerme en contacto con esa tal Jade Harrison de la cooperativa de crédito para rebatir su decisión y ver si podemos recurrir, pero he estado hasta arriba en el trabajo. No tiene ni idea de hasta qué punto contábamos con que nos aprobaran la solicitud.

—Vas a tener que buscar trabajo, Franky. —Retrocedo un paso, preparándome para la inevitable explosión—. No podemos seguir así de precarios.

—Pero dijiste que apoyarías mi carrera como escritor. —Se levanta del asiento. Es tan alto que, de pie, me saca una cabeza—. Me prometiste que podría dedicarme a escribir.

—Has tenido dieciocho meses. —Le planto cara. Me niego a dejarme intimidar por él, ni por él ni por nadie, la verdad—. Y por desgracia, no ha salido bien.

Hace dieciocho meses las cosas eran distintas. Tras el despido de Franky teníamos lo que parecía bastante dinero en el banco, sentíamos que nuestra casa estaba relativamente a salvo y mi marido estaba ilusionado y contento con lo de escribir. Entonces no había tanta presión; por eso todavía le quedaba algo de tiempo y de energía para los demás de la casa.

—¿Así que me exiges que renuncie a lo único que importa en mi vida? —Se deja caer de nuevo en el asiento, pero gira la silla para que sigamos cara a cara.

—¿Y yo, y las niñas? ¿Nosotras no importamos? —Justo en ese instante Stella salta de su cesta y viene trotando, meneando la cola—. ¿Y la perra? Seguro que ni la has sacado de casa hoy.

Baja la cabeza. De algún modo, parece que consigo abrirme paso entre su autocompasión. —Lo siento, cariño.

Me llama *cariño*, para variar. A lo mejor se ha acordado de que soy su mujer y no solo la criada.

—¿Dónde están Olive y Mia? —Recuerdo cuando las dos venían corriendo a la puerta, hicieran lo que hicieran, a recibirme al volver del trabajo. Pero ahora que una de ellas es adolescente, lo de traer a la perra a casa ha resultado ser una gran decisión. Al menos hay alguien en esta casa que se alegra de verme cuando llego.

Franky señala hacia arriba con un movimiento de cabeza, indicando que las dos están donde suelen estar, en sus habitaciones, a salvo de su mal humor.

—Supongo que van a necesitar que les haga la cena, ¿no?

Su silencio lo dice todo mientras la luz del monitor se le refleja en la cara.

—¿Te has movido siquiera de delante de esa pantalla desde esta mañana?

—Todo esto de las reseñas me ha afectado.

—¿Te parece que estás siendo justo, Franky? —Levanto los brazos—. Yo me he pasado el día de pie en esa panadería, ¿y esperas que llegue a casa, saque a la perra, haga la cena, me ocupe de la casa y atienda a las niñas, mientras tú te quedas ahí sentado persiguiendo tu quimera?

—¿Quimera?

—Pues no paga ninguna factura.

—Si esa Chloe Taylor hubiera hecho lo que le pedí y grabado un solo vídeo para promocionar uno de mis libros, estaríamos en otra situación. —Se pasa la mano por la barba pelirroja incipiente—. He visto lo que ha hecho por otros autores, pero conmigo ni siquiera se plantea hacerme el favor. ¿Viste el mensaje que me mandó ayer, ese en el que me doblaba la tarifa?

—Claro que lo vi. —No quiero que vuelva a saltar, pero habría sido más amable por su parte ignorarle los mensajes que contestarle así.

—Podría haberlo cambiado todo con un solo vídeo. —No suelta el hueso.

—Pues tendrás que pensar en otra solución milagrosa. Como buscar trabajo.

—Hay otra cosa que tengo que contarte, Tara.

—¿Qué?

—Nos ha llegado una carta de la asesora hipotecaria. —Saca un sobre que tenía al lado del teclado.

5

CHLOE

¿Te has mirado al espejo últimamente?

¿Y QUÉ NARICES se supone que significa eso? Vuelvo a echar un vistazo al vídeo que he publicado esta mañana, en el que enseñé y comenté los diez thrillers psicológicos que creo que todo el mundo debería leer antes de morir. Cómo no, entre mis recomendaciones hay dos libros de Leanne Delaney, pero he completado la lista con algunos autores menos conocidos y un par de debuts, para darles también una oportunidad de verdad.

Como de costumbre, me he pasado casi una hora grabando, regrabando y editando lo que al final se ha quedado en poco más de dos minutos de vídeo. Antes de eso me he pasado otra hora disimulando las ojeras, un grano del tamaño de Brasil que me ha salido en la barbilla y mi habitual pelo de recién levantada. No hay nadie más crítica conmigo que yo, pero, si soy sincera del todo, no tengo tan mala pinta cuando me pongo delante de la cámara.

Mamá me decía que dejara de malgastar energía mental en estos comentarios asquerosos. Pero no puedo evitar interiorizarlos. Yo era la niña empollona con gafas del colegio, la de la familia que nunca podía permitirse las marcas buenas. Era un desastre en deportes y, en general, nada guay. Cuando te han acosado por todo eso de

adolescente, los comentarios envenenados de internet dejan moratón con mucha más facilidad.

Pulso el icono para abrir el perfil de quien ha comentado. Está claro que se siente tan a gusto en su propia piel que ni siquiera se ha atrevido a poner una foto suya, justo como le comentaba a Elsie el fin de semana pasado. En su lugar, ha subido una imagen de lo que parece una puesta de sol sobre el mar.

Solo tiene dieciocho seguidores, y lo único que pone en su biografía es *Viviendo la vida día a día*.

Ejem, sí. ¿No es eso lo único que puede hacer cualquiera?

Ruby se sube de un salto al sofá y se acurruca a mi lado, apoyando la cabeza en mi rodilla. No sé qué haría sin su compañía. Mi casa es silenciosa, demasiado silenciosa a veces, así que tenerla a mi lado lo cambia todo.

Mientras me acomodo de nuevo entre los cojines, veo unas cuantas notificaciones más abajo en el feed. La misma persona ha comentado en algunas de mis otras publicaciones.

En la publicación de ayer, *Si te encantó ese libro, este te encantará*, ha escrito:

Alguien debería llevarte a que te corten el pelo en condiciones.

Me pregunto si podría ser una de las chicas del colegio, una de las que me acosaban. Este sería el tipo de insulto que me habrían soltado en aquella época. A lo mejor han visto mis publicaciones de estos últimos meses y están celosas. A lo mejor piensan que ahora soy alguien, cuando no lo soy.

Sigo siendo la Chloe de siempre. Sí, puedo permitirme vivir en un sitio precioso y también viajar, pero sigo teniendo los pies bien plantados en el suelo. Sigo soñando con conocer algún día al hombre de mi vida y formar una familia. Miro la foto enmarcada de Jonathan y Hannah de bebés. Quizá algún día una foto de mis propios bebés esté a su lado en el alféizar de la ventana. O quizá no. Puede que me vaya bien profesionalmente, pero no es que los posibles novios hagan cola en mi puerta para invitarme a salir.

¿Alguien te ha dicho alguna vez lo fea que eres?

Estupendo. Justo lo que no necesitaba oír. Este comentario apareció anteayer, en una reseña que publiqué de un debut. Hay comentarios tan bonitos en el vídeo que da rabia que este lo haya tenido que estropear. La verdad, esperaba que alguno de mis seguidores saltara en mi defensa, pero nadie ha dicho ni palabra. ¿Y si en el fondo todos están de acuerdo con lo que dice este troll? ¿Y si sigo siendo tan fea ahora como cuando era adolescente?

Me muero por sentirme tan a gusto en mi propia piel como sugieren los vídeos que hago. Pero lo único que ve la gente es el acabado impecable y reluciente, no lo que pasa entre bambalinas, y desde luego no lo que me da vueltas por la cabeza.

Ruby da un respingo cuando me levanto de golpe y me planto delante del espejo que hay encima de la chimenea, pasándome los dedos por la melena oscura y ondulada, a la altura de los hombros, y escudriñando la cara que llevo tantos años intentando aceptar. La ortodoncia que aguanté durante tanto tiempo me corrigió los dientes salidos, las gafas las he cambiado por lentillas y las orejas de soplillo ahora las tapo con el pelo.

Pero ¿qué narices estoy haciendo? Estoy dejando que este idiota me coma la cabeza pero bien. Mamá se pondría hecha una furia si lo supiera.

Cojo el móvil del sofá y pulso «bloquear» en el perfil de quien me está acosando. ¿Por qué no lo he hecho directamente después del primer mensaje? ¿Por qué me he obligado a leer otros dos comentarios? Puede que haya más, pero ahora que he bloqueado a quienquiera que sea, no puedo leerlos.

Aun así, el corazón me sigue latiendo a mil cuando me vuelvo a sentar, y se me acelera todavía más cuando veo que me entra una llamada de voz por Instagram.

Dios mío, no me puedo creer quién me llama.

6

LEANNE

—POR SUPUESTO que no es ningún timo: soy la de verdad. ¿Qué puedo decirte para convencerte? Ya sé... hazme una pregunta que solo yo sepa responder.

En esta época de spam y estafas, debería haber imaginado que Chloe sospecharía que soy una impostora. Sobre todo teniendo en cuenta que es la primera vez que hablamos.

—Eh, espera un momento, no se me ocurre nada. —Chloe se queda callada un instante—. Ah, ya sé... dime cuántos libros has escrito.

—Veinticinco —contesto sin dudar. Normalmente pierdo la cuenta de por dónde voy, pero como es todo un hito, el número se me ha quedado grabado.

Chloe se ríe. —Seguramente ha sido demasiado fácil. Ya sé, ¿cuál es la primera frase de tu último libro?

Se viene arriba.

—¡Ahí me has pillado! —Echo un vistazo a mi estantería—. A lo mejor tengo que hacer trampa y mirarlo.

Cuando ya he dejado atrás la escritura y la edición de un libro y he empezado una historia nueva, con personajes completamente nuevos a los que conocer, solo puedo centrarme en lo que tengo entre manos. Para algunos autores, los libros son sus hijos, pero

para mí, una vez terminados, se convierten en caballos de tiro que suelto para que se abran camino por el mundo.

—¿Te refieres al prólogo o al primer capítulo?

—No hace falta... te creo, Leanne, de verdad. —Chloe suena casi como si se disculpara al ceder—. Pero ¿por qué me llamas? O sea, es increíble que lo hagas... es que me has dejado de piedra. Y es un verdadero honor, claro... madre mía, ¿me estás oyendo parlotear? Siempre hago lo mismo cuando estoy nerviosa.

No tengo ni idea de por qué se pone tan nerviosa por hablar conmigo. Ni por qué le pasa a nadie. Siempre me desconcierta que a la gente se le trabe la lengua en mi presencia. Para mí, y para toda la gente de por aquí, sigo siendo la Leanne Delaney de siempre.

Es cierto que tengo el tipo de trabajo que hace levantar alguna ceja. Conozco al menos veinticinco maneras de cargarme a un marido y seguramente tengo el historial de búsquedas más turbio en muchas millas a la redonda. Pero, en realidad, mi vida es dolorosamente normal. Saco los cubos de la basura, empujo el carrito por el Tesco y me paso todas las mañanas estresada intentando sacar a las niñas de casa a tiempo para el autobús del colegio.

Sigo discutiendo con mi marido, más que nunca, de hecho, desde que dejó su trabajo porque gano de sobra para mantenernos a los dos. El problema es que apenas tengo tiempo para estar con él, sobre todo entre semana. Una vez le prometí que mi carrera nunca se interpondría en nuestra vida familiar, pero ahora que todo ha despegado, esa promesa se está volviendo imposible de cumplir.

Aun así, tiene una vida cómoda. Puede hacer lo que quiera, cuando quiera. Por desgracia, no parece bastarle.

—En realidad te llamo porque tengo una propuesta. —Miro el reloj al otro lado de mi despacho. Solo me queda una hora antes de que las niñas salgan del colegio, una hora antes de que la paz y la tranquilidad den paso al caos habitual de media tarde que trae su regreso—. Pero debería haberlo dicho nada más descolgar... espero que no te importe que te llame así, de sopetón.

—Claro que no —responde—. Estoy en una nube.

Me encanta su acento de Yorkshire... es muy distinto a como sonamos aquí abajo, en los Cotswolds. Suena cercana y campechana, igual que en sus vídeos. Estoy deseando conocerla en Londres, y también a todos los lectores que han ganado una entrada para ver el primer pase de la película.

—Mi agente me ha soltado otro evento de repente —empiezo—. Es el mismo día que el estreno, así que sé que estarás en Londres. Es por la tarde.

—¿Otra invitación? —Suena sin aliento de la emoción—. ¿En serio?

—Es mejor que eso. Voy a hacer una sesión de preguntas y respuestas y una firma en el Waterstones de Piccadilly —continúo—. Y no se me ocurre nadie mejor que tú para entrevistarme.

—¿Yo? —Su voz sale como un chillido.

—Pues claro... ¿quién si no? Los lectores se van a volver locos.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. —No me puedo creer que tenga que tranquilizarla—. No hace falta que te recuerde la cantidad de seguidores que tienes en Instagram. Mi agente y yo prepararemos incluso las preguntas, así que lo único que tienes que hacer es formularlas.

—Voy a estar de los nervios, pero por supuesto que sí, un millón de veces sí.

Se nota que le he alegrado el día, y eso me encanta.

—Entonces te enviaremos todos los detalles.

Se queda callada otra vez, como si le estuviera dando vueltas a algo.

—¿Estás bien, Chloe?

—Sí, mira, esto es echarle un poco de morro, pero voy a preguntártelo sin más.

—Adelante.

—A mi cuñada, Elsie, también le encantan tus libros, y me preguntaba si habría alguna posibilidad de invitarla a bajar a Londres. La verdad es que me da cosa moverme sola; tengo un sentido de la orientación pésimo. —Se ríe.

Me reclino en la silla. Odio que pase esto. Hemos recibido muchísimas peticiones para acompañantes, pero no podemos aceptar ninguna.

—El cine va a estar hasta los topes —respondo—. Y la productora solo me ha asignado un número limitado de entradas.

—He visto tus publicaciones ofreciéndolas a tus lectores; por eso lo decía... y Elsie ha leído todo lo que has escrito. Pero si ya están cogidas todas...

—No habría película sin mis lectores. Y sin ti, por supuesto —añado—. Pero sí, todas las entradas para la película ya están agotadas; ahora bien, Elsie puede venir contigo a Londres para el evento de la librería. Podríamos comer todas juntas antes... invito yo.

—Vaya, se lo propondré —responde—. La verdad es que seguro que no lo va a dudar ni un segundo.

Me río, pero luego titubeo. —Hay otra cosa que necesito comentarte ya que estamos hablando.

—¿Sí?

Miro la pantalla del ordenador, la foto de perfil anodina de unas nubes. —Es sobre ese troll que ha comentado en tus últimas publicaciones.

Anoche se lo mencioné a Eamon durante la cena, algo de lo que me arrepentí al instante. Me dijo sin rodeos que no me metiera; pero no puedo. Ni de broma... las mujeres tenemos que apoyarnos entre nosotras.

—Ah, sí, lo he bloqueado —responde—. ¿El de la puesta de sol como foto de perfil?

—Sí, ese sí lo vi, pero ¿no has visto al otro? —Vuelvo a abrir el vídeo de Chloe en el que ha compartido primeras frases de algunos de sus thrillers favoritos.

—No... creo que no.

—El último comentario apareció solo unos minutos antes de que te llamara.

—Espera, que el portátil está cargando. —Se le apaga la energía de la voz, y al instante me siento culpable por haberle estropeado la ilusión de su próximo viaje a Londres—. Voy a echar un vistazo.

—Dedicas tanto tiempo y tanta energía a lo que haces que no te mereces que esa gentuza te arruine unas publicaciones tan buenas.

—¡Ay, no! —dice al cabo de unos instantes, con voz preocupada—. Tienes razón... y este es aún más asqueroso.

Tiene que estar mirando el mismo mensaje que yo.

No sé cómo consigues tantas visualizaciones con la mierda que publicas. En serio, mírate: menudas pintas. Eres fea, tienes una voz asquerosa y solo te dan likes por la ropa hortera que llevas. 🗡

Respiro hondo. No quiero decir lo que estoy a punto de decir, pero no me lo perdonaría nunca si pasara algo. —Lo que más me preocupa es el emoji del cuchillo, Chloe. Parece una especie de amenaza.

—Madre mía. —Suelta una risa forzada—. Es justo el tipo de cosa sobre la que podrías escribir en tus libros.

—Ya se me ha pasado por la cabeza —respondo—. Encontraré al cabrón y me lo cargaré en una historia. Al menos con la gente que no me cae bien sí puedo hacerlo.

La risa de Chloe suena más relajada esta vez. —He visto una foto de ese cartel que tienes en la cocina.

—«Cuidado, o acabarás en mi novela» —decimos al unísono antes de echarnos a reír las dos.

—Ahora en serio, a esta lamentable excusa de ser humano hay que denunciarla en Instagram. ¿Denunciaste al otro troll? —Podría señalar aquí que *podría* ser la misma persona a la que ha bloqueado, que quizá haya conseguido abrir otra cuenta. No sabría decir qué es peor: varios trolls acosándola o una sola persona muy persistente.

—No parecía que sirviera de nada —responde—. Con algunas de estas grandes empresas ni siquiera puedes hablar con una persona de verdad; todo son bots.

—Pues deberías intentarlo, desde luego.

Vuelvo a mirar el mensaje. El emoji del cuchillo es inquietante. Me he topado con lo peor de la sociedad desde que mis libros llegaron al gran público, y no puedo decir que haya recibido nunca

nada que me perturbara hasta este punto. —Y si por ahí no consigues nada, deberías acudir a la policía.

—¿A la policía? —Su voz vuelve a sonar tan aguda como al principio de la conversación—. No me imagino que vayan a hacer nada por unos comentarios en Instagram. Además, tendrían que encontrar a quien esté detrás de ellos.

—Hoy en día tienen medios de sobra para eso. Seguro que pueden rastrear la dirección IP.

—Vale, tienes razón. Pondré una denuncia sin falta.

—Mantenme al tanto —le digo—. En fin, será mejor que vuelva al trabajo. Siempre se nota cuando tengo una fecha de entrega encima. —Echo un vistazo a mi despacho ordenado—. La casa está impecable, y hasta he adelantado algo de papeleo esta mañana.

—Ha sido una pasada hablar contigo, Leanne.

—Lo mismo digo. Ahora cuelga y ponte a asegurarte de que ese troll se lleve su merecido.

ESTA MUJER LO TIENE TODO.

Ya lo sabía por el entorno ostentoso que muestra en internet, pero estar aquí fuera, mirando por sus ventanas desde la oscuridad de la calle, confirma todo lo que odio de ella.

Su casa y su jardín son absurdamente enormes. La repisa de la chimenea y las barandillas están cubiertas de lucecitas, y el interior, por lo que alcanzo a ver, parece impecable.

Está sentada en el salón, con la cara iluminada por el móvil, cuando de pronto levanta la cabeza de golpe, como si notara que la observan. Cuando se levanta del sofá, me agacho detrás de un coche, con el corazón martilleándome en el pecho. No quiero que me vea.

No es el momento adecuado.

Me incorporo un poco de la posición en cuclillas y compruebo, a través de las ventanillas del coche, que ya no mira hacia aquí, pero sí mira. Hay un instante en que parece que nuestras miradas podrían haberse cruzado, así que me agacho un poco más, con las rodillas doloridas por mi mala forma física.

Mira a izquierda y derecha antes de bajar las persianas, primero en una ventana y luego en la otra, dejándome fuera, en el frío de la tarde de septiembre.

Pero nunca podrá dejarme fuera del todo.

Su sombra cruza el cristal esmerilado de la puerta principal camino de su reluciente cocina. Espero que también baje las persianas ahí, pero en vez de eso saca una copa de uno de los armarios, luego una botella de la nevera, y se sirve una copa de vino bien generosa. Casi puedo oír el gluglú del vino al caer.

Se me hace la boca agua al verla beber de su copa, mientras imagino el sabor del vino en mi propia lengua. Seguro que es del caro, no un vino peleón del súper. Al fin y al cabo, todo en ella rezuma dinero.

Solo hay un coche en la entrada, y me imagino que solo habrá un cepillo de dientes junto a su lavabo. No hay señales de que viva ningún hombre con ella: ni botas en el felpudo de la entrada, ni un segundo coche.

Vuelve al salón, seguramente otra vez al móvil. Está claro que no tiene nada mejor que hacer con su tiempo. Lo único que tiene es ese perro que lleva a todas partes: una compañía comprada por alguien incapaz de ganarse una de verdad.

Antes veía y leía todo lo que publicaba. Día tras día tras día. Me hervía la sangre por toda la atención que recibe, por no hablar de los lujos de los que disfruta. No solo la casa, sino también las vacaciones y los hoteles.

Al final se me hizo insoportable, y no pude aguantarme las ganas de decirle a ella y a sus supuestos fans lo que pensaba de esa mujer.

Algunos, no muchos, salen de vez en cuando en su defensa, pero la mayoría me dejan decir lo que pienso. Varias personas dan «me gusta» a los comentarios que publico. Está claro que están de acuerdo. Algunas hasta me lo dicen, y añaden sus propias opiniones. Me encanta cuando pasa.

¿Por qué a algunas personas les va todo rodado sin tener que esforzarse siquiera? Mientras los demás peleamos por cada palmo. ¿Y por qué la gente como ella va por ahí como si fuera alguien especial? Cuando no es más que una trepa con suerte.

No salva vidas. No construye ni arregla nada. Es un cero a la izquierda. Todos esos miles de seguidores y ni una sola persona de verdad sentada a su lado en ese sofá. Patético.

Pero lo más triste es que ni siquiera se da cuenta.

Tampoco presta atención a lo que pienso. Lo único que parece capaz de hacer es darle al botón de bloquear. Y me obliga a ingeniármelas y a crear cuentas nuevas para poder seguir llegando hasta ella.

Pero lo que le he dicho hasta ahora no parece haberle afectado ni lo más mínimo.

Así que voy a tener que subir la apuesta.

8

TARA

—PERO, mamá, no es justo. —Olive le pega una patada al sofá—. Todos los demás de mi clase van.

—Es que esta vez no nos lo podemos permitir. —Voy a pasar por alto que mi hija acabe de darle una patada al sofá. Al fin y al cabo, casi entiendo que esté tan enfadada conmigo por negarle el viaje de esquí del colegio—. A lo mejor la próxima vez las cosas han mejorado.

—No me puedo creer que me hagas esto —grita, echándose la melena rubia y brillante por encima de un hombro. El mío nunca se pareció ni de lejos a eso cuando yo tenía su edad. Era más como el de mi otra hija: castaño apagado y todo enredado. Pero Olive se levanta a las seis y media cada mañana para plancharse el pelo y maquillarse antes de ir al colegio, y eso se nota en lo impecable que va siempre. Hasta guarda cremas faciales en una neverita portátil que se compró con el dinero de su cumpleaños—. ¿Qué les voy a decir a todas mis amigas?

—Diles la verdad —respondo—. Diles que, si tuviéramos el dinero que pide tu colegio, lo gastaríamos en unas vacaciones en familia, no en que te largues tan campante cinco días a los Alpes franceses.

Menudo lujo sería poder irnos de vacaciones. Ahora mismo, no creo que Franky pudiera despegarse del ordenador el tiempo

suficiente para pasar siquiera un día en la playa, y mucho menos unas vacaciones en condiciones. Eso, para empezar, si nos sobrara algo de dinero.

—Te odio. —Olive vuelve hacia la puerta con gesto teatral, y Stella abre un ojo desde su rincón del sofá, como diciendo: *contrólate*.

—Me estás arruinando la vida. —Y entonces Olive sale de la habitación como alma que lleva el diablo, con el pelo ondeando por la ráfaga que levanta su furia, y da un portazo.

Apunto al televisor con el mando y bajo el volumen del telediario de las nueve para intentar oír lo que Franky le dice a Olive en el recibidor. Seguro que va a llamarle la atención a nuestra hija después de cómo acaba de hablarme.

Pero la casa sigue en silencio, salvo por los pasos de Olive subiendo las escaleras a pisotones y a toda velocidad. Mia se ha quedado a dormir en casa de una amiga, que es fin de semana. Ojalá yo también estuviera lejos de esta casa.

Me levanto del asiento y cruzo la moqueta con paso decidido. Si Franky no piensa hacer nada cuando me gritan *te odio*, entonces me toca a mí encargarme de que su comportamiento tenga consecuencias.

Cuando abro la puerta de un tirón, parece que llego justo a tiempo. Mi marido minimiza a toda prisa la ventana del ordenador al darse cuenta de que me acerco por detrás. Pero no es lo bastante rápido para impedir que vea la web que estaba visitando. Se me olvida de golpe echarle la bronca por no reñir a Olive y me invade una furia nueva.

Franky está en una puñetera web de citas.

—¿Pero qué cojones? —Me planto detrás de él y me contengo para no estamparle el monitor en la cabeza. Con razón no tenía ninguna prisa por reprender a nuestra hija.

—¿Qué? —No se da la vuelta, pero veo cómo se le pone roja la nuca.

—He visto lo que estabas mirando. O mejor dicho, *a quién*. —Intento no gritar; no quiero que Olive nos oiga discutir, pero a ver quién no grita en una situación así.

—Ah, *eso*. —Se ríe, pero es una risa cargada de nervios. Sigue sin darse la vuelta para mirarme a los ojos. Sabe que lo calo, y siempre se le nota en la cara cuando miente—. Es documentación para el libro.

—Debes de pensar que soy gilipollas, Franky.

—De verdad, el libro va de *catfishing*.

—No me creo ni una palabra de lo que dices. No me extraña que ya no haya quien te despegue de ese trasto. Y menos si estás hablando con mujeres como *ella*. —Señalo la pantalla.

—Te lo juro, Tara. Las cosas ya están bastante mal en nuestra vida. ¿Cómo iba a complicarlas todavía más?

—Pues apártate y déjame mirar el ordenador. —Alcanzo a ver un nombre de mujer en la pestaña que ha minimizado. *Antonia*.

—Está bien, mira. —Con un suspiro, como si la culpa fuera mía, hace clic en la pestaña y vuelve a abrir la pantalla.

Ahí, ocupando toda la pantalla, está el perfil de una mujer de melena oscura, tez olivácea y ojos con maquillaje ahumado. Antonia, Harrogate, 35. No cuesta entender por qué le podía interesar tanto a mi marido. Es despampanante.

—Estoy usando a esta mujer como protagonista —explica—. De verdad, así es como empiezo: con fotos de internet. Mis personajes *tienen* que estar basados en personas reales.

—¿Y cómo sé yo que no os habéis estado escribiendo? —Busco en la pantalla algún icono de mensajes, pero ya la ha vuelto a cerrar antes de que consiga localizar nada. Pero volveré a entrar en su cuenta. Averiguaré lo que se trae entre manos aunque sea lo último que haga.

—¿Crees que tendría tiempo o fuerzas para algo que no sea mi trabajo y nuestra familia? —Mi marido pondrá voz tierna, pero no me creo nada de lo que dice. O sea, ¿qué hombre se mete en una web de citas con su mujer en la habitación de al lado? *Documentación para el libro*. Menuda chorrada.

—No puedes echarme en cara que no me fíe de ti, Franky. Lo único que veo, día tras día, es tu nuca delante de ese ordenador.

—Lo siento, cariño. Pero merecerá la pena, ya lo verás.

—Lo dudo mucho, la verdad.

La música de Olive arranca a todo volumen sobre nuestras cabezas, y la oigo dando golpes en su cuarto. Voy a tener que dejar aparcado lo de Franky. Apenas me quedan fuerzas para pelear. Al menos hasta que tenga más pruebas.

—Hablando de gente en internet, me ha bloqueado la cuenta.

Está cambiando de tema; seguro que lo hace a propósito para despistarme.

—Mira. —Abre Instagram, busca primero a Chloe Taylor y le sale una lista interminable de otras Chloe Taylor.

Después, Franky escribe *twisted sister* en la barra de búsqueda y, en lugar de Chloe Taylor, le sale el grupo de rock de los ochenta. —He intentado buscarla en Facebook y en TikTok. —Parece furioso—. Pero me ha bloqueado en todas partes.

—¿Es por el mensaje directo que le mandaste el fin de semana pasado? ¿Ese que dije que era Guerra y paz?

—¿Quién sabe? —Se encoge de hombros—. Pero la encontraré. Me da igual cuánto tarde: le voy a demostrar que con Franky Newsome no se juega, ni se le ignora. Estoy hasta las narices.

9

CHLOE

—Uy, qué gustazo poder poner los pies en alto y disfrutar de un poco de tranquilidad lejos de los niños. —Mi cuñada se quita las sandalias de una patada y las deja caer al suelo por el extremo de la tumbona.

—Desde luego, se me ocurren formas peores de pasar una tarde de domingo. —Contemplo las volutas de nubes desde detrás de mis gafas de sol.

—Es una gozada estar lejos de los *él ha hecho esto, y ella ha hecho aquello, y ¿me das?, ¿puedo?, ¿me dejas ir a...?* Todo. El. Día. Por no hablar de tu querido hermano. —Sacude la cabeza—. No sé qué mosca le ha picado estas últimas semanas.

—Ya, a mí tampoco me hizo mucha gracia cuando estuvimos todos en casa de mis padres el domingo pasado. Apenas abrió la boca.

—Es por lo que está pasando con su negocio, que lo tiene hundido. Y creo que, con lo bien que te va a ti... —Se le apaga la voz, pero solo confirma lo que yo ya sospechaba.

—A lo mejor podría ayudarlo, si me lo pidiera. Cualquier cosa es mejor que estos celos horribles.

—Lo sé. —Elsie se espanta una mosca del brazo. Qué suerte tenemos con este veranillo de San Miguel, aunque también significa

que hay moscas por todas partes. He tenido que empaparme de repelente de insectos, porque lo último que quiero es ir cubierta de picaduras la semana que viene. No cuando mis fotos van a acabar *por todas partes*. La emoción me baila en el estómago.

Ruby se estira en el centro del césped.

—Uy, sí, menuda vida de perro —digo, señalándola, y Elsie se ríe.

—En fin, ¿qué me estabas diciendo antes de que llamara el repartidor a la puerta? —Hace un gesto hacia la casa.

—Ah, sí. —Me alegra volver a nuestro tema más alegre—. Leanne quiere que las dos comamos con ella...

—Ooooh, ¿te oyes? *iLeanne!*

Sonrío. —Dice que le encantaría conocerte, y obviamente puedes ir a la sesión de preguntas y respuestas de Waterstones, pero, por desgracia, por la noche tendrías que apañártelas por tu cuenta porque las entradas para la proyección son muy limitadas.

—¿En Londres?

—A lo mejor a ese hermano mío también le apetece salir una noche, así no estás sola mientras yo esté en la proyección. Invito yo. Ya sé que es con muy poca antelación, pero seguro que mis padres se quedan con los niños. —Mientras se lo propongo, se me ocurre que esto también podría ser una forma eficaz de ablandar a Matt.

—¿Cuándo era, dices?

—Este martes —le digo—. Y luego la película se estrena para todo el mundo el viernes.

Todavía no me creo que vaya a verla antes que nadie y que, con suerte, hasta pueda conocer a los actores. Y a los lectores; seguro que muchos son gente que interactúa con mis publicaciones de Instagram.

—¿Se te ha olvidado que el martes es nuestro aniversario y que *ya* vamos a estar en Londres, no te acuerdas? Un espectáculo del West End y un hotel, cortesía de tus padres. Ya se van a quedar con los niños.

—Claro, diez años. Debería tener la fecha grabada a fuego en la memoria.

—Ya te digo, con todas esas pruebas del vestido de dama de honor.

—Todas esas despedidas de soltera improvisadas.

Elsie arruga la cara, encantada. —A la mayoría de las novias les hacen una despedida; iyo tuve tres!

—Bueno, pues qué pena. En fin, puedo ir yo sola. Seguro que conozco a más gente aparte de Leanne.

—Mírala ella. —Elsie se inclina desde su tumbona y me da un empujoncito de broma; los dedos le resbalan sobre el repelente aceitoso del que acabo de embadurnarme.

—No lo voy a negar: estoy emocionadísima. —Alargo la mano hacia mi copa de Pimm's—. Es como si me fuera a cambiar la vida. No le cuento que también me da un poco de miedo apañármelas yo sola, ni tampoco que, en medio de la emoción, tengo una sensación de desasosiego cada vez mayor. No sabría decir qué es; quizá tenga que ver con los hombres cavernícolas que últimamente he tenido que bloquear en las redes.

Elsie estira los dedos de los pies hacia arriba, sin duda admirando el precioso tono plateado que le han puesto en el salón. —¿Qué te vas a poner?

—Cuando entremos, te enseño el vestido. Eso era lo que traía el repartidor. Me lo probé en la tienda y me quedaba grande de cintura, así que tuve que pedir una talla más pequeña.

—Uy, ojalá tuviera yo ese problema. —Elsie pone una mueca—. ¿Es ese vestidazo rojo largo del que me hablaste?

—¡Ese mismo! Me da un poco de reparo llevar un color tan llamativo, pero hay que lanzarse.

—Mientras no te confundan con la alfombra roja en las fotos.

—Ay, madre, ¿cómo no se me ha ocurrido?

—Es broma, boba. Además, habrá un fondo que hará contraste. ¿Qué te vas a poner para la comida y para la entrevista en la librería?

—Me voy a poner ese vestido estampado que llevé en nuestra última barbacoa —respondo—. Con ese y unas cuñas suelo sentirme segura.

—Me encanta que siempre lleves vestidos. —Elsie señala el vestido veraniego largo y vaporoso que llevo hoy—. Yo con vestido parezco boba; estoy mucho más a gusto con camisetas y vaqueros.

—Un día de estos vas a tener que dejarme meterle mano a ese armario tuyo.

—Ay, no, que veo venir una de esas salidas de compras de Chloe y Elsie, y no sé si mis pies lo aguantarían. —Me sorprende que no me recuerde la vez que acabó comprándose unas zapatillas de andar por casa y esperándome en el Costa Coffee.

—Hablando de salidas de compras, también me he comprado un collar y unos pendientes preciosos para el vestido. Tengo cita de peluquería y maquillaje a primera hora del martes por la mañana, y luego me voy directa a coger el tren.

Elsie apura el Pimm's que le queda en la copa. —Obviamente, no tengo nada de envidia.

—Estarás demasiado ocupada disfrutando de tu aniversario. —Me recuesto en la tumbona y me quedo mirando las ramas que cuelgan sobre mi jardín.

—Espero que el viaje le cambie el humor a Matt. —Elsie hace tintinear el hielo en su copa—. Ah, espera, que tengo que contestar a este mensaje. Contesto esto y luego me enseñas el conjunto completo que te vas a poner.

Mientras Elsie lee su mensaje y empieza a teclear una respuesta, yo también cojo mi móvil. Es, como suele decir mi padre, un hábito horrible, y de los que parecen imposibles de dejar. Es como si tuviera que llenar cada momento libre mirando el móvil. «¿No soportas quedarte a solas con tus pensamientos?», me dijo cuando fui a comer el domingo pasado. Quizá no los soporte. Al menos cuando estoy conectada tengo menos probabilidades de sentirme sola.

La gente se ha lanzado en masa a opinar sobre mi último vídeo. En él puntúo del uno al diez las cubiertas de los libros y sus eslóganes. Fue un vídeo más fácil de grabar que otros, pero el ritual de siempre para arreglarme me llevó más de una hora igual.

¿Qué le pasa a esta gente? ¿Por qué te prestan tanta atención?

O es el mismo troll con otro perfil, porque ya he bloqueado a dos en los últimos días, o es uno nuevo. Pero, sea quien sea, se le da

bastante bien la puntuación y tiene una ortografía perfecta. Siempre.
Alguien que me sigue ha respondido.

Búscate una vida. Solo tienes envidia. Y voy a denunciarte, seas quien seas. Ni siquiera eres lo bastante hombre para poner una foto de perfil de verdad.

No le ha hecho ni caso, pero @bookishyorkshirellass da en el clavo. Su perfil solo muestra una tétrica silueta gris sobre fondo blanco.

Entonces aparece en la pantalla un mensaje directo de esa misma persona sin rostro.

¿Quién te crees que eres, narcisista de mierda? Con razón estás soltera. Cualquier hombre que se te acercara tendría que hacerse mirar la vista y la cabeza.

—Mira esto. —Un escalofrío se me extiende por todo el cuerpo, a pesar del calor de la tarde.

Mi cuñada le sonríe al móvil mientras teclea en el chat. Pero la sonrisa se le borra al leer mi mensaje.

—¿Es la misma persona de antes? —Entrecierra los ojos por el sol mientras pasa la vista del móvil a mí.

—No lo sé. —Las lágrimas me suben calientes a los ojos—. Pero es horrible, joder, y este es el peor de todos.

—Creía que no contabas nada de tu vida sentimental en internet. —Elsie me devuelve el móvil—. Dijiste que no querías que nadie supiera que estás soltera. De hecho, más de una vez les has dado la brasa a Hannah y a Jonathan con lo importante que es no revelar *nada* personal en internet.

—Bueno, ese es el tema: *siempre* lo he mantenido en privado. —Me quedo mirando el mensaje hasta que se me nubla la vista, como si así pudiera asegurarme de algún modo de que nunca existió—. Quienquiera que sea se ha enterado por otro lado de que estoy sola.

—Pero ¿cómo? —Elsie parece desconcertada—. Escucha, tienes que averiguar quién es y conseguir que pare.

—Volveré a denunciarlo a Instagram —digo—. Para lo que va a servir. La última vez solo recibí un mensaje automático diciendo que su equipo de moderación lo revisaría. Y ahí quedó todo. Ni seguimiento ni nada de nada.

—Estarán desbordados con este tipo de cosas. —Me devuelve el móvil—. La verdad, creo que deberías llamar a la policía.

—No van a hacer nada —resoplo—. No por unas palabras en una pantalla. Seguro que, encima, me acusan de hacerles perder el tiempo.

—Inténtalo, al menos. —Elsie tiene la cara seria—. No deberías tener que aguantar esa clase de mensajes.

—La verdad es que da bastante miedo —admito—. Sobre todo por lo de que estoy soltera. —Echo un vistazo a mi jardín, normalmente un oasis de calma, pero de repente me parece siniestro—. La otra noche tuve la sensación de que alguien podría haber estado merodeando fuera y, vete tú a saber, alguien podría estar observándonos ahora mismo.

Elsie sigue mi mirada, también nerviosa. —Prométeme al menos que te pondrás en contacto con la policía.

10

TARA

—NO ME PUEDO CREER lo que acaba de llegar por correo, joder.

Franky irrumpe a zancadas en el jardín, donde estoy sentada a la mesa de bistró, intentando disfrutar de cinco minutos de paz antes de ir a trabajar. Hay que cortar el césped y quitar las malas hierbas de los parterres, pero no puedo con todo. Stella, que quizá percibe el estado de ánimo de mi marido, sale sigilosa de debajo de la mesa y se mete de nuevo en casa en cuanto él aparece.

Tengo un día de perros por delante. Una de las empleadas me ha mandado un mensaje diciendo que está mala, y otra se niega a volver después de que le echara la bronca por estar con el móvil cuando debería estar trabajando. Ya me está martilleando la cabeza, y lo único que quiero es tomarme el café del lunes por la mañana en paz antes de tener que salir para el turno.

En vez de eso, mi marido se cree con derecho a interrumpir mi preciado rato a solas para seguir desahogándose. Normalmente, aquí en el jardín estoy a salvo de él. Pero esta mañana, por lo visto, no.

Lanza una hoja de papel sobre la mesa y luego saca de un tirón una de las sillas que compramos el año pasado en las rebajas de fin de verano. Paseo la vista por los muebles de jardín y el pensamiento me llega antes de que pueda evitarlo: si nos vemos obligados a

dejar esta casa, no podremos permitirnos ningún otro sitio con jardín. Todo esto tendrá que quedarse atrás cuando nos vayamos.

No. No puedo ser tan derrotista.

Que la cooperativa de crédito nos haya denegado el préstamo no significa que la asesora hipotecaria no vaya a poder ayudarnos.

—No puede hacer nada. —Se deja caer en la silla, frente a mí, al otro lado de la mesa.

—¿Quién no puede? —Despliego la hoja de papel de una sacudida.

—Tú léelo.

Mira por dónde, la carta es de Brenna Styles, la asesora hipotecaria. Debo de ser telépata.

En primer lugar, mis disculpas por haber tardado más de lo esperado en evaluar su situación hipotecaria. También lamento no poder darles noticias más positivas en esta carta.

No, no, no, no. Doy un buen trago al café, deseando que fuera vino, antes de mirar de reojo a mi marido, que está sentado con la cabeza entre las manos mientras yo sigo leyendo. El regusto amargo del café se me queda en la lengua. Me atrevería a decir que está a punto de sumársele otra clase de amargor.

Como comentamos en nuestra reciente reunión, había varios factores que jugarían en su contra con numerosas entidades hipotecarias.

En primer lugar, las deudas con incidencias. Como usted mencionó, la mayoría de sus pagos están más o menos al día, pero mantienen retrasos en el impuesto municipal y en una de sus tarjetas de crédito, y esto ha quedado reflejado en las consultas de solvencia realizadas.

En segundo lugar, el hecho de que el señor Newsome sea autónomo y tenga menos de dos años de cuentas completas. Incluso con dos ejercicios presentados, lo que usted me mostró aún no acredita un negocio sostenible.

Y, por último, lo que usted gana con su puesto de encargada de tienda no bastaría para hacer frente a las cuotas hipotecarias. Ninguna entidad estaría dispuesta a prestar más de cuatro veces y media su salario anual.

He calculado que, para cubrir la cantidad necesaria tras la entrada que usted dice poder reunir, tendrían que pedir prestado casi siete veces lo que usted gana al año.

He recurrido a las entidades más dispuestas a asumir riesgos y, dado que todas han rechazado su solicitud, me temo que el resultado sería casi con toda seguridad el mismo con cualquier banco o sociedad de crédito hipotecario convencional.

Comprendo que esta noticia es decepcionante, pero, si cambia su situación, pueden ponerse en contacto conmigo en el futuro. Les adjunto mi factura por los honorarios acordados previamente, de 400 libras, por las gestiones que he realizado en su nombre.

—¡Cuatrocientas libras! Pues que espere sentada. —Tiro la carta al suelo y resisto las ganas de pisotearla como haría Olive cuando la vida no le sale como quiere—. ¿Y qué coño vamos a hacer ahora?

—Mamá, ¿me das dinero para la pizza y los bolos del cumpleaños de Caitlyn después del cole? —Parece que Mia se ha alisado el pelo, o al menos se lo ha alisado Olive, y se ha embadurnado la cara de maquillaje. Debería montar un pollo porque mi hija de diez años vaya arreglada como una adolescente, pero no tengo energía.

—Déjanos un momento. Tu padre y yo estamos hablando.

—*Nunca* tienes tiempo para hablar *conmigo*. —A Mia se le crispa la cara de rabia.

—Haz lo que dice tu madre.

—Pero es que tengo que irme *ya*. Mis amigas están todas esperando en la puerta.

Franky se levanta de la silla y saca un par de billetes del bolsillo. Me sorprende que no salga también una nube de polillas. —Toma, cariño. ¿Alguien te trae a casa?

—No, vuelvo andando con mis amigas. —Se da la vuelta sin darle las gracias.

—Me dan ganas de llamar al trabajo y decir que estoy mala. — Ahora que ha llegado esta carta, me vendría bien un buen lingotazo. Nunca he encontrado respuestas a mis penas en el fondo de una botella vacía, pero eso no quita que pueda al menos intentarlo.

—Igual deberíamos darle largas al casero. —Franky suelta un largo suspiro—. A lo mejor conseguimos aguantar hasta después de Navidad si le hacemos creer que tenemos algo en marcha con lo de la hipoteca.

—Aguantar hasta después de Navidad. —Miro fijamente al cielo. La idea es de lo más deprimente. Significa que, después de pasar unas Navidades miserables haciendo malabares para llegar a fin de mes, nos arrastraremos de alquiler particular en alquiler particular en pleno enero buscando una casa nueva. Eso sí es que hay alguna.

—Lo siento, cariño... siento que todo esto sea culpa mía. Si no me hubieran despedido, entonces...

—Ahora sí que vas a tener que buscarte un trabajo de verdad, Franky. —No pienso intentar que se sienta mejor llevándole la contraria, tranquilizándolo con que esto *no* es del todo culpa suya.

Estoy hasta las narices. De verdad. Hace apenas unos días nos denegaron el préstamo y ahora este rechazo. Por no hablar de cuando lo pillé en una web de citas: sigo sin creerme que estuviera ahí solo para documentarse para un personaje.

—Sí que tengo un trabajo de verdad, Tara.

—Hablo de uno que pague algunas facturas. En concreto, el alquiler más alto que nos van a obligar a pagar cuando otro compre esta casa. —La idea de que posibles compradores entren y salgan de nuestra casa el año que viene me llena de pavor—. Por no hablar de todos los gastos de la mudanza. —Apuro lo que queda del café y dejo la taza de golpe sobre la mesa.

—¿Queda más en la cafetera? —Franky me mira esperanzado. Tiene pinta de querer quedarse aquí fuera a hablar, pero yo lo único que quiero es que me deje en paz. Estoy tan cabreada con él ahora mismo que siento que podría estallar.

—¿Y yo qué sé?

—Vuelvo enseguida. —Justo cuando desaparece de nuevo dentro de la casa, su móvil pita con un mensaje.

Me sorprende que lo haya dejado en la mesa, porque normalmente no lo pierde de vista. Pero está claro que este rechazo de la hipoteca lo tiene con la cabeza en otra parte.

Alargo la mano por encima de la mesa y agarro el móvil para mirarlo más de cerca.

Entonces suelto un jadeo al ver el nombre en la pantalla.

—GRACIAS POR VENIR. Seguro que están muy ocupados. —Apago la tele mientras les indico con un gesto a los dos agentes que se sienten. Los dos parecen no haber empezado siquiera a afeitarse. Ruby los mira con recelo hasta que, supongo, decide que vienen en son de paz.

—Gracias. —El moreno, el que más pinta tiene de ir todavía al instituto, se sienta primero en mi sofá, y su compañero lo hace a su lado. Forman una estampa extraña en mi salón tan de chica, con casi todos los muebles blancos y las lucecitas.

—Perdonen la pregunta, pero ¿son solo agentes de apoyo comunitario y no policías de verdad?

Mi hermano llama a esos agentes *polis de pega*. Una vez le eché la bronca por decirlo, pero ahora no lo haría. Necesito aquí a gente que *haga* algo de verdad para ayudarme, no que asienta con cara compungida y luego se largue a marcar un par de casillas en un formulario.

—En realidad acabo de terminar la formación —responde el que parece mayor, sacando pecho bajo el chaleco reflectante mientras habla—, pero mi compañero aquí presente sí es agente auxiliar. —Lo señala—. Soy el agente Toby Connor, y este es el agente auxiliar Jake Smith.

El hecho de que hayan mandado a estos dos a atender mi denuncia lo dice todo. No esperaba precisamente a un inspector jefe, pero di en el clavo cuando le dije a Elsie que difícilmente la policía haría nada por ayudarme. Aun así, al menos han mandado a *alguien* en vez de despacharme sin más cuando llamé por teléfono.

—Estamos aquí para atender unas denuncias que ha presentado por comentarios ofensivos en Instagram. —La voz del agente se vuelve más seria—. ¿Esos comentarios iban dirigidos a usted?

—Sí. Los he borrado de la plataforma; bueno, desaparecieron solos cuando bloqueé las cuentas, pero hice capturas de pantalla de lo que se había escrito. —Le tiendo el móvil—. Si va pasando por lo que tengo guardado, podrá leerlo todo. Verá que va a peor a medida que avanza.

Han llegado dos más incluso en las horas transcurridas desde que Elsie se fue a casa, después de convencerme por fin de que lo denunciara a la policía.

Quizá deberías haberte comprado algo mejor que un perro de bolso. Ese perro de bolso no te va a proteger mucho. 🐾

¿Qué se siente al estar sola en casa todas las noches?
A lo mejor no lo estás por mucho tiempo más.

Al principio, lo que más me preocupó fue la referencia a Ruby. Al fin y al cabo, mis vídeos promocionan libros, no tienen nada que ver con ella. Pero luego, revisando vídeos antiguos, resulta que Ruby ha aparecido de fondo en un par de ellos mientras grababa.

—Pero ese último mensaje fue el que me convenció de poner una denuncia —digo cuando por fin termina de pasar las capturas y le entrega el móvil a su compañero—. Tendrá que reconocer que suena a amenaza.

—Entiendo por qué lo ve así —responde—. Pero, con suerte, no es más que alguien que se divierte intentando asustarla. Nos encontramos con esto constantemente.

—*Con suerte* —repito su palabra, y me sube el tono de voz—. *Con suerte* no me tranquiliza. —Miro fijamente a los ojos del agente,

de un azul penetrante. Seguro que trae locas a todas las crías—. ¿No ha visto los emojis que usan de vez en cuando? Está el ataúd, ha habido un cuchillo...

—Guerreros del teclado, eso es lo que son —dice el agente auxiliar mientras va pasando los mensajes—. Solo son valientes tras la supuesta seguridad de sus pantallas.

Supongo que, para lo joven que es, no le falta razón, pero no me basta. Necesito que actúen; necesito que estos agentes me digan qué van a hacer para garantizar mi seguridad. Toda mi rutina se ha ido al garete. Normalmente estaría relajándome en bata con una taza de cacao, pero sigo con el vestido de verano que llevaba antes en el jardín.

—Por lo que insinúan estos mensajes —continúo—, hay bastantes posibilidades de que quienquiera que los esté enviando esté planeando salir de detrás de la pantalla más pronto que tarde.

—Los estudios demuestran que la probabilidad de que eso ocurra es baja. —Está claro que el agente recién formado repite como un loro lo que ha aprendido en su formación policial.

—Pues hay estudios que demuestran que una de cada diez mujeres que sufren violencia online tiene que soportar que derive en violencia fuera de internet. —Voy un paso por delante de estos dos adolescentes—. Y eso son solo los casos *denunciados*.

Los dos se remueven en sus asientos del sofá, pero ninguno responde.

—¿Quieren que les enseñe el estudio que encontré? Es de una fuente fiable. —Miro a uno y luego al otro.

—No, no será necesario. —El agente Connor parece ruborizarse—. La policía solo puede intervenir cuando se ha producido una amenaza real, o cuando alguien ha sufrido violencia.

—¿Entonces tengo que esperar a que aparezca en mi casa y me ataque, es eso lo que me está diciendo? —Señalo hacia la ventana. He bajado las persianas para aislarme de la oscuridad, pero ya no me siento segura en mi propia casa.

El comentario sobre Ruby tenía su lógica. A lo mejor me sentiría más segura si tuviera un rottweiler enorme. Les he pedido a los vecinos de ambos lados que estén atentos por si ven a alguien

merodeando, pero ellos tienen su propia vida. No pueden pasarse las veinticuatro horas del día, siete días a la semana vigilando la calle.

Es en días como este cuando desearía no estar soltera. Aunque el miedo no es razón suficiente para lanzarse a una relación. Recibo un montón de atención online, de la buena, pero haría falta alguien bastante espectacular para convencerme de renunciar a la vida de soltera que me he construido. Y la mayor parte del tiempo soy perfectamente feliz estando sola.

Hoy no es una de esas veces.

—No, en absoluto, pero ¿puedo preguntarle una cosa? ¿Ha denunciado estos comentarios a Instagram? —Le quita el móvil a su compañero más joven y me lo devuelve.

—Por supuesto, pero lo único que recibo son mensajes automáticos que dicen que revisarán el contenido si infringe sus normas. Y luego *nada*. —Agito el móvil en el aire—. Otras personas también han pulsado el botón de denunciar en estos comentarios. Pero ya sabe cómo son las redes sociales: hoy en día todo son bots. Es imposible dar con un humano de verdad.

Como con ustedes, me dan ganas de añadir. Esto es una completa pérdida de tiempo. No les interesa y solo están aquí porque se lo han ordenado sus superiores. El agente auxiliar está más interesado en acariciar a Ruby, que se ha puesto cómoda a sus pies. Ella se hace amiga de cualquiera que le preste un poco de atención. Y el agente de verdad parece interesado sobre todo en salir de aquí con el mínimo papeleo posible.

—¿Así que Instagram no le ha contestado nada tras sus denuncias?

—Nada. —Alzo las manos.

—¿Cuántas denuncias ha puesto?

—He perdido la cuenta, la verdad. Al menos treinta.

—Quizá hayan tomado alguna medida, como dar avisos o eliminar cuentas de usuario sin comunicárselo. —Le sube el tono al final, dejando lo que acaba de decir casi en pregunta. Como si yo pudiera tener respuesta.

—He consultado unas guías en internet que dicen que las redes sociales *a menudo* —marco comillas con los dedos alrededor de la palabra *a menudo*, porque estoy segura de que es más un deseo que una realidad— colaboran con la policía cuando se presentan denuncias, así que está claro que les corresponde a ustedes empezar a investigarlo por mí, y solo entonces intervendría Instagram.

—Vale, muy bien, déjelo en nuestras manos. —El agente Connor saca una libretita del bolsillo y garabatea lo que parece un número—. Reenvíe todas las capturas desde su móvil y se las llevaré a mi sargento para que las revise.

—¿Y cuándo sabré algo? —Cojo el papel. Al menos está haciendo *algo*.

Se encoge de hombros. —Ahora mismo va todo muy lento. Tenemos personal de baja, gente todavía de vacaciones...

—¿Por qué cree, si no, que necesitan a gente como yo en el cuerpo? —El agente auxiliar Smith se ríe.

—No le veo la gracia a nada de esta situación. —Lo fulmino con la mirada, y él se pone serio enseguida—. Quiero saber de dónde vienen estos mensajes, y quiero que detengan y castiguen a la persona, o personas, que los están enviando.

—¿Entonces cree que podría ser más de una persona, es eso lo que dice? —El agente Connor pone cara pensativa.

—Bueno, han ido llegando desde más de una cuenta, según iba bloqueándolas —respondo—. Pero me da la sensación de que la voz que hay detrás es la misma, igual que la forma en que están escritos.

—Sí, yo también lo creo —responde el agente Connor—. Quédese tranquila, *sí* voy a hablar con mi sargento, y usted debería mantenernos al tanto si los comentarios y mensajes siguen llegando.

—Claro que van a seguir llegando. —Golpeo el móvil contra el reposabrazos de la butaca—. Al principio llegaban cada día, pero ahora ya van por uno cada dos horas. Se crean cuentas nuevas al mismo ritmo que yo pulso el botón de bloquear.

Me alegro muchísimo de irme unos días dentro de un par de días, y Ruby se quedará con mis padres. Me sentará bien alejarme del

sitio donde empiezo a sentirme como un blanco fácil. Quizá, para cuando vuelva, este sargento se haya dignado a meterle un poco más de presión a Instagram.

—Alguien volverá a ponerse en contacto con usted en unos días —responde.

—¿No van a darme un número de referencia de la denuncia?

—¿Necesita un número de denuncia?

Lo fulmino con la mirada. —¿Acaso el acoso por internet no es delito?

Se pone en pie y sus pesadas botas negras se hunden en la espesa alfombra color crema. —Como le he dicho, deje que hable con mi sargento. Ya conocemos la salida.

—No. Yo los acompaño a la puerta. —Estoy temblando de rabia por lo poco en serio que se han tomado mis preocupaciones—. Necesito asegurarme de que queda todo bien cerrado por dentro.

—No creo que tenga que preocuparse por eso. —El agente Connor se vuelve para dedicarme una sonrisa tranquilizadora cuando llegamos a la puerta principal—. Como ya le hemos dicho, el poder de estos trolls está en esconderse detrás de sus pantallas.

—Pues cuando vuelva aquí a poner marcas de la científica alrededor de mi cadáver —le grito mientras se aleja—, tal vez se arrepienta de no haberme hecho caso.

—La estamos escuchando. —Se da la vuelta desde la verja de mi jardín—. Y le prometo que tendrá noticias nuestras en los próximos días. Empieza a sonar a disco rayado.

Sin responder, doy un portazo, echo el cerrojo de seguridad y, por si acaso, paso también la cadena. Luego me dejo caer en el último escalón y me abrazo a mí misma, como si intentara consolarme. Ruby sale sigilosa del salón, se sube a mi lado y me lame el codo.

Quizá, solo por un tiempo, debería dejar de publicar en redes. Pero tengo una semana muy importante por delante, con la sesión de preguntas y respuestas y el estreno de la película.

Entonces, ¿cómo voy a hacerlo? ¿Y por qué debería?



Vuelvo a dejar el cepillo de dientes en su soporte y me quedo helada cuando Ruby gruñe a mis pies.

Mi familia se ríe a menudo de sus gruñidos y ladridos: un perro tan pequeño intentando sonar feroz. Pero oírlo ahora, después de todo lo que ha pasado, basta para ponerme los pelos de punta.

¿He cerrado con llave la puerta de atrás además de la de delante?

¿iY las ventanas!?

Estoy segura de que las cerré y les eché el pestillo a todas, salvo quizá la pequeña del aseo de abajo.

Conteniendo la respiración, me deslizo hasta mi dormitorio como una ladrona en mi propia casa. Ruby me sigue, todavía gruñendo, mientras cojo el móvil.

Cuando se marchó la policía, me dijeron que se pondrían en contacto. Pero no dijeron: «*Llámenos si pasa algo más*». Ni tampoco: «*No dude en hacernos volver si tiene miedo*».

Así que quizá piensen que soy una paranoica si los llamo otra vez tan pronto.

Entonces una notificación de Instagram aparece en la pantalla, y todas mis dudas sobre llamarlos se esfuman.

¡Mira por la ventana!

12

LEANNE

VER la lista de preguntas que me ha enviado mi agente me pone aún más nerviosa de cara al martes. Me reclino en la silla, que chirría con el movimiento. Madre mía, si ya estoy así ahora, con la comodidad y la paz de mi pequeño refugio de escritura, mañana voy a ser un manojo de nervios cuando me plante delante del reparto y de todos mis lectores.

La verdad es que debería estar viendo la tele con mi marido y mis hijos para desconectar, pero, como siempre, ha ganado la adicta al trabajo que llevo dentro. Hay demasiado que hacer esta noche como para permitirme un rato para mí. Eamon está de un humor de perros, así que quizá sea mejor quitarme de en medio. Ya se lo compensaré a los niños cuando pasen estos días.

Selecciono la lista de preguntas, la copio y luego la pego en un mensaje para Chloe. Yo tengo que prepararme para responderlas, pero ella tiene que prepararse para hacerlas. Sé que es mañana mismo, pero espero que le dé tiempo a familiarizarse con las preguntas en el tren.

¡Espero que estés tan ilusionada como yo por lo de mañana! 😊

Añado el mensaje debajo de las preguntas y le doy a enviar.

No sé por qué los eventos como este me ponen tan nerviosa. Supongo que porque importan. Ya he visto la película, pero mañana por la noche será la primera vez que me haga una idea real de cómo va a calar en un público más amplio. ¿Les encantará o la odiarán? ¿Se llevarán una decepción mis lectores cuando me conozcan en persona y se den cuenta de que no soy distinta de ellos por el simple hecho de haber escrito unos cuantos libros? ¿De que tengo líneas de expresión, arrugas y una barriga fofa con la que tengo que pelearme?

Y luego está el hecho de que estoy acostumbrada a estar sola con mis personajes, encerrada en mi pequeño despacho de casa. No estoy acostumbrada a andar ahí fuera, a la intemperie, sonriendo para las fotos, dando entrevistas y conociendo a gente nueva. La forma en que ha despegado mi carrera todavía me parece surrealista. Hay días en que apenas puedo creer que todo esto esté pasando.

Una vez enviados los dos mensajes, Instagram me devuelve al perfil de Chloe. Ha aparecido un comentario nuevo debajo de su último vídeo, en el que promociona un libro que me encantó el mes pasado: uno sobre una mujer que descubre que su marido se ve a escondidas con otro hombre y contrata a un sicario para solucionar el problema.

Estar casado contigo bastaría para volver gay a cualquier hombre. 🤢

Quizá en contra de mi buen juicio, le doy al botón de responder. El comentario lo acaban de dejar, así que el gilipollas probablemente siga conectado.

Seguro que tú tampoco eres ninguna belleza. Ni siquiera has subido una foto. Déjala en paz, pringado.

Sigo bajando. En el vídeo de esta mañana, en el que enseña su vestido y sus zapatos y habla de la ilusión que le hace el estreno de la película, el mismo canalla ha escrito:

No se puede hacer un bolso de seda con la oreja de una cerda... o en tu caso, con el culo de una cerda. 🤔💩

Chloe no puede haber visto todavía el comentario. Si no, seguro que ya habría bloqueado la cuenta y la habría denunciado.

¿Dónde está el botón de denunciar?

Mantengo pulsado el comentario hasta que aparece la opción en rojo. *Denunciar*. De entre las opciones que me ofrece, *acoso o contacto no deseado* parece la que mejor encaja. Luego, cuando Instagram me pregunta a quién le está pasando, selecciono *a una amiga*.

Después, tengo que contarle a Chloe lo que he encontrado para que ella pueda gestionarlo por su parte. Parece otro troll nuevo, o el mismo escondido detrás de otro perfil más. Esta vez, la cuenta tiene un avatar de un hombre con barba y pelo corto. Me juego lo que sea a que en la vida real no se parece en nada a eso. Seguramente es tan feo como el culo de cerda con el que acaba de comparar a Chloe. ¿Cómo puede alguien criticar el aspecto de otra persona mientras se niega a dar la cara?

No me imagino vivir con el asedio constante de estos mensajes. Como autora, estoy acostumbrada a las reseñas negativas, a los comentarios malintencionados y a que la gente haga trizas mi trabajo. He aceptado que mis libros y mi forma de escribir nunca van a gustar a todo el mundo. Escribo para los lectores que los disfrutan e intento no darle vueltas al resto.

Pero la mayoría de esas críticas no son personales. Atacan al trabajo, no a mi aspecto ni a mi valía como ser humano. Nada que ver con el acoso que Chloe tiene que aguantar.

Toco el icono de videollamada junto a su nombre y sostengo el teléfono delante de mi cara.

Dejo que suene mientras mi mirada recorre mi acogedor despacho. Miro las estanterías llenas con los veinticinco libros que llevo publicados y una preciosa lámina enmarcada que una de mis amigas escritoras hizo con las portadas de mis libros para conmemorar este hito.

Después, mi mirada se posa en una foto de mi hijo y mi hija: las personas por las que hago todo esto, mi propósito y mi motor en la vida. Nuestros días viviendo endeudados quedaron ya muy atrás, y estoy más que agradecida de haber salido de aquella época. Al menos sé que mis hijos nunca vivirán esas mismas penurias.

Precisamente porque pasamos por aquella estrechez, valoro a cada lector y cada libro vendido con cada fibra de mi ser. Y siempre lo haré.

Chloe no contesta, así que le dejaré un mensaje. Solo espero que esté bien.

13

TARA

ESTA MAÑANA solo he alcanzado a ver el nombre de la mujer que se puso en contacto con mi marido, pero no el contenido de su mensaje. Ha vuelto al jardín antes de que me diera tiempo a investigar más.

Kaylene.

Con un nombre así, solo puede ser la misma mujer con la que Franky salía de adolescente. Al fin y al cabo, no es precisamente un nombre como Lisa o Jennifer. Vive en York, que yo sepa, así que está a apenas una hora en coche de donde vivimos. Perfectamente podrían haber retomado lo suyo donde lo dejaron, sobre todo ahora que anda buscando a alguien que le alimente el ego.

Algunas esposas le habrían pedido explicaciones ahí mismo al ver su nombre, pero yo no soy de esas: necesito pensar primero.

Y desde que vi ese mensaje me he pasado todo el día pensando.

Esto, justo después de pillarlo en esa página de citas, es la gota que colma el vaso de nuestro matrimonio. Pero necesito estar segura antes de dar ningún paso. Necesito más pruebas.

Franky entra en el salón con una cerveza en la mano, echa a la perra del sillón y se deja caer en él. Todo un milagro verlo lejos del ordenador. —¿Y qué vamos a hacer con la casa? —pregunta.

—¿En qué sentido? —Saco los pies de debajo de mí. Apenas soporto estar cerca de él después de todo lo que he descubierto, así que seré breve.

—¿Dónde vamos a vivir? —Da un trago a la botella.

—¿Por qué esperas que yo tenga todas las respuestas? —Miro el reloj—. En fin, ahora no puedo hablar: voy a recoger a Mia del plan de pizza y bolos. Ya deberían estar terminando.

—Pensaba que habíamos quedado en que podía volver andando con sus amigas.

Le lanzo una de mis miradas. —Eso lo decidió ella sola.

—Vale, pues. —Levanta los brazos—. Me daré una vuelta hasta el parque de ocio. Antes de irme, ¿te preparo un baño?

—¿*Qué*? —Me enderezo en la silla.

En los quince años de historia de nuestra relación, Franky Newsome no se ha ofrecido ni una sola vez a prepararme un baño. Tiene que tener mala conciencia.

—Antes, mientras estabas en el trabajo, me he puesto a pensar que no sé qué haría sin ti en mi vida.

—¿Eh? —Desde luego, ahora sí tiene toda mi atención—. ¿Qué te traes entre manos, Franky?

—Que te valoro, nada más. Solo quiero que lo sepas.

—Me lo preparo yo sola el baño, gracias. —Mi voz suena cortante. En cuanto se duerma esta noche, voy a hurgar en su móvil, aunque no se acueste hasta las tres de la madrugada. Conseguiré la prueba que necesito y luego...

Y luego, ¿*qué*? Tampoco es que tengamos una casa por la que pelear, ni dinero por el que librar una batalla. Ni tampoco lo imagino peleando por la custodia de las niñas. Lo único que echaría de menos sería que le cocinara y le limpiara.

Pero como decía mi abuela, hay más de una manera de despellejar a un gato.



—¿Piensas venir a la cama? —Normalmente me daría igual, pero necesito que se duerma para lo que traigo entre manos. Si le saco lo de Kaylene o lo de esa Antonia que hace poco tenía en la pantalla a todo Technicolor, no hará más que inventarse algo para despistarme. Me dan ganas de decir que inventar historias es lo que mejor se le da, pero eso no sería del todo cierto. Si lo fuera, no estaríamos tan mal de dinero.

Franky apenas levanta la vista del ordenador mientras paso por detrás de su silla y sigo por el pasillo hasta el pie de la escalera. Al menos esta vez no está cerrando la pantalla a toda prisa antes de que vea algo que no debería.

Al llegar al rellano, veo a Mia metiéndose en su habitación.

—¿Lo has pasado bien esta noche? —le pregunto, pero la puerta de su cuarto ya se ha cerrado de un portazo. Ninguna de mis hijas quiere hablar conmigo últimamente. Pensaba que al menos los críos esperaban a la adolescencia para empezar con la hostilidad, pero parece que Mia copia a su hermana mayor. Seguramente todavía le escuece que su padre haya ido andando a buscarla esta tarde.

Pero no pienso dejarle pasar la mala educación, así que me dirijo a su cuarto.

—¿No me has oído, Mia? —Empujo la puerta de su habitación. Hace poco que la redecoramos, y ahora ojalá no nos hubiéramos molestado: ¿quién sabe dónde acabaremos viviendo?

—¿Qué?

—Te he preguntado si lo has pasado bien con tus amigas. No me has dicho ni pío desde que has llegado a casa.

Se encoge de hombros. —Estuvo bien.

—¿Solo bien?

—Estoy cansada.

—Vale. Te dejo dormir. Nos vemos por la mañana. —Le lanzo un beso y ella pone una mueca. A ver si tengo más suerte con su hermana. Apenas ha vuelto a dirigirme la palabra desde que rechazó el viaje del colegio esta semana. Voy a la puerta de al lado, en el rellano.

—No te quedes hasta muy tarde con ese ordenador, Olive. — Señalo su pantalla, resistiendo el impulso de compararla con su

padre. Al oír mi voz, Stella estira las patas sobre la alfombra. Normalmente no me gusta que la perra esté en las habitaciones de las niñas, pero ya qué más da. Al fin y al cabo, dentro de unos meses nos habrán echado de esta casa.

—Sí, sí. —Ni siquiera se gira para mirarme. Atrás quedaron los días en que yo era el Norte, el Sur, el Este y el Oeste de las niñas. Atrás quedaron los días en que a Franky ni se le habría ocurrido dejar que me fuera a la cama sola.

Señales de que tu marido te engaña, escribo en el buscador.

No consigo concentrarme en leer, y no logro parar el cerebro, que me va a cien millas por hora, así que más vale centrarme en el problema que tengo entre manos mientras espero a que Franky aparezca y se duerma. Puede que se acueste incluso más tarde de las tres, porque algunas noches ni lo oigo cuando se desliza a mi lado. Solo Dios sabe qué hace en el ordenador hasta esas horas de la madrugada. Si de verdad dedicara ese tiempo a escribir sus libros, podría publicar uno cada dos meses.

Hago una mueca ante uno de los primeros resultados que me devuelve la búsqueda.

Nuevos hábitos digitales: historial de navegación borrado, apps de mensajería ocultas o pasar mucho tiempo en redes sociales a altas horas de la noche.

Se me corta la respiración. Madre mía, está subiendo por la escalera. Deslizo el móvil bajo la almohada y alargo la mano para apagar la lámpara de la mesilla y poder fingir que duermo. Si me pilla despierta, puede que intente seguir con lo que me estaba preguntando antes sobre lo que vamos a hacer, o, con lo mucho que dice ahora que me valora, puede que venga a la cama mucho antes de medianoche porque tiene otra cosa en mente.

Me quedo tumbada en la oscuridad, escuchándolo ducharse, mientras el siguiente resultado de mi búsqueda me vuelve a la mente.

Sobrecompensación motivada por la culpa: se muestra excesivamente amable, te colma de regalos inesperados o de

repente empieza a hacer más tareas de lo normal para disimular el sentimiento de culpa.

Nunca tarda mucho en la ducha, y a los pocos minutos la puerta de nuestro dormitorio chirría al abrirse y noto su peso a mi lado mientras se mete en la cama.

Sin dejar de darle la espalda, intento regular la respiración para que suene lo más rítmica posible. Tiene que pensar que estoy dormida. La verdad es que estoy cansada, pero con los nervios a flor de piel. El trabajo me ha dejado hecha polvo físicamente, pero mentalmente estoy como una moto. Y hasta que no le eche un vistazo al móvil, no hay manera de que pegue ojo.

Abro los ojos, lo justo para ver la oscuridad que nos rodea teñida por el resplandor de su móvil. Me pregunto a quién le estará escribiendo. A Kaylene o a Antonia. Solo espero que no tarde mucho en vencerlo el sueño.

Al final, la habitación vuelve a sumirse en la oscuridad y, en unos instantes, es la respiración acompasada de Franky la que llena el silencio del cuarto. No he conocido a nadie capaz de dormirse con tanta facilidad, normalmente antes incluso de apoyar la cabeza en la almohada, pero tengo que esperar un poco.

Cuando estoy segura de que duerme profundamente, cojo mi móvil y luego rodeo la cama de puntillas para coger el suyo. Me deslizo hasta la puerta, porque será más seguro bajar a ver qué descubro. Abajo no habrá resplandor de pantalla que lo despierte ni respingo mío que lo alerte si encuentro algo incriminatorio.

Me ha bloqueado el acceso. Cuando nos compramos los móviles nuevos el año pasado, nos activamos mutuamente el reconocimiento facial. Pero ahora lo único que me sale es *cara no reconocida*.

Esto encaja con el apartado de *proteger celosamente los dispositivos* de la lista que estaba mirando antes, la de *señales de que tu marido te está poniendo los cuernos*.

No sé qué hacer. No puedo despertarlo y exigirle que me explique por qué me ha quitado el acceso. Ya sé... probaré con su ordenador. Es un iMac, así que todo lo del móvil se refleja allí.

Su contraseña es la misma desde que se dio el capricho de comprarse este ordenador: *OliveMia2*.

Contraseña no reconocida.

La escribo otra vez, con más cuidado esta vez. Aquí también la ha cambiado, joder, así que pincho en la *opción de restablecer contraseña*. Lo que esconde sobre Kaylene y Antonia podría ser solo el principio de lo que intenta ocultarme. Como sea, tengo que entrar en este ordenador.

Enviar un enlace a un dispositivo de confianza. Levanto mi propio iPhone. Este quedó vinculado al ordenador cuando compramos todo esto con la indemnización del despido de Franky, así que espero que mi móvil siga contando como dispositivo de confianza.

Funciona, y ya estoy dentro.

En un santiamén, entro en su historial de búsquedas. Fue el martes pasado, hacia las nueve de la noche, cuando lo pillé en aquella página. Voy retrocediendo por la larga lista. Cuando haya revisado todo lo que pueda haber pasado entre él y Antonia, echaré un vistazo a qué otras páginas ha estado visitando. Hago fotos para investigarlas luego desde mi propio móvil, y después me meto en la app de mensajes de Franky y empiezo a leer los mensajes entre él y Kaylene. No son solo de hoy: el primero es de hace unas dos semanas. Y fue *Franky* quien dio el primer paso.

Pero entonces la voz de mi marido me da un susto de muerte.

—¿Qué coño te crees que estás haciendo?

No HAY rastro de cámaras en la parte trasera de la casa, así que puedo colarme por el jardín sin problemas, aunque sea a plena luz del día.

Los setos entre las casas de esta calle son tan altos que ningún vecino debería verme, y si alguien me ve, ya se me ocurrirá algo. Podría estar dejando algo sin más; dejarlo por la parte de atrás porque no hay nadie en casa.

El barrio está en silencio para ser un martes al mediodía. Nada que ver con donde vivo, con el tráfico constante, las sirenas atronando, la gente gritando y las alarmas de las casas. Al menos ella no tiene una de esas; lo he comprobado dos veces, y no hay ninguna caja de alarma en la pared.

No se oye nada aparte del trino irritante de los pájaros. Lo cual vuelve más arriesgado lo que estoy a punto de hacer; es más probable que algún vecino me oiga. Pero tengo que hacerlo: no sé cuándo volveré a tener la oportunidad de acercarme tanto a la parte de atrás de su casa. Tan cerca que ahora puedo echar un buen vistazo por las ventanas.

Sé a ciencia cierta que no está en casa. Hace apenas una hora he visto las fotos de su cara sonriente y engreída de camino a Londres. Se cree alguien especial. Pues no lo es, como pronto va a descubrir.

Hay una rendija entre la hoja pequeña de la ventana de la cocina y el marco. Me abalanzo sobre ella y tiro para abrirla, con el corazón acelerado por la expectación. Está claro que la ha cerrado de un tirón, pero no se ha molestado en volver a encajar la manilla en su sitio. Solo tengo que encaramarme hasta ahí, estirarme lo suficiente para girar la llave de la ventana grande, y estoy dentro.

Bueno, una vez que consiga trepar y meterme por ella.

Mientras me felicito por lo ágil que he estado, contra todo pronóstico, al trepar y dejarme caer, casi espero que ese chucho enano venga a ladrarme entre los pies en cuanto tocan el impoluto suelo de baldosas de la cocina, pero lo único que recibe mi entrada en su casa es el silencio.

Paso al salón, sabiendo ya dónde está cada cosa después de todas las veces que he vigilado desde la calle. Joder, ¿cuántos juguetes necesita un perro del tamaño de una rata? Hasta tiene su propio escaloncito para subirse al sofá. Con solo dos cuadros en la pared y los cojines cuidadosamente ahuecados, parece más un piso piloto que un hogar, pero aun así me muero por echar un vistazo arriba.

La planta de arriba se parece mucho a la de abajo: todo impecablemente limpio y ordenado. La puerta de su dormitorio está abierta de par en par, y algo me arrastra directamente a la cómoda que hay junto a su cama. En efecto, el cajón de arriba está lleno de lencería cara. Levanto un sujetador entre dos dedos, dejando que el encaje se deslice entre ellos.

Si pudiera verme ahora.

Mientras lo vuelvo a dejar y rebusco en el segundo cajón, mi mano roza un trozo de plástico duro. Sí, es un vibrador. Así que está claro que no es tan mojigata como parece. No puedo resistirme a plantarlo de pie sobre su mesilla de noche y hacerle una foto. Seguramente se la envíe cuando dé con las palabras justas para el pie de foto.

En estas últimas dos semanas, odiar a esta mujer se ha convertido en una obsesión que no me suelta. Pero ha dejado paso

a algo aún más profundo.

Querer acabar con ella.

Salgo de su dormitorio y me dirijo a la habitación de enfrente, su despacho. Respiro hondo para contener la tentación de destrozar el equipo fotográfico que ha dejado aquí; en su lugar, saco una hoja de papel de encima de una bandeja.

Una factura del móvil. Así que ya tengo su número.

A continuación, cojo el bloc de notas que hay junto al monitor del ordenador y saco un boli del portalápices.

¡ADIVINA QUIÉN HA ESTADO AQUÍ!

Quizá debería añadir: «Te veré pronto».

COGER el tren a Londres siempre me llena de ilusión, y hoy estoy que no quepo en mí. Ni siquiera los dos comentarios horribles que me han dejado en mi última publicación han conseguido alterarme. Me he limitado a denunciarlos y bloquear al usuario.

Tan fresca como una lechuga.

Bajo del tren y arrastro mi maleta de ruedas hacia la salida de la estación de King's Cross. Aquí me siento mucho más segura que en Yorkshire. Al principio no sabía de dónde venían los mensajes y los comentarios, pero después de los gruñidos de Ruby y del mensaje de *¡Mira por la ventana!*, está claro que al menos una de las personas que hay detrás está cerca de casa.

Lo bastante cerca como para haber estado merodeando delante de mi casa.

La policía tardó casi dos horas en llegar cuando volví a llamar; por lo visto decidieron que, si iba a pasar algo, ya habría pasado. Echaron un vistazo por fuera, concluyeron que quienquiera que hubiera estado allí se había largado hacía rato, prometieron mandar un coche patrulla por delante de mi casa de vez en cuando y se fueron tan panchos.

Pero ahora ya he escapado de todo eso, y me niego a dejar que lo que está pasando me estropee lo que promete ser el día más

emocionante de mi carrera como bookfluencer hasta la fecha.

Conocer a Leanne Delaney ya habría sido más que suficiente. En vez de eso, voy a comer con ella, a entrevistarla y a verla grabar. Muchos bookstagrammers de mi nivel darían un brazo por estar hoy en mi lugar. Así que tengo que hacer todo lo que esté en mi mano por enterrar mis problemas.

Cambio la penumbra de la estación por el calor de la tarde de principios de septiembre, todavía maravillada por este veranillo. Hace un tiempo perfecto para todo lo que me espera hoy, y si tuviera más de una hora antes de reunirme con Leanne para comer, habría ido caminando desde King's Cross por las calles bulliciosas. En vez de eso, me pongo en la cola para coger un taxi negro. Esta es una cita a la que no puedo arriesgarme a llegar tarde.

Mientras recorro las calles de Londres, todo el cuerpo me vibra de emoción. Solo ver los nombres del tablero del Monopoly, al que Matt y yo jugábamos sin parar de niños con nuestros padres, ya me produce un cosquilleo. Ahí está el cartel de Euston Road cuando el taxi arranca desde la estación, y luego un autobús que pone The Strand.

Entonces suena el teléfono. *Número oculto.*

Al principio dudo si contestar. Me cuesta admitirlo, pero casi le he cogido miedo al móvil desde que los comentarios y los mensajes se han recrudecido. Pero tengo que hacerlo; no puedo dejar que el troll, o los trolls, ganen. Ya me han jodido la vida más que suficiente últimamente.

—¿Es usted Chloe Taylor? —La voz suena joven y vagamente familiar.

—Soy yo.

—Soy el agente Toby Connor, de la policía de West Yorkshire. Nos vimos el domingo por la noche.

—Ah, sí, gracias por devolverme la llamada. —Echo un vistazo al navegador del salpicadero. Espero tener tiempo de sobra para esta conversación antes de llegar a la librería donde me estará esperando Leanne.

—Siento haber tardado un día o dos. Como le dije, tenía que esperar a que mi sargento entrara de servicio.

—¿Y?

—Bueno, es como me imaginaba. —Baja la voz.

Londres sigue pasando a toda velocidad al otro lado de la ventanilla, pero ya no disfruto de las vistas. Solo puedo concentrarme en la noticia que estoy a punto de recibir y que, por lo que parece, no voy a querer oír.

—¿No pueden hacer nada por ayudarme? ¿Es eso lo que intenta decirme?

—Mi sargento se ha mostrado comprensivo con lo que está pasando, pero en realidad es responsabilidad de la plataforma de internet ocuparse de alguien que incumple sus normas. No es un asunto policial.

—Pero yo ya he intentado denunciar los mensajes en la plataforma; esto ya se lo he dicho. Las directrices de Instagram que leí dicen, aunque no lo formulen así, que *cooperarán* con la policía, pero no parece que vayan a *tomar* nunca ninguna medida.

—Me temo que, sin un incidente concreto, de momento no podemos ir más allá. Lo siento.

—Pero ¿y todos los mensajes? Seguro que tienen que considerarse acoso, ¿no? —Clavo los dedos en el cuero blando del asiento, frustrada—. Ha habido todavía más mensajes desde que vino a mi casa el domingo. Así que dígame usted —endurezco ahora la voz—, ¿qué narices se supone que tengo que hacer?

—Mi sargento le aconseja que lleve un registro detallado de cualquier contacto de este tipo. Y también que siga haciendo lo que hace: denunciar y bloquear a la gente en la plataforma. Quienquiera que sea acabará cansándose de mandarle mensajes, sobre todo si no le da carnaza.

—¿Y si no estoy conforme con esta actuación o, mejor dicho, con esta *inacción*? —«No estar conforme» es quedarse corto. No me puedo creer que la policía no se lo tome más en serio. Para ellos son solo mensajitos tontos de un troll; para mí, bueno, se está apoderando de todos los aspectos de mi vida. Nunca antes había tenido que mirar por encima del hombro como ahora.

—Está claro que, si alguna vez llegara a sentirse amenazada físicamente —continúa el agente—, ya sea en casa o fuera de ella, no tiene más que llamar al 999.

—Pero ¿no hay nada más que estén dispuestos a hacer por mí mientras tanto? ¿No pueden rastrear de dónde vienen los mensajes ni nada por el estilo?

—Me temo que no. —Hay un asomo de disculpa en su voz—. Mi sargento dice que ahora mismo no tenemos ni el personal ni los recursos, pero tenga por seguro que, si la amenaza para su bienestar se agravara, eso cambiaría. Y si nos necesita, solo tiene que descolgar el teléfono.

—Gracias. —Mi voz suena cortante, casi sarcástica. No tiene mucho sentido discutir. Además, no es *él* quien ha tomado esta decisión.

Quizá lo que tenga que hacer sea tomar cartas en el asunto yo misma.

Miro el reloj mientras el conductor se detiene en la zona de parada. Tengo que serenarme. Dentro de poco estaré sentada frente a mi autora favorita, comiendo en la cafetería de la librería, siempre que consiga recuperar el apetito.

Y luego haré las preguntas cuyas respuestas estarán esperando, con el aliento contenido, los lectores que abarrotarán la librería.

—Siga todo recto, gire a la derecha en la esquina y no tiene pérdida.

—Gracias. —Le redondeo la carrera al conductor a veinticinco libras y le sonrío mientras abre la puerta trasera corredera para que salga. Recojo la mochila y el bolso y espero a que saque mi maleta de ruedas del maletero y me la deje a los pies.

Me encanta esta librería: el olor, el ambiente, las escaleras, dispuestas como libros que suben hasta la cafetería, pero sobre todo me encanta porque me siento como en casa, de una manera que solo otro amante de los libros podría entender.

—¡Hola! —Leanne se levanta de su mesa del rincón cuando llego a lo alto de las escaleras. Es igual de simpática en persona que en sus fotos de internet. Lleva el pelo rubio suelto, en ondas alrededor de los hombros, y me alegro de ir informal, como ella, con vaqueros y zapatillas. Al menos hasta más tarde, cuando saque a escena el vestido rojo.

—Me alegro muchísimo de conocerte, Chloe. —Leanne se adelanta a abrazarme mientras dejo la mochila junto a la silla libre—. Aunque, la verdad, es como si nos conociéramos desde hace años.

—Yo también me alegro muchísimo de conocerte. —Tengo que contenerme para no soltar un chillido de emoción. «Comportate con profesionalidad», me dice mi voz interior sensata, y además la conversación con el agente Connor me ha dejado un poco apagada. Estoy harta del efecto que han tenido los mensajes en mí desde que empezaron.

Pero, al sentarme frente a Leanne y coger la carta que hay en el centro de la mesa, decido que nada ni nadie me va a estropear el resto del día.

Llevo demasiado tiempo esperando este momento.

NO RECUERDO la última vez que falté al trabajo. Desde la central han tenido que llamar a un encargado que supuestamente estaba de vacaciones para cubrirme, pero ahora mismo me da igual. Como para que me importe, con todo lo que estoy pasando en casa. Y con lo que descubrí después de entrar en el ordenador de Franky.

Tengo que aclarar unas cuantas cosas.

Franky y yo tuvimos una bronca de campeonato cuando me pilló usando su ordenador. Ni siquiera nos frenó que fuera plena madrugada. Es un milagro que los gritos no despertaran a las niñas. Habrían despertado a un muerto. Cómo no, él tenía respuesta para todo. Se fue por las ramas y se escurrió como pudo, todavía intentando justificar lo que yo había encontrado. Debe de pensar que soy completamente idiota.

Hoy no trabaja desde casa. Antes lo he seguido hasta el InTouch Café de Bradford, donde ha pasado más de dos horas. Cuando he entrado, justo después de que él saliera, lo he entendido. En la pared había un cartel que decía: *«Después de cada uso, se borra el historial de navegación y se eliminan de forma permanente todos los documentos descargados o editados.»*

Es un sitio donde cualquiera puede hacer prácticamente lo que le dé la gana en internet sin dejar rastro.

Y luego está lo del otro fin de semana, cuando fue al Caffè Nero de Ilkley con la excusa de observar a la gente para sus novelas. Últimamente lo hace cada vez más, sobre todo los días que yo no trabajo.

Después lo busqué en internet. El wifi del Caffè Nero no está cifrado ni protegido, y aconsejan a los clientes que tomen «las medidas de seguridad oportunas», signifique eso lo que signifique.

Para mi marido, todo esto significa que puede escribirse con otras mujeres a sus anchas sin ningún riesgo de que yo me meta y lo pille, como podría pasar cuando usa el ordenador del recibidor.

Hoy no soporto estar cerca de él. Por eso estoy sentada en esta cafetería, apurando un café frío en vez de irme a casa.

Cuando la confianza en un matrimonio ha desaparecido, ¿qué queda?

A mi alrededor flotan conversaciones alegres, salpicadas de estallidos de risa que solo consiguen hacerme sentir más sola. Ojalá pudiera hablar con alguien, aunque solo fuera para desahogarme. Pero en el fondo sé que me arrepentiría de soltar todo lo que me da vueltas en la cabeza.

De momento, tengo que aprovechar lo que parece la calma antes de la tormenta. He dejado que Franky crea que las cosas se han calmado en nuestro matrimonio. Es la única forma de llevar esto, sobre todo con tanto en juego.

Dice que esta noche tiene una reunión con un productor de audiolibros en Leeds y me ha pedido que todavía no haga las gestiones que pensaba hacer con la asesora hipotecaria y la cooperativa de crédito. Al parecer, otro autor recibió un adelanto de cuarenta mil libras por dos libros, así que dice que tengo motivos de sobra para ser optimista. Lo creeré cuando lo vea. La verdad es que me da la impresión de que simplemente está ganando tiempo.

Desde hace semanas sé que no puedo quedarme de brazos cruzados esperando a ver qué pasa.

Eso es lo que he hecho siempre: dejar que me manejen como un peón en el tablero de ajedrez de otro.

—LO SIENTO, he probado con todas las compañías de taxis que conozco y no hay nada disponible hasta dentro de al menos una hora.

Mierda, mierda, mierda. He tardado un siglo en arreglarme, aplicándome el maquillaje con tanto cuidado que no me he dejado tiempo suficiente para organizar cómo llegar al cine. ¿Por qué no reservé nada con antelación? Paso la mirada del reloj que hay sobre el mostrador de recepción a mi móvil. La app de Uber me dice exactamente lo mismo. De verdad que no hay nada hasta dentro de una hora.

—A estas horas casi siempre cuesta muchísimo pillar un taxi —continúa la recepcionista—. La hora punta dura hasta las siete de la tarde más o menos. —Me dedica un gesto de complicidad—. La verdad, le conviene mucho más coger el metro en Charing Cross Road. No tardará nada andando.

—¿El metro? —Bajo la vista hacia mi precioso vestido y mis zapatos con brillantitos. Si las calles de Londres están colapsadas y no hay taxis, seguramente el metro también irá hasta los topes. Esto va a ser divertido.

—Pasan cada ocho minutos más o menos hacia donde va usted. En serio, será mucho más rápido que intentar conseguir un taxi.

Llegará antes de que un taxi consiga siquiera acercarse al hotel.

Quedaría como una auténtica diva si dijera que esta noche quería hacer una entrada triunfal, así que me callo. Pero recuerdo la última vez que estuve en Londres, cuando fui a un festival literario. Menudo lío se me montó al intentar orientarme en el metro. Como siempre me dice papá, no debería ser tan cabezota, aunque yo prefiera llamarlo ser independiente. «No tiene nada de malo pedir ayuda, Chloe.» Casi puedo oír su voz.

—Puede que suene ridículo —digo, acercándome un poco más al mostrador mientras los tacones se me hunden en la gruesa moqueta—, pero ¿podría ayudarme a planificar la ruta en metro? Está claro que no soy más que una cateta de Yorkshire que, sin un poco de orientación, acabaría yendo en dirección contraria. —Pongo una mueca y ella se ríe.

—Por supuesto, estaré encantada de ayudarla.



Como me temía, no queda ni un sitio libre cuando por fin subo al metro. Pero gracias a la ayuda del hotel, estoy segura de haber entrado por el andén correcto y de que voy por la línea del color que toca. De momento, todo bien.

Me aparto para esquivar el sobaco rancio de un hombre mientras me agarro a una de las asas colgantes. Solo espero que el trayecto no tenga demasiadas curvas ni sacudidas, sobre todo con estos tacones. No sé cómo los londinenses viajan así todos los días. Llevo aquí apenas unos minutos y ya me está entrando claustrofobia.

Por favor, manténganse alejados de las puertas.

Cojo aire cuando otra horda entra y se apelotona en cualquier hueco. Aprieto con más fuerza mi bolso de mano de pedrería. Soy, con diferencia, la persona más arreglada de este vagón, y eso no pasa desapercibido. He notado varias miradas, de hombres y de mujeres, evaluándome mientras atravesamos los túneles completamente a oscuras, y eso hace que me sienta cada vez más

incómoda. Pero es culpa mía; tendría que haberme organizado mejor.

Ay, joder, ¿cuántas paradas quedan? Intento contarlas en el plano que recorre la parte superior del vagón.

Cuando un hombre se levanta en la siguiente parada, una de las personas que me miraba fijamente se abalanza sobre su asiento. Mientras se acomoda, me repasa de arriba abajo con un destello de desagrado en la cara. O está pensando: «¿Quién demonios te crees que eres, vestida como un cromo?». O simplemente tiene envidia porque a ella también le gustaría ir camino de un sitio que justificara arreglarse tanto.

Mientras tanto, el hombre que está al otro lado del del sobacoapestoso se me queda mirando el escote. Puaj. Intento girarme y ponerme de cara al otro lado, pero es difícil cuando solo tienes un milímetro de espacio para maniobrar.

Cuando el metro se detiene en la siguiente parada, suelto el asa y me limpio el sudor de la palma contra la otra mano. Ojalá hubiera traído agua, aunque, de haberlo hecho, no habría tenido manos libres para sostenerla, porque en el bolso solo me cabe el móvil y el pintalabios. Se me empieza a quedar la boca como si estuviera perdida en el desierto del Sahara, y una gota de sudor me resbala desde la axila por debajo del vestido. Giro la muñeca para consultar el pulsómetro. Sí, como sospechaba, tengo el ritmo cardíaco a 124 pulsaciones por minuto. La mayoría de la gente necesitaría una clase de gimnasio para llegar a esas pulsaciones.

Mientras intento frenar lo que amenaza con convertirse en un ataque de pánico en toda regla, trato de entender por qué me siento tan vulnerable. Al fin y al cabo, cualquiera de las personas que me rodean podría ser el troll. Incluso podría haber alguien siguiéndome por todo Londres. Ojalá mi cuñada hubiera podido venir. Aquí me habría sentido mucho mejor con Elsie.

Escudriño las caras de la gente que tengo más cerca, buscando señales de odio, indicios de que mi seguridad podría correr peligro al bajar de este metro.

Pero no hay nada que me permita actuar. Muecas de desprecio y miradas lascivas, sí, pero nada que parezca más siniestro. Vuelvo a

mirar el plano. Tres paradas más.

Nunca jamás vuelvo a viajar en metro.

El metro por fin se detiene con un chirrido en la estación de Leicester Square y, tal como dijo la recepcionista del hotel, según Google Maps solo me quedan dos minutos andando.

Respiro hondo, me aliso los pliegues del vestido mientras subo taconeando por las escaleras del metro hacia la calle y compruebo en el móvil hacia dónde tengo que ir para llegar al Odeon Luxe, intentando calmar la respiración.

Pero no tengo que buscar mucho. Por la multitud congregada a lo lejos queda claro que es aquí. Y estoy a punto de reunirme con Leanne justo en el centro de todo; me muero de ganas.

Muchos de sus lectores me han reconocido esta tarde. «Oooh, es The Twisted Sister», he oído decir a varias personas. Después se agolpaban para hablar conmigo casi tanto como para buscar a Leanne; de verdad que era como ser famosa. Todo mi esfuerzo por promocionar el trabajo de los autores y hacer crecer mi perfil ha dado sus frutos. El dinero está bien, claro que sí, pero aquí, entre esta gente, sé que he encontrado a los míos.

Sin embargo, antes de poder atravesar el cordón y pisar la alfombra roja, necesito un momento para recomponerme después de ese trayecto horroroso. Y necesito calmar esta sed que me consume. Veo a un vendedor de botellas de agua en una furgoneta al otro lado de la calle y meto la mano en el bolso a por algo de dinero. Un trago de agua, unas cuantas respiraciones profundas y luego podré dar lo mejor de mí.

Mientras me alejo de la furgoneta del agua, el móvil pita con un mensaje. Pero esta vez no es por Instagram. No: ha llegado por WhatsApp.

No eres tan mojigata como pareces, ¿verdad?

Ahogo un grito. Quienquiera que sea ha conseguido mi número de teléfono.

Pero un momento, está apareciendo una foto encima del mensaje. Me dejo caer en un banco y observo cómo se completa el círculo de carga. Entonces, cuando veo lo que muestra la foto, casi se me cae el móvil. No solo por lo que contiene, sino por el sitio donde está sacada.

Dios mío. Ahí, encima de la cómoda que hay junto a mi cama, está mi vibrador rosa.

ESTA HA SIDO una de las mejores noches de toda mi vida. Vale, quizá no tan especial como los días en que nacieron mis hijos, pero no le anda muy lejos.

Que adapten tu libro al cine es el sueño de cualquier autora, y mientras recorro con la mirada los setecientos ochenta y cuatro pares de ojos clavados en la gran pantalla, me concedo un momento de orgullo y gratitud.

Esos escenarios de ahí arriba los creé yo, y a esos personajes les di vida dentro de mi cabeza. Esa es mi historia desplegándose... una historia que echó a andar como el germen de una idea un día que paseaba al perro.

Todo el mundo parece estar disfrutando de la película hasta ahora y, que yo sepa, no queda ni una sola butaca libre en toda la sala. Estoy rodeada del reparto, del equipo, de invitados VIP, de ganadores de concursos, de prensa, por no hablar de los miles de fans que se agolpaban en Leicester Square cuando llegamos. Espero que muchos sigan ahí fuera después de la película. Conocer a mis lectores es la mejor parte del trabajo.

Le aprieto la mano a Eamon. —Lo hemos conseguido —susurro. Por suerte, parece estar disfrutando de la velada y, por primera vez

en la vida, se le ve orgulloso de verdad. Normalmente no muestra mucho interés por mi carrera, solo por sus frutos.

Pero, en muchos sentidos, él también ha hecho sacrificios. Los tres primeros años que me dediqué por completo a escribir los pasamos sin vacaciones, sin ropa nueva y apañándonos con nuestro coche destartado. Y, como me recuerda a menudo, lleva muchos más años que esos casado con alguien que, o bien anda desaparecida en algún lugar imaginario dentro de su propia cabeza, o bien está físicamente ausente mientras escribe.

La madre de Eamon es un encanto, eso sí, y habría estado aquí con nosotros hoy, pero no le gustan los trenes. Ni las multitudes. Mi suegra es mi primera lectora, mi correctora y quien me pega la patada en el culo que necesito cuando me falta la motivación o cuando pienso que mi borrador es una auténtica basura. Sin ella empujándome, con suerte habría escrito un solo libro; no digamos ya veinticinco en estos últimos años.

Miro de reojo a Chloe. No me quiere decir qué le pasa, por más veces que se lo he preguntado mientras estábamos en la alfombra roja. Sí, posó para las fotos con los actores, charló con los lectores y dio unas declaraciones a la prensa, pero la luz que le brillaba en los ojos esta tarde se le ha apagado esta noche. Es como si se limitara a cumplir el expediente.

Un par de veces la he visto con el móvil, pasándose los dedos por debajo de los ojos como si intentara que las lágrimas no le estropearan el maquillaje, y metiéndose una copa tras otra del champán de cortesía. Ella misma me ha dicho que no bebe mucho, así que algo tiene que haber pasado para dejarla así. Me pregunto si tendrá algo que ver con esos malditos mensajes.

O quizá tenga que ver con la conversación que antes le vi mantener con Eamon fuera, en el vestíbulo, cuando yo volvía de dejar que unos cuantos fans se hicieran selfis conmigo. Ninguno de los dos parecía contento con lo que fuera que estuvieran hablando, pero, en cuanto me reuní con ellos, nos hicieron pasar aquí para la presentación previa al pase.

—A lo mejor puedo ayudarte con eso que te preocupa. —La pillo junto al secador de manos del baño de señoras cuando termina la película. Se tambalea; encima se ha bebido una botella entera de vino durante el pase. Normalmente no voy controlando lo que bebe nadie, pero estoy preocupada.

—Leanne —me llama una chica desde la cola del baño—. ¿Nos hacemos un selfi? —Al menos es una fan simpática. Esta tarde se nos acercó una que me dijo que se me habían subido los humos, y luego le soltó a Chloe que debería buscarse una vida propia en vez de ir a remolque de mí. Las dos nos quedamos mirándola, boquiabiertas. Vamos, ¿qué narices se puede responder a ese tipo de comentarios?

—Un momentito. —Le sonrío a la chica—. Solo necesito hablar un segundo con mi amiga.

—Estoy bien. —Chloe se sacude el pelo y se ajusta el tirante del vestido—. Es solo lo del troll ese. Mañana te lo cuento todo.

—¿Por qué no me lo cuentas hoy? No soporto verte tan hundida.

—Esta noche es *tuya*. —Me devuelve la sonrisa, pero noto que le cuesta—. En serio, puede esperar hasta mañana. Nunca volverás a tener una noche como esta, y deberías disfrutar cada momento.

Y lo he hecho de verdad.

Me duele la cara de tanto posar para selfis, tengo la voz ronca de tanto hablar por encima del ruido de la gente y siento que se me van a caer los pies después de seis horas embutidos en estos tacones absurdos, pero no lo cambiaría por nada.

—Voy a intentar coger un taxi para volver al hotel. —Chloe aparece a mi lado, y por sus hombros caídos noto que se ha venido todavía más abajo.

—¿Tienes uno reservado? —le pregunto, y niega con la cabeza.

—Siempre puedo coger el metro si no consigo parar ninguno —responde. Arrastra las palabras y se tambalea aún más que en el baño.

—Quédate con ella. —Le aprieto el brazo a mi marido—. Voy a decirle a nuestro chófer que la lleve al hotel. No la pierdas de vista hasta que esté a salvo dentro del coche.

MIRAR las fotos de Facebook de una de las mujeres con las que mi marido ha estado tonteando es como abrir una herida y echarle sal.

Y aun así, no puedo evitarlo.

No he visto a Franky desde esta mañana y, mientras estoy sentada en este banco bajo la luz mortecina del atardecer, puedo decir con toda sinceridad que no quiero verlo. Ni aunque me contara que la reunión con ese productor de audiolibros ha ido de maravilla... si es que la reunión existe siquiera; sospecho que sería todo mentira.

Me ajusto más el cárdigan y tiritito. Ahora que estamos en septiembre, los días aún son cálidos, pero las tardes ya refrescan. Antes me encantaba esta época del año, pero últimamente no queda gran cosa que amar en mi vida. Hasta mis hijas, que antes me daban tanto sentido, me dejan una sensación de vacío. No hacen más que pedir, pedir y pedir. Pero no quieren estar conmigo, con su madre; solo soy la que siempre les dice que no a todo. Nadie me ha llamado siquiera para saber por qué llego tarde a casa.

Eso no le pasa a Antonia Steeton, la mujer cuya cara descubrí en la pantalla del ordenador de mi marido la semana pasada.

En su foto de portada tiene a dos niños pequeños riéndose colgados de su cuello y, según voy bajando, veo que, aunque se ha

divorciado hace poco, no parece ni de lejos tan sola como yo.

Todo lo que publica, desde las fotos de su perro hasta las muestras de los peinados que hace, tiene un montón de «me gusta» y comentarios. Está claro que se le da de maravilla lo suyo y que también se le da de maravilla, por lo visto, captar la atención de mi marido.

Una búsqueda rápida en Google de Antonia, treinta y cinco años, de Harrogate, me da su perfil de Facebook como cuarto resultado. Ha usado la misma foto de perfil que en la app de citas, lo que la hace todavía más fácil de encontrar.

Su perfil está abierto a todo el mundo, así que imagino que Franky también lo habrá cotilleado. Pero, cuando reviso sus «me gusta» buscando su nombre y luego tecleo «Franky Newsome» en su lista de amigos, no sale nada. No hay ni rastro de que él interactúe con ella en Facebook, aunque supongo que tampoco lo habría. Una cosa es que se escriban dentro de los límites de una app de citas, y otra muy distinta sacar su rollo a la vista de un mundo donde cualquiera podría presenciar su traición.

Como yo.

Vuelvo a la barra de búsqueda y escribo «Kaylene Marshall, York». A ver si está interactuando descaradamente con esta otra a la vista de todos. Su nombre completo sigue grabado en mi memoria desde hace años, desde que oí a alguien en nuestra boda mencionar algo que recordaba de ella.

La busqué entonces, igual que hago ahora, y, para mi horror, veo que apenas ha envejecido, no como yo. Con su preciosa melena castaña rojiza y brillante y esos morritos para la cámara, hace que yo parezca Quasimodo a su lado. Sobre todo hoy. Mi pelo castaño apagado y ahora corto, metido detrás de las orejas, y mi cara de amargada son quizá todas las excusas que necesita mi marido para mirar hacia otra parte.

Al pinchar en el enlace de su página de Instagram, veo que ahora se llama Kaylene Marshall-Wicks y que ha bautizado su página como *Geriatric Twin Mum* («Madre Geriátrica de Gemelos»). Recuerdo haber oído que tiene la misma edad que Franky, lo cual difícilmente es geriátrico a los treinta y nueve. Las fotos ancladas

arriba en su perfil son de ella luciendo tripa de embarazada, primero con un pichi vaquero, luego con un peto y después con un mono elegante. Yo nunca estuve ni de lejos tan estupenda cuando esperaba a mis dos niñas.

Voy retrocediendo y observo cómo su barriga se va haciendo cada vez más pequeña hasta que al final llego a una foto de ecografía con miles de «me gusta» y cientos de mensajes de enhorabuena de cuando anunció su embarazo por primera vez. Está claro que es tan popular como la otra mujer en la vida de Franky, Antonia.

Busco desesperadamente entre los comentarios alguna mención a su marido. Seguro que en los mensajes debajo de la foto de la ecografía lo nombran en algún sitio. Al fin y al cabo, la mitad de las felicitaciones deberían ser para él. Pero no hay nada.

Solo un escalofrío que me recorre entera cuando se me ocurre una idea espantosa.

¿Y si el padre del bebé de Kaylene no aparece en fotos ni se lo menciona porque hay que mantener su identidad en secreto? ¿Y si ya está casado y ya tiene dos hijas?

¿Y si el padre de su bebé no es otro que mi propio marido?

MIENTRAS LA LIMUSINA serpentea por las calles de Londres, respiro hondo y lucho contra las ganas de vomitar encima de mi precioso vestido nuevo. Y no es solo por la cantidad de champán que me he tomado con el estómago vacío.

Tiene más que ver con la segunda foto que he recibido desde que me he subido al coche que Leanne ha tenido la amabilidad de organizarme.

Porque ahí está, tan clara como la luz del día: una foto del bloc de notas que tengo sobre el escritorio de casa. Quienquiera que haya entrado en mi casa, está claro que ha fisgoneado a conciencia en mi ausencia.

¡ADOLENNA QUEÉN HA ESTADO AQUÍ!

Está claro que se recrea aterrizándome. Enviarme mensajes asquerosos y merodear por mi casa no le ha bastado, por lo visto. Y la policía, como siempre, no ha servido de casi nada.

—¿Considera que se encuentra en peligro inminente? —preguntó la voz robótica cuando denuncié la foto del vibrador.

—Bueno, no, pero escuche... alguien ha entrado en mi casa.

—¿La persona que ha entrado sigue en el domicilio? —La voz sonaba casi aburrida.

—¿Y cómo demonios voy a saberlo? Estoy en Londres.

Me he escabullido del cine antes de que terminara la película, haciéndole creer a Leanne que iba al baño, porque sabía que ya no podía posponer más la llamada a la policía. No podía estarme quieta, y no había manera de concentrarme en la película. Por lo que yo sabía, el perverso podía seguir dentro, y no iba a quedarme tranquila hasta que la policía me asegurara que mi casa estaba vacía del todo.

Eso ha llegado en forma de mensaje en el buzón de voz, justo antes del segundo mensaje de quien había entrado... acompañado de la foto de su nota.

Este mensaje de voz es para Chloe Taylor. Me llamo sargento Max Newglove, de la Policía de West Yorkshire. Tengo entendido que hasta ahora ha estado tratando con uno de mis agentes, el agente Connor, acerca de unos mensajes en Instagram.

Según tengo entendido, él ya le ha explicado que, por el momento, no hay gran cosa que podamos hacer respecto a esos mensajes. Pero, en relación con su última denuncia, teníamos el deber de investigarla.

Me complace confirmarle que su propiedad parece estar vacía, y una inspección a través de las ventanas indica que su domicilio parece estar en orden. Al parecer, se accedió por una pequeña ventana de la cocina, en la parte trasera de la propiedad, y se han tomado medidas para dejarla asegurada hasta su regreso.

También he podido ver la fotografía que le enviaron esta noche, y me atrevería a sugerir que posiblemente se trate de una broma bastante retorcida de alguien, más que de algo que requiera atención policial. Quizá quien la envió no se dio cuenta de que podría afectarle tanto. ¿Podría incluso tratarse del comportamiento de alguien a quien conoce, quizá una expareja?

Tengo entendido que esta noche está fuera de casa, así que, en consecuencia, no tengo ninguna preocupación inmediata por su seguridad. Por lo tanto, dejaremos las cosas como están de momento, pero no dude en ponerse en contacto con nosotros si se produjera cualquier otro incidente que la disgustara cuando regrese a su casa.

¡Que me disgustara! Apenas puedo creer que un agente de policía sea tan despectivo. Si hubiera dejado un número al que devolver la llamada, en vez de obligarme a pasar otra vez por toda la centralita policial porque esto no se considera una emergencia, lo llamaría.

Le preguntaría a este sargento Newglove cómo se sentiría él si este acoso lo estuviera sufriendo alguien a quien él quiere. Su mujer, su hermana o su hija. Seguro que tendría a la policía científica peinando toda su casa en busca de ADN para ver quién podría haber entrado. No estaría quitándole importancia a sus miedos despachándolos como una *broma*.

Eso, suponiendo que fuera capaz de hilar una frase coherente para hacer esa llamada. Desde luego, no se me ha dado nada bien hacerme entender cuando le farfullaba mis disculpas a Leanne hace un rato. Que tuvieran que sacarme del cine sujetándome y ayudarme a llegar a la calle y a subir a la limusina no ha sido precisamente mi mejor momento.

Ojalá Matt y Elsie no hubieran estado fuera esta noche; podría haberles pedido a mis padres que fueran juntos a comprobar que la casa está bien, pero no pueden porque tienen a los niños. Aunque tener que contarles lo de la foto sería bochornoso.

No hay duda de que irían a revisar la casa, pero la idea de que sepan siquiera que existe ese vibrador rosa es sencillamente insoportable, y seguro que seguirá bien tieso sobre mi mesita de noche en lugar de estar escondido en el cajón. Ya ha sido bastante malo tener que poner la denuncia, sobre todo porque el operador que me ha atendido primero era un hombre. Con eso tiene risas aseguradas con sus colegas en el pub.

—Ese taxi negro lleva un rato detrás de nosotros. —El conductor me mira por el retrovisor—. Si no supiera que no puede ser, diría que

nos están siguiendo.

Pone el intermitente derecho para meterse por la entrada de mi lujoso hotel. Es una lástima que esté demasiado borracha y disgustada para disfrutar de todo lo que ofrece. Lo único que voy a conseguir cuando llegue a mi habitación es desmayarme sobre la cama.

—Ah, tranquila. Han seguido recto por la carretera.

Mientras cruzo descalza y cojeando la moqueta del vestíbulo, consigo darle las buenas noches a la recepcionista. Los zapatos que elegí con tanto cuidado ahora me están matando, así que me los quité en cuanto me subí al coche con el conductor de Leanne. La verdad es que no sé si seré capaz siquiera de volver a mirarlos; quizá debería tirarlos y cortar por lo sano.

La velada que tanto había esperado ha salido terriblemente mal, y ahora mismo lo único que quiero es tirarme en la cama de mi habitación de hotel.

Que es exactamente lo que hago cuando por fin doy con ella tras equivocarme varias veces de giro y toparme con callejones sin salida en esos pasillos todos iguales. Le doy al interruptor de la luz y me tumbo en la cama vestida del todo. Estoy demasiado borracha para molestarme en desvestirme. Pero entonces la habitación empieza a dar vueltas. Se acabó lo de hundirme en la inconsciencia como tenía planeado.

Dios, ¿por qué me he hecho esto? Lo único que sé es que mañana lo voy a pagar.

Me incorporo apoyándome sobre los codos, abro los ojos y fijo la vista en el rectángulo del televisor colgado en la pared mientras intento controlar la respiración y acostumbrarme a la oscuridad. Dentro de un momento beberé un poco de agua helada del minibar. Pero solo cuando me sienta segura de poder ponerme de pie sin miedo a que se me doblen las piernas.

Me quedo helada cuando una sombra cruza fugazmente la pared a mi derecha, y de inmediato vuelvo la mirada hacia el enorme

ventanal a mi izquierda y la puerta que da a mi terraza privada. Ojalá pudiera dar marcha atrás en el tiempo hasta esta tarde, cuando estaba completamente sobria y sentada ahí fuera al sol con mi taza de té.

¿Estoy viendo visiones? Me froto los ojos y busco el móvil. El corazón me late en el pecho a cien por hora. Debería mirar afuera para asegurarme, pero me da demasiado miedo descorrer la cortina. O quizá debería llamar a la policía, pero seguramente me darían la respuesta de siempre y me harían sentir como una paranoica que les hace perder el tiempo. La verdad, seguramente sea solo mi imaginación después de los mensajes de estos días. Pero lo que sí sé es que esta noche no puedo quedarme aquí sola de ninguna manera.

Justo cuando estoy escribiendo un mensaje para pedir ayuda, doy un grito ahogado.

Acabo de recordar lo único que no hice cuando volví a entrar esta tarde para ducharme y cambiarme. Lo primero a lo que debería estar prestando atención mientras recibo estos mensajes asquerosos y con esos raros merodeando no solo fuera, sino ahora también dentro de mi casa.

No cerré con llave la puñetera puerta de la terraza.

Pulso enviar y consigo llegar tambaleándome hasta la puerta. Pero, al descorrer la cortina, una figura aparece al otro lado del cristal. Antes de que pueda hacer nada, abre la puerta de un tirón y me hace retroceder hasta que vuelvo a caer sobre la cama.

Intento gritar, pero lo único que parece salir de mí es una especie de silbido mientras se me sube encima, un peso opresivo a horcajadas sobre mi pecho.

—No... Por favor. —Me retuerzo bajo su peso, intentando liberarme mientras alarga la mano hacia una almohada. ¿Es la misma persona que estuvo en mi casa? ¿Me ha seguido hasta este hotel? Lleva la cara cubierta, así que no tengo forma de saberlo.

Justo cuando intento formularle esa pregunta a quien me ataca, una oleada de vómito me sube por la garganta, y entonces me aprietan una almohada contra la cara. El ardor repentino en el pecho es como un fuego que se enciende dentro de mí mientras intento

apartarme la almohada con todas mis fuerzas. O me ahogo con mi propio vómito o me asfixian.

Doy patadas y me retuerzo con todo lo que me queda mientras oigo un gruñido por el esfuerzo de mantenerme la almohada apretada contra la cara mientras yo sigo vomitando. Pero, a medida que se me acaba el oxígeno y la oscuridad se espesa ante mis ojos, me doy cuenta de que esta es una lucha que no puedo ganar.

Me vienen a la mente mis padres, mi sobrino y mi sobrina, y cuál será su reacción cuando reciban la noticia de que estoy muerta.

Nunca volveré a ver a mi querida Ruby... ¿quién cuidará de mi perra?

Todo porque quien ha irrumpido en mi habitación de hotel ha venido con una sola cosa en la cabeza.

Asesinato.

21

EL TROLL

ESTÁ MUERTA. Hubo un instante en que quedó suspendida entre la vida y la muerte, en que sus ojos me miraron fijamente a través de la oscuridad. Hubo un destello de reconocimiento y luego... nada.

Nada salvo el hedor a vómito por debajo de la almohada cuando se la aparté de la cara, y sus piernas abiertas tras revolverse en una lucha que jamás podría ganar. Nunca olvidaré el momento en que su cuerpo dejó de moverse, el momento en que comprendí que había ganado. Nunca he sentido semejante poder.

Me aparto tambaleándome de su cadáver, que sigue con la mirada clavada, con la mano apretada contra la boca mientras asimilo mi nueva realidad.

Acabo de matar a alguien.

Sin dejar de mirarla, por fin se me va calmando la respiración. Vuelvo de golpe al presente cuando una puerta se cierra con estruendo en el pasillo y una risa resuena a lo lejos.

¿Habrá oído alguien lo que estaba pasando en esta habitación?

La almohada ahogó los gritos que intentaba dar, y mis jadeos por el esfuerzo bien podrían haber sonado a sexo desde el otro lado de la puerta.

Hasta que se presentó la oportunidad hace diez minutos, no sé si creía tener dentro de mí la capacidad de matarla. Sí, odiaba a esa

mujer con cada fibra de mi ser, y desde luego quería hacerle daño de algún modo, pero matarla a sangre fría, o mejor dicho, a bilis caliente... Bueno, me va a costar recuperarme de esto.

¿Notarán algo distinto quienes me conocen? ¿Gritaré de pronto su nombre en sueños? ¿Se me leerá la culpa en la cara?

Desde el principio de los tiempos hay gente que ha matado a otra gente y ha seguido con su vida, así que ¿por qué yo no? Algunos han vuelto a matar; para otros fue algo puntual. ¿Y para mí? Quién sabe.

Me dejo caer en la silla frente al espejo y me escudriño la cara en la oscuridad. La luz tenue de la luna menguante me deja ver mi reflejo. Pero en este momento no sé si quiero mirar.

También veo la figura de mi víctima despatarrada en la oscuridad, detrás de mí. Y ya no lo soporto. Cruzo la habitación a trompicones hasta el armario y tanteo el estante superior hasta que mi mano da con la frescura de una sábana de algodón doblada.

Maldigo cuando un montón de almohadas y mantas me cae encima de la cabeza, pero al menos tengo la sábana para tapar la prueba de mi obra. La sacudo y la extiendo sobre ella como quien arroja a un niño enfermo. Podría ir un paso más allá y remeterle las sábanas, pero eso sí que sería pasarme de la raya.

Luego voy a trompicones por la moqueta hasta la puerta, arranco el cartel de «No molestar» del pomo y abro despacio, con cuidado de no dejarme ver. Al fin y al cabo, sería un desastre que una cámara me grabara después de haber llegado hasta aquí. Así que abro la puerta lo justo para colgar el cartel por fuera del pomo.

No había cámaras sobre los patios privados de la parte trasera del edificio, así que quizá, solo quizá, salga impune de lo que he hecho. Sobre todo si consigo que lo que ha pasado aquí dentro parezca un accidente.

Solo una mujer borracha que se ha ahogado con su propio vómito mientras dormía.

AL DESPEREZARME en la cama con dosel, entre sábanas de algodón y cortinajes lujosos, tardo un momento en ubicar dónde he dormido. Entonces lo recuerdo y sonrío.

La adaptación cinematográfica de mi libro se estrena al público dentro de solo dos días, después de triunfar anoche en su primer pase. Mientras tanto, me alojo en uno de los mejores hoteles de Londres.

—Buenos días, borrachina. —Mi marido se vuelve desde la cafetera—. ¿Cómo va esa cabeza?

—Me duele. Pero la verdad es que sigo en una nube después de conocer a tantos de mis lectores.

—Espero que no dejes que todo este éxito se te suba a la cabeza. —Remueve los dos cafés, y noto que no lo dice del todo en broma.

—Seguro que tú me bajarías los humos enseguida. ¿Y cómo va *tu* cabeza esta mañana? —Meto la mano en el bolso buscando la aspirina que espero haber metido—. ¿Y a qué hora subiste? En el ascensor alguien me dijo que estabas en el bar del hotel, pero no te oí entrar. Debiste de entrar sin hacer ruido.

—Seguramente estabas en coma etílico a base de champán. —Me pasa un café que me hace muchísima falta—. Aunque no tanto

como tu *amiga*.

No entiendo por qué pone ese énfasis sarcástico en la palabra. —¿Chloe, dices? —Saco los analgésicos del blíster mientras me viene a la mente la imagen de Chloe. Anoche estaba espectacular con su vestido y sus sandalias brillantes, pero se la veía muy angustiada. Ojalá se hubiera visto capaz de hablar.

—Iba bastante pedo. —Eamon se sienta en el borde de la cama. Me cuesta saber de qué humor está esta mañana. Puede que no tan bueno como anoche, cuando corría el champán, pero desde luego mucho mejor que el mal humor arisco de las últimas semanas.

—Al menos sé que estaba a salvo en la recepción de su hotel —respondo, cogiendo el móvil, agradecida de que el conductor que nos habían asignado durante la estancia en Londres no pusiera demasiadas pegas al trayecto extra. Como en todo, el dinero siempre habla, aunque la cosa acabó saliendo por un *pastón* cuando vio en qué estado iba Chloe.

No puedo reprocharle que quisiera lo que él llamó un *seguro* contra una posible factura de limpieza. Es una pena no haber podido alojarla en el mismo hotel que Eamon y yo, pero cuando intenté añadirla a la reserva que había hecho mi agencia, ya no quedaban habitaciones.

—¿Vas a arreglarte de una vez?

—¿Qué prisa hay?

Eamon se da unas palmadas en la barriga. —Me muero de hambre.

Saco las piernas de la cama. —Déjame darme una ducha rápida.



—A mí me echarías una buena bronca si estuviera con el móvil en la mesa del desayuno. —Eamon frunce el ceño—. Siempre estás diciendo lo mucho que odias ver a la gente que queda y está más pendiente del móvil que de hablar.

—No es eso. —Me paso los dedos por el pelo, todavía mojado de la ducha—. Solo estoy mirando un momento el Instagram de Chloe.

—Leanne, estamos en este hotel *increíble*, por usar tu propia palabra, disfrutando de uno de esos raros ratos sin las niñas. ¿No puedes soltarlo ni por una vez?

Echo un vistazo al lugar donde estamos sentados. Con el enorme árbol en el centro del comedor y las vistas al spa, la verdad es que es increíble.

—Lo dejo en un segundo; es solo que Chloe suele publicar a primera hora de la mañana para pillar a los lectores de Estados Unidos que están despiertos de madrugada.

—¿Y? —Eamon parece molesto, pero la única forma que tiene de impedírmelo es quitarme el móvil de las manos por la fuerza. Y eso no lo va a hacer en público.

—Y esta mañana aún no ha publicado nada.

—¿Grabó algo anoche siquiera? —Eamon frunce el ceño—. Estaba con nosotros en cuerpo, pero quién sabe dónde tenía la cabeza.

—Creo que no.

Que es otra cosa que me preocupa. Las estrellas de la película se mezclaban con la prensa y los lectores, y Chloe se perdió muchísimas ocasiones estupendas para hacer fotos. Sea lo que sea lo que la tiene así, tiene que ser algo bastante gordo, y no pararé hasta llegar al fondo del asunto.

—Solo voy a escribirle un mensajito rápido.

—¿Por qué no te comes el desayuno? —Eamon me acerca el plato de un empujoncito—. Ya tendrás tiempo de sobra para mirar las redes y los mensajes cuando volvamos a casa.

—Un minuto nada más. Lo siento.

Eamon suspira con fuerza mientras releo el mensaje que le mandé a Chloe hace más o menos una hora, nada más despertarme.

Hola, Chloe, ¿cómo te encuentras esta mañana? Dijiste que hoy me contarías lo que te tenía preocupada, así que solo quiero avisarte de que ya estoy despierta y en pie. ¡Llámame! x

Tecleo rápidamente otro mensaje.

Soy yo otra vez, perdona la pesadez. Solo quiero saber que estás bien. Si no te apetece hablar, mándame un mensajito rápido para que deje de preocuparme. x

Me toca suspirar a mí mientras dejo el móvil al lado del plato. — Normalmente contesta enseguida, Eamon. Solo espero que esté bien.

—Estará durmiendo la mona. —Eamon unta una tostada con mantequilla y la deja en mi plato. Cuando se lo propone, puede ser todo un caballero. Cuando me unta la tostada antes que la suya y me sirve el té antes que a él, ojalá fuera así todo el tiempo—. Con lo que llevaba encima, no me imagino que dé señales de vida antes del mediodía.

—¿De qué estabais hablando anoche vosotros dos?

—¿Cuándo? —Frunce el ceño.

—En el vestíbulo. ¿Cuando yo estaba haciéndome selfis?

—De nada en particular.

—No parecía nada en particular.

—Vale, si tanto quieres saberlo, le estaba insistiendo en que hiciera lo que se suponía que tenía que hacer y grabara algo más de material.

—Eso no es algo que normalmente te interese.

—No todas las noches se estrena tu primera película. En fin, voy a por más beicon. ¿Quieres?

—No, para mí no. Una tostada y algo de fruta me bastan esta mañana. No puedo comer demasiado antes de patearme Londres.

Eamon cruza el comedor en dirección al bufé. En cuanto me da la espalda, cojo el móvil. No puedo relajarme y disfrutar del desayuno hasta saber que Chloe está bien. Seguro que Eamon me echará la bronca por intentar llamarla, pero tengo un mal presentimiento en la boca del estómago, un presentimiento que no puedo ignorar.

Algo no va bien.

No contesta. Así que lo intento otra vez. Y otra. Puede que sea tan pesada como los acosadores y maníacos de los que escribo, pero no puedo evitarlo. No es posible que Chloe esté tan fuera de combate como para no oír sonar el móvil. Son más de las diez.

Le dejo un mensaje de voz y luego le mando otro mensaje de texto. Ojalá más tarde estemos riéndonos de todo esto.

¡Chloe, soy yo otra vez, tu acosadora! Llámame, por favor. Me estoy empezando a preocupar.

Eamon me lanza una de sus miradas mientras se acerca a la mesa con su plato de beicon y huevos del bufé y vuelve a sentarse. Normalmente me encanta el beicon, pero esta mañana el olor me revuelve el estómago.

—Chloe no contesta —le digo—. Creo que debería llamar a su hotel.

Niega con la cabeza, pero no dice nada. Al fin y al cabo, sabe que no vale la pena intentar disuadirme una vez que he tomado una decisión.

Busco en Google el nombre de su hotel y pulso para llamar al número que me sale.

—Buenos días, The Parkway Hotel. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Puede pasarme con la habitación de Chloe Taylor, por favor?

—¿Está alojada con nosotros?

—Sí. No sé el número de habitación, pero seguro que pasó ahí la noche.

—¿Me puede decir quién llama?

—Me llamo Leanne Delaney.

Casi espero que haga algún comentario, que diga algo como «¿la Leanne Delaney?», pero quizá no sea lectora. Ni de cine. En cambio, la línea se queda en silencio mientras espero a que me pasen con esa voz cálida de la mujer a la que he llegado a considerar una amiga, aunque ayer fue la primera vez que nos vimos en persona.

—Me están pasando con su habitación —le digo a Eamon.

—No entiendo por qué no puedes dejarlo estar —responde—. ¿Por qué todo tiene que ser más importante que pasar un rato juntos?

El silencio en la línea continúa. Luego, en vez de pasarme con Chloe, unos instantes después vuelvo a oír la voz eficiente de la recepcionista.

—Lo siento, señora Delaney, no contestan en la habitación de la señora Taylor. ¿No podría llamarla al móvil?

—No me ha contestado y, la verdad, empiezo a preocuparme.

—¿Puede contarme algo más? —Noto preocupación en la voz de la recepcionista, y eso me tranquiliza: parece que no me va a dar largas sin más.

—Chloe estaba muy afectada anoche y nadie ha sabido nada de ella desde entonces. Es rarísimo, porque normalmente se levanta y se pone en marcha temprano.

—¿Quiere que siga intentándolo hasta que consiga hacerle llegar un recado a su habitación?

—¿Le importaría echar un vistazo en la sala de desayunos? A lo mejor por eso no coge el teléfono.

Eamon pone los ojos en blanco, y ahora me toca a mí fruncir el ceño. Es un lobo solitario, mi marido, y quizá si dejara entrar a más amigos en su vida, entendería por qué los míos son tan importantes.

—¿Es usted familiar suya? —La mujer suena de repente insegura.

—No, solo soy una amiga. Lo único que necesito es que la vea y le pase un mensaje. Solo necesito saber que está bien.

—De acuerdo, si me deja su número, lo consultaré con el personal del comedor por si alguien la ha visto, y la llamaré en cuanto tenga respuesta.

—Le agradezco la ayuda.



—Hola, ¿es usted la amiga de Chloe Taylor? —Por el tono de resignación en la voz de la recepcionista, ya me doy cuenta de que no trae buenas noticias.

—Sí, soy yo. —Me quito los zapatos de una patada y me tiro de espaldas sobre la cama. Eamon y yo hemos acordado descansar media hora mientras reposamos el desayuno, y luego saldremos a hacer turismo. De momento, tenemos en la lista el London Eye, un crucero por el Támesis y la National Gallery.

—La señora Taylor no ha bajado a desayunar esta mañana. —Su tono es de disculpa—. Y he mandado a una de las camareras de piso a llamar a su puerta, pero hay un cartel de «No molestar» colgado en el pomo.

—¿Sabe a qué hora tiene que dejar la habitación? —Me arrepiento enseguida de la pregunta, porque *estoy* empezando a parecer una acosadora.

—Antes de las doce.

—¿Podría avisarme cuando se acerque al mostrador?

—Puedo decirle que se ha puesto usted en contacto. Pero eso es todo lo que puedo hacer.

—¿Y si no deja la habitación a tiempo? Anoche bebió bastante. — Seguramente estoy hablando de más, pero siento que tengo que asegurarme de que Chloe reciba mi mensaje.

—Las camareras de piso entrarán en su habitación con la llave, conteste o no a la puerta, antes de las doce. Tienen que dejarla lista para los siguientes huéspedes.

Miro el reloj. Solo me queda esperar algo más de una hora y, para entonces, ya debería tener la confirmación de que no pasa nada raro.

Solo entonces podré dejar de preocuparme y seguir con el día.

—¿No se te hace raro pasear junto al río sin las niñas dando la lata con «¿Me compras esto? ¿Me compras aquello?»? —Miro a Eamon. Quedan lejos los días en que paseábamos cogidos de la mano, y ver a tantas otras parejas hacerlo me pone triste. Pero, aparte de eso, hoy es uno de esos días que me hacen dar gracias por estar viva. Todo el mundo parece más animado bajo el sol, e incluso el Támesis se ve más azul que su habitual turbio pardo grisáceo.

—Es solo que, para variar, no te andan persiguiendo por todas partes. —Eamon suena cansado—. Como anoche.

He empezado a llevar gafas de sol y gorra cuando salgo por ahí, algo que no necesito hacer cerca de casa. Es curioso, porque la gente cree conocerme en cuanto me ve, mientras que yo tengo que preguntarles cómo se llaman y de qué parte de mi plataforma de autora me conocen. ¿Es por las redes sociales? ¿Están suscritos a mi boletín? ¿O han comprado uno o varios de mis libros? A veces, cuando no reconozco enseguida a mis lectores, se les nota decepcionados.

—Espera un momento, hace ya dos horas que hablé con el hotel. —Le paso el bolso a Eamon—. Dijeron que podía volver a llamar pasado ese tiempo si no había tenido noticias de Chloe.

Eamon, que evidentemente sigue sin entender por qué no puedo dejar el tema, niega con la cabeza. —Es una mujer adulta, Leanne. Quiero que lo dejes estar.

—Solo necesito saber que está bien antes de subirnos al barco. No creo que haya mucha cobertura ahí en medio del río.

—Estamos en pleno centro de Londres, por el amor de Dios.

—Sí, pero dentro de nada estaremos en mitad del Támesis. — Vuelvo a llevarme el teléfono a la oreja y espero. Me da igual lo que diga.

Eamon mira el reloj. —Venga, date prisa. No queremos llegar tarde al crucero.

Observa cómo le explico la situación a quien contesta al teléfono en el hotel —un hombre esta vez, a quien parece acelerársele la voz cuando doy mi nombre y el motivo de mi llamada—. Al principio me pregunto si habrá reconocido mi nombre, pero no; parece que es otra cosa.

—Me temo que ahora mismo no podemos dar ninguna información sobre la señora Taylor.

—Pero soy su amiga. Y su compañera...

—Lo siento, el asunto está en manos de la policía.

—Espere, ¿qué está en manos de la policía? —El pánico me atenaza el pecho—. ¿Qué tiene que ver la policía con Chloe?

Eamon abre mucho los ojos sin dejar de mirarme.

—Lo siento, no puedo decirle nada más; seguramente ni siquiera debería haber dicho eso. —Su voz se ha vuelto aún más nerviosa—. Soy nuevo.

—¿Puede al menos decirme si está bien? Por favor.

—Me temo que no puedo.

—¿Qué pasa? —sisea Eamon.

Levanto la palma de la mano a modo de respuesta. Ahora mismo solo necesito concentrarme en lo que tenga que decir el hombre del hotel.

—Espere, ¿quiere decir que no le dejan decírmelo, o que no, que no está bien?

—Si me da un número de contacto, haré que alguien le devuelva la llamada.

—Por favor, no puedo quedarme así. Necesito saberlo.

—Lo siento. Le prometo que haré que alguien la llame lo antes posible.

—No se moleste. Voy para el hotel.

Eamon alza las manos al aire mientras yo aporreo con el dedo el botón de colgar. —Pero perderemos las entradas del crucero. —Suenan como una de las niñas.

—Podemos ir más tarde. —Como lo de la limusina era una oferta de un solo día, ya estoy abriendo la app de Uber para que nos lleve a The Parkway—. Lo siento, pero en el hotel han mencionado a la policía. Tengo que averiguar qué pasa con Chloe.



—Nunca había visto tanta policía junta. —Eamon baja la ventanilla como si eso fuera a ayudarlo a ver mejor.

—Déjenos aquí, por favor.

El conductor detiene el coche y yo salgo de un salto sin cerrar la puerta ni esperar a mi marido. Lo único que veo es el cordón policial azul y blanco y a un agente haciendo guardia.

—Por favor, ¿le ha pasado algo a Chloe Taylor? No he conseguido localizarla. Soy su amiga. Por favor, dígame que está bien.

El joven agente me observa tras sus gafas. —Me temo que se trata de una situación en curso. No puedo facilitar información sin permiso del agente al mando.

—¿Entonces puedo hablar con él o con ella? Por favor. No sabe cuánto llevo intentando localizar a Chloe esta mañana.

¿Habrá entrado alguien en su habitación? O quizá le han robado algo. Sea lo que sea lo que haya pasado, no pinta bien.

—Parece que se centra en esa habitación del fondo. —Eamon llega a mi lado justo cuando la magnitud de lo que podría estar ocurriendo empieza a desbordarme. Hay agentes de la policía científica con monos blancos; hay una furgoneta de la científica, y parece haber mucho movimiento entrando y saliendo de lo que, incluso desde aquí, parece una puerta que da al patio.

Saco el teléfono y pulso el número junto al nombre de Chloe.

Hola, soy Chloe Taylor. Deja un mensaje.

Su voz grabada suena alegre y llena de energía.

—Creo que quizá deberías ir preparándote para malas noticias, Leanne.

—No, no digas eso. Habrá habido alguien merodeando por fuera de su habitación, eso es todo. Estarán intentando encontrarlo.

No responde. Pobre Chloe, seguramente necesita una amiga más que nunca, y por eso no van a impedirme entrar a verla.

—Vamos, hablaremos con la mujer de recepción. Esa zona no está acordonada.

—SI SON TAN AMABLES, tomen asiento —dice la recepcionista, que se ha presentado como Polly, mientras nos conduce a una zona desierta del bar, lejos de todo el alboroto y de los demás huéspedes del hotel, que, como es lógico, intentan averiguar qué está pasando—. Esta es una de las salas de eventos que hoy no está reservada, así que aquí nadie debería molestarles.

Seguimos a Polly por la moqueta de estampado llamativo hasta un rincón. Debe de ser una sala alegre, de fiestas de cumpleaños y bodas. Pero parece que estamos a punto de mancharla con otra cosa. Y a juzgar por el mal presentimiento que me revuelve las tripas, podría ser algo terrible.

Ya casi doy por hecho que algo debe de haberle pasado a Chloe. Todavía no sé el qué, pero a Eamon y a mí nos han traído aquí para esperar a que alguien hable con nosotros. No harían esto si no tuvieran alguna noticia grave que darnos.

—¿Les traigo algo de beber? ¿Un té? —pregunta. La joven parece incómoda, como si le quedara grande la situación. Y ahí está otra señal de alarma: lo del té.

Niego con la cabeza. —Solo quiero saber qué le pasa a mi amiga.

—Les aseguro que no les haremos esperar más de lo necesario.

—¿Estás bien? —pregunta Eamon, arrastrando la silla más cerca de la mía. Le han trastocado el día entero, pero ya no se queja. Al contrario, parece tan preocupado como yo por lo que pueda venir ahora. Me alivia encontrarme con su preocupación y no con la regañina de siempre.

—Solo quiero que nos saquen de esta agonía —respondo—. Sea lo que sea lo que haya pasado.

—Esto no pinta bien.

—Lo sé. —Me quedo mirando el estampado de la moqueta.

Seguimos sentados en silencio mientras los minutos se alargan. No solemos estar tan callados el uno con el otro, pero no parece que quede mucho que decir. No mientras seguimos atrapados en este limbo.

Se me corta la respiración cuando entran dos policías, los dos hombres. —Ya está —murmura Eamon.

Sus expresiones graves lo dicen todo mientras se suben un poco los pantalones y se sientan frente a nosotros, al otro lado de la mesa. No hay manera de que vayan a decirnos nada bueno.

—Soy el inspector jefe Philip Townsley, el responsable de la investigación de este caso, y este es mi compañero, el sargento Paul Knowles.

—Cuando dice *este caso*, ¿a qué se refiere exactamente?

Mi marido me ha quitado las palabras de la boca. Chloe se ha convertido en un «caso».

—Hace unas horas —el inspector jefe me mira a mí, luego a Eamon, y de nuevo a mí, con el rostro muy serio—, un miembro del personal dio la voz de alarma por una de las habitaciones del hotel.

Cierro los ojos. Sé lo que viene. Pero eso no hace que sea más fácil escucharlo.

—Habían encontrado un cadáver —continúa, recalcando la palabra «cadáver».

Un cadáver. Esas dos palabras, ellas solas, bastan para marearme.

—¿Está diciendo que el cadáver podría ser el de Chloe? —Como tantas veces, Eamon pronuncia las palabras que yo no soporto decir.

El tiempo parece detenerse mientras esperamos la respuesta del inspector. Y yo, todo ese rato, gritando por dentro: *ino, no, no, no, no!*

No puede ser Chloe. Era demasiado joven y estaba demasiado llena de vida para estar muerta ahora. No hay manera de que sea Chloe. Todo le iba tan bien en su carrera, y tenía todos los motivos para vivir.

El inspector jefe por fin asiente despacio en respuesta a la pregunta de mi marido. —Lamentablemente, todo apunta a que sí. El cadáver era el de una mujer y se encontró en la habitación asignada a Chloe Taylor. Los primeros indicios, incluida la presencia de sus pertenencias personales, sugieren que, en efecto, Chloe Taylor ha fallecido. Sin embargo, antes de poder confirmarlo con certeza, tendrá que ser identificada formalmente.

Los ojos me arden por las lágrimas mientras sigo clavada en el sitio. Sencillamente no puedo asimilarlo. *¿Chloe está muerta?*

—¿Cómo ocurrió? —Mi voz suena inexpresiva. ¿Qué más da saberlo? No es que vaya a devolverle la vida.

—Parece que podría haberse ahogado con su propio vómito. El informe toxicológico mostrará su nivel de alcohol en sangre.

Trago saliva porque a mí también me sube una arcada. Menos mal que no he desayunado mucho. Estoy tan revuelta que lo poco que he tomado podría volver a salir en cualquier momento.

—Nunca debí dejar que volviera aquí sola. —Me balanceo hacia delante en la silla y hundo la cabeza entre las manos—. Vi lo mucho que había bebido. Todo esto es culpa mía.

—Claro que no lo es. —Eamon se pone de pie de un salto y me apoya la mano en el hombro—. ¿Cómo ibas a saber que podía pasar esto? Como te dije antes, era una mujer adulta.

Era. Dios mío. Como si ya estuviéramos hablando de Chloe en pasado. Me quito de encima la mano de Eamon. No quiero tenerlo cerca. A él ni a nadie, la verdad. Qué desperdicio tan absoluto de una vida increíble. Y aquí, completamente sola en Londres, cuando yo tendría que haber estado más pendiente y haberme asegurado de que estaba a salvo. Eamon podrá decirme que no me eche la culpa, pero ya sé que nunca podré dejar de hacerlo.

—Habrá una autopsia, por supuesto, para confirmar la causa de la muerte —continúa el inspector jefe.

—Que incluirá un informe toxicológico —añade el sargento—. Así que sabremos más sobre las circunstancias exactas una vez que tengamos esos resultados.

—¿Dónde está su cuerpo? —Las lágrimas se me han soltado por fin, y ya me pregunto si dejarán de brotar alguna vez. No puedo creer que esté muerta. Levanto la vista hacia el reloj. A esta hora de ayer, estábamos a punto de empezar la entrevista en Waterstones. Fue un día tan emocionante, y yo estaba tan feliz de tenerla como parte fundamental de los dos eventos. Los lectores tenían tantas ganas de conocerla a ella como a mí. Nada de esto tiene ningún sentido.

Siento el peso del brazo de Eamon rodeándome la nuca hasta apoyarse en mi otro hombro. Está empeñado en tratar de consolarme, cuando en realidad, ¿qué consuelo puede haber?

El inspector jefe hace un gesto impreciso hacia allí. —Enseguida la trasladarán en ambulancia privada al hospital más cercano, mientras el equipo forense hace un registro exhaustivo de su habitación.

—¿Se refiere a los de la científica?

El inspector jefe parece desconcertado ante la naturalidad con que me sale lo de «los de la científica».

—Mi mujer escribe thrillers psicológicos —explica Eamon mientras afloja el agarre sobre mi hombro—. Seguramente sabe más sobre escenas del crimen que ustedes dos juntos.

No es el momento para que mi marido haga bromas de ningún tipo, pero decido dejarlo pasar.

—De momento, estamos tratando lo ocurrido como una muerte no esclarecida mientras la investigación sigue en curso. Obviamente, esto podría cambiar o no una vez que empiecen a llegar todos los resultados del laboratorio.

—¿Y su familia? —Una nueva oleada de desdicha me invade. No llegué a conocer a ninguno de ellos, pero ayer mencionó que están muy unidos. Entonces se me ocurre otra cosa: si le hubiera dejado a su cuñada asistir a la presentación de anoche, en vez de empeñarme

en que no había sitio suficiente, Chloe habría tenido a alguien que cuidara de ella. Alguien que se asegurara de que estaba a salvo.

Todo esto *sí* que es culpa mía.

—Unos compañeros nuestros en Yorkshire le están dando la noticia a su familia —responde el sargento Knowles—. Después imagino que saldrán hacia Londres para hacer la identificación formal.

—Pobre, pobre Chloe. —Cierro los ojos—. Y su pobre familia.

Les pediré perdón por no haber podido invitar a su cuñada anoche. Les pediré perdón por haberla dejado completamente sola, aun sabiendo lo mucho que había bebido. Pero ¿me perdonarán?

Probablemente no.

—MI HIJO y mi nuera han salido a celebrar su décimo aniversario de boda —explica la mujer con la cara surcada de lágrimas que se ha presentado como Sue—. Acabamos de localizarlos y vienen para acá en taxi.

Quiero decirle a Sue lo mucho que se parece a su hija, pero, obviamente, eso es lo último que debería decir dadas las circunstancias.

—Ningún padre debería tener que identificar el cuerpo de su propia hija —dice el padre de Chloe, con los hombros temblándole bajo el peso del dolor—. Salvo por la cara pálida y los labios azulados, parecía dormida.

—Siento no haber podido entrar contigo, Barry. —La madre de Chloe le busca la mano mientras se enjuga las lágrimas—. No lo habría soportado.

El pub en el que estamos, a la vuelta de la esquina del hospital, por suerte está tranquilo, pero las pocas personas reunidas en la barra no dejan de mirarnos con curiosidad. No somos la clientela habitual de un miércoles por la tarde, esa que se diluye entre la charla amable, la música suave de fondo y alguna que otra risa.

—¿La policía os ha contado algo más de lo que nos han dicho a nosotros? —Eamon vuelve de la barra con cuatro brandis dobles en

la bandeja.

—Han dicho que los resultados de la autopsia no estarán hasta mañana como muy pronto —responde Barry—. Pero, por lo visto, han encontrado algo en su habitación que no les cuadra.

—¿Qué quieres decir? —Cojo uno de los brandis de la bandeja. Nunca he necesitado alcohol tanto como en este momento.

—Hay indicios de que la habitación había sido limpiada a fondo.

—Bueno, seguro que eso lo hizo una de las camareras de piso antes incluso de que Chloe llegara —dice Eamon.

Antes incluso de que Chloe llegara. Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo.

—Pues ahí está la cosa. No encontraron ni las huellas de Chloe, salvo por fuera, en la manilla de la puerta. Deberían haber estado por todas partes. Se preparó allí antes de tu evento y volvió allí después.

Me quedo mirando sus ojos enrojecidos, del mismo azul que los de Chloe; imagino que en su día también brillaban como los de ella. Ahora que ha perdido a su preciosa hija, no me imagino que vuelvan a brillar nunca más.

—Esperemos a tener más información antes de ponernos a especular. —La madre de Chloe saca unas pastillas de un blíster—. Lo siento. Me está matando la cabeza.

—Échate eso al cuerpo. —Su marido le acerca el vaso por la mesa de un empujoncito.

—Beber no va a devolverle la vida a nuestra niña.

—A lo mejor te ayuda a aliviar un poco la migraña.

—Tenemos que mantener la cabeza despejada para cuando lleguen Matt y Elsie. Van a necesitar todo nuestro apoyo.

—Podréis cuidaros unos a otros. —Hablo en voz baja mientras me estrujo las manos en el regazo. Me siento inútil, completamente inútil, y encima culpable. Una parte de mí quiere caer de rodillas y suplicar perdón por haber dejado que Chloe estuviera sola en ese hotel, pero la otra parte se muere de miedo de que me culpen. Si me apartaran ahora, no sé cómo lo soportaría.

—¿Cómo se lo vamos a decir a los niños? —Una nueva oleada de dolor parece abatirse sobre Sue.

—Ya nos preocuparemos de eso más tarde. —Barry rodea a su mujer con el brazo—. De momento están bien. Están con la vecina, con el perro; eso ya está resuelto. Bastante tienes con lo de aquí.

—Deberíamos dejarlos tranquilos en cuanto terminemos estas copas. —Eamon me da un codazo—. Me siento como un intruso.

—Chloe bajó a Londres por *ti*, Leanne. —Barry me señala con el dedo al oír lo que murmura Eamon—. Así que los dos podéis quedaros el tiempo que os veáis con fuerzas.

—Bueno, es que tenemos a nuestros hij...

—Los niños están bien con tus padres. —Le clavo el codo a mi marido en las costillas—. Les he contado lo que ha pasado y me han asegurado que podemos quedarnos todo el tiempo que haga falta.

—Pero ¿dónde nos vamos a quedar? Si ni siquiera hemos hecho el check-out a la hora que tocaba.

O está buscando una excusa para dejar de estar metidos en todo esto, o me subestima por completo.

—He ampliado nuestra estancia en el hotel y he reservado una habitación para el señor y la señora Taylor, y otra para Matt y Elsie.

—Eres muy amable... —responde Sue—. Con razón a Chloe le hacía tanta ilusión conocerte. —Un nuevo torrente de lágrimas le corre por la cara.

Miro de reojo el móvil de Sue cuando se ilumina delante de ella. Lo coge de la mesa enseguida y su expresión angustiada se vuelve aún más tensa mientras escucha.

—¿Solo mi marido y yo, o también mi hijo y mi nuera? —Sue hace una pausa para escuchar—. Sí, de acuerdo, podemos salir ahora mismo. Les diré que vengán directamente a la comisaría en el taxi.

—¿Puedes preguntar si podemos ir nosotros? —le digo a Sue, articulando sin voz, y Eamon me da un codazo más fuerte. Que proteste todo lo que quiera, pero formamos parte de esto le guste o no.

Ella se limita a asentir mientras sigue con la conversación. Supongo que eso significa que no le importa que nos quedemos con ellos.

—¿Saben ya algo de lo que ha pasado?

—Se lo vamos a decir en persona. —Barry se seca los ojos—. No es una noticia que se pueda dar por teléfono.

Los padres de Chloe lo están llevando admirablemente. Claro que, como es lógico, oscilan entre la entereza, la conmoción, la incredulidad y la desesperación. No creo que hayan terminado de asimilar lo que ha pasado, sobre todo Sue, ya que no fue ella quien hizo la identificación oficial. Por lo poco que sé del duelo, imagino que les vendrá por oleadas.

—Los agentes quieren vernos en la comisaría. —Vuelve a dejar el móvil sobre la mesa y mira a su marido—. Por lo visto, el forense ha hecho un primer examen y han encontrado algo.

—¿Ya? —El pobre Barry parece agotado y está claro que preferiría seguir llenándose de brandi para anestesiarse antes que afrontar lo que sea que se les venga encima ahora.

—Vámonos ya a la comisaría. —Sue se pone de pie—. Ya le escribimos a Matt en el coche.

—Lo único que puedo decir —masculla Barry mientras estampa el vaso contra la mesa— es que, si alguien le ha hecho esto a mi niña a propósito, mataré a quien haya sido con mis propias manos.

—No creo que...

—Ya has oído lo que ese inspector jefe ha dicho sobre la limpieza —la corta—. Alguien le ha hecho esto, y están a punto de confirmárnoslo.

—Nosotros esperaremos en el hotel —dice Eamon—. ¿Nos vais informando?

—Tú vuelve al hotel. —Cojo mi bolso—. Pero ella era mi amiga y necesito saber qué ha pasado.

Tengo que seguir formando parte de esto. Es lo mínimo que puedo hacer por Chloe.

O quizá haya algo más.

—NO DEBERÍAMOS ESTAR AQUÍ —sisea Eamon mientras estamos en la escalinata de la comisaría.

Los padres de Chloe están abrazando al hombre y a la mujer que se bajaron del taxi negro hace unos minutos. Acaban de recibir la terrible noticia.

—Quiero verla. No me lo creeré hasta que la vea. —La mujer se separa de Barry y cae de rodillas en el escalón inferior—. No puede estar muerta... si la vi este fin de semana.

El hombre que la acompaña se aferra a la barandilla al pie de la escalinata, como si fuera a desplomarse sin ese apoyo. Sue se acerca a él y lo envuelve en un abrazo.

—Este dolor es suyo, no nuestro, Leanne —continúa mi marido—. Creo que deberíamos dejarles algo de intimidad.

—Chloe era mi amiga —replico—. Y quiero enterarme de primera mano de lo que está pasando.

—¿Qué, para convertirlo en un libro? —Mi marido aprieta la mandíbula en una línea dura.

—No me puedo creer que digas algo tan rastrero. —Miro de reojo a la familia de Chloe, pero están demasiado ocupados consolándose unos a otros como para prestar atención.

—Lo siento. Es solo que... tengo la sensación de que nos estamos entrometiendo.

—Cuanto más averigüe, más podré ayudar a atrapar a quien sea el responsable. Su muerte es sospechosa... ya oíste lo que dijeron en el pub, y no puedes negar que tengo una plataforma considerable en internet.

—No sé qué diferencia podrías marcar tú.

—Yo tampoco. Todavía.

No le he dicho nada a Eamon, pero algo me ronda la cabeza desde que hemos llegado esta mañana al cordón policial. Quizá debería haber empezado a rondarme ayer por la tarde, cuando Chloe me enseñó las capturas de algunos de sus mensajes, pero no até cabos hasta que fue demasiado tarde.

—Si a esa mujer la conociste ayer por primera vez. —No suelta el hueso.

—Sí, pero durante el último año hemos llegado a conocernos bien por internet.

—Estos son Leanne y su marido, Eamon. —A Sue le tiembla la voz por el llanto mientras suelta a la mujer que acaba de unirse a nuestro grupo y señala hacia donde estamos nosotros, plantados como almas en pena en la escalinata—. Esta es mi nuera, Elsie, y mi hijo, Matt. —Señala a su hijo. Él no da señales de habernos visto siquiera. Ni siquiera nos mira. La verdad, parece demasiado ausente como para haber oído una sola palabra de lo que acaba de decir su madre.

—Chloe te quería muchísimo, Leanne. —Elsie se acerca a mí con lágrimas resbalándole por la cara—. Gracias por quedarte hoy.

—No podríamos estar en otro sitio. —Busco la mirada de Eamon e intento transmitirle un *te lo dije* con la mía. Como mínimo, podemos encargarnos de lo práctico para la familia de Chloe. Asegurarnos de que tengan dónde alojarse, algo que comer y transporte cuando lo necesiten.

—Entremos, ¿os parece? —Matt por fin me mira a los ojos. La frialdad de su mirada podría significar que me culpa o que, como Eamon, también cree que nuestra presencia es una intrusión en el dolor de su familia.

—Escucharemos lo que tenga que decir la policía. —Me quedo rezagada para hablar con mi marido—. Acompañaremos a la familia de vuelta al hotel. Y luego los dejaremos tranquilos.

Eamon asiente, y noto en sus hombros caídos que ya ha tenido más que suficiente por hoy. Pero al menos él volverá a despertar mañana para un nuevo día. Y al día siguiente. Regresaremos a nuestra casa en los Cotswolds. A nuestras vidas.

No como la pobre Chloe.



—Gracias a todos por venir —empieza el inspector jefe Townsley mientras se saca las gafas del bolsillo de la camisa, que veo que es del mismo verde pálido que las paredes—. Y permítanme empezar dándoles mi más sentido pésame por su terrible pérdida.

Se oye un arrastrar de pies mientras se murmuran agradecimientos, aunque probablemente todos estén pensando: *¿de qué van a servir sus condolencias?*

—Tomen asiento, por favor. —Señala las sillas alrededor de la mesa y él mismo se sienta en el extremo más alejado. Luego abre una carpeta manila.

—Estos son mi hijo y mi nuera. —Barry señala a Matt y a Elsie mientras se sientan, y el inspector jefe asiente en señal de reconocimiento.

Entrelaza las manos sobre la carpeta y recorre la mesa con la mirada. —Voy a decirles algo de naturaleza bastante delicada sobre la muerte de su hija y hermana. Pero antes de continuar, ¿pueden confirmarme que no tienen inconveniente en que las personas presentes en la sala que no son familiares directos conozcan nuestras conclusiones preliminares?

Me arden las mejillas cuando todas las miradas se vuelven hacia Eamon y hacia mí. En parte, sí que me siento como una especie de mirona, pero eso no va a cambiar lo que siento. Necesito oír lo que el inspector jefe tiene que decir.

—No hay problema —afirma Sue, sacando un pañuelo limpio del bolso.

Los demás permanecen en silencio mientras todas las miradas vuelven al inspector jefe. A juzgar por ese silencio, no parece haber ninguna objeción a que sigamos presentes.

—En ese caso, continuaré. —El inspector jefe se aclara la garganta y su rostro adopta una expresión más grave—. El forense ha encontrado algunas *lesiones* que no son compatibles con una muerte por asfixia por atragantamiento estando intoxicada —empieza.

Eamon parece quedarse petrificado a mi lado cuando el inspector jefe recalca la palabra *lesiones*. Ahora sí que le interesa.

—¿Lesiones? —La voz de Elsie sale en un chillido.

—Hemos encontrado indicios de asfixia: algunos vasos sanguíneos rotos alrededor de los ojos y la boca, además de transferencia de fibras de la almohada al pelo. Son conclusiones preliminares, y nuestro forense va a profundizar en estos hallazgos.

Matt se yergue en su asiento. Yo esperaré más emoción por su parte —rabia, dolor—, pero quizá simplemente esté aturdido.

—Un momento, ¿está diciendo que alguien pudo apretarle una almohada contra la cara a mi niña? —Sue busca a tientas la mano de Elsie, y sus dedos se entrelazan—. Pero ¿quién haría algo así? Todo el mundo quería a Chloe. Díselo tú, Leanne. Vosotras dos erais amigas.

—Estaba recibiendo unos mensajes muy desagradables —digo.

—¿Te refieres al mensaje que le mandó ese escritor? —Su padre parece desconcertado—. Me lo enseñó el otro fin de semana. Era cortante y prepotente, pero no era especialmente desagradable.

—¿Qué escritor? —El bolígrafo del inspector jefe queda suspendido sobre la libreta.

—Un escritor de thrillers —responde Elsie—. No creo que llegara a decirme su nombre, pero le mandó un mensaje como si ella tuviera la obligación de mantenerlo.

—¿Podría averiguarlo?

—A mí nunca me lo mencionó —digo—. Puede que no quisiera parecer poco profesional dando nombres de otros autores.

—Yo estaba con ella cuando le llegó el segundo mensaje de aquel día, y la animé a mandarle una respuesta bastante borde. —A Elsie se le quiebra la voz por la emoción—. Dios, ojalá pudiera volver atrás.

Algo que llevo repitiéndome una y otra vez durante las últimas horas.

—Los mensajes que yo conozco eran crueles —digo—. Eran lo bastante graves como para que Chloe tuviera que denunciarlos en la plataforma.

—¿Qué plataforma? —El inspector jefe me mira.

—Instagram.

—Yo estaba en su casa cuando le llegó uno de esos mensajes tan desagradables —dice Elsie—. Le dije que tenía que denunciarlo a la policía.

—¿Por qué no nos lo contaste? —Barry se encara con su nuera—. Podríamos haber hecho algo, de haberlo sabido.

—Porque me suplicó que no os lo dijera. Solo os habríais preocupado.

—Claro que se habrían preocupado. —La voz de Matt está cargada de rabia—. Pero hiciste lo de siempre, ¿verdad? Jugar a ser Dios.

—Lo siento. —A Elsie se le desencaja la cara, y sospecho que no será la única que se culpe a sí misma en los próximos días y semanas, mientras todos intentamos asimilar la muerte de Chloe.

—¿Qué tipo de mensajes eran? —El inspector jefe Townsley mira a Elsie, y la calma de su voz es un bálsamo para la rabia que crepita en el ambiente.

—Hacían comentarios crueles sobre su aspecto. —Elsie acepta un pañuelo que le ofrece su suegra y se suena la nariz—. Quienquiera que fuese la llamaba narcisista; cosas así, muy desagradables. ¿Cree que los mensajes podrían estar relacionados con lo que le ha pasado?

—Claro que podrían. —Barry se pone de pie de un salto y empieza a pasear por la habitación—. ¿Por qué coño no acudió a mí? Yo habría ido a por el cabrón.

—Nunca la habría dejado venir a Londres si hubiera sabido que la cosa era lo bastante grave como para meter a la policía por medio.
—Sue deja caer la cabeza entre las manos.

—Recibía mensajes de varios hombres distintos. —Hablo con un hilo de voz cuando todos se giran hacia mí. Seguramente me culparán a mí también, además de a la pobre Elsie—. Vi un par en sus publicaciones y, por supuesto, se lo dije.

—¿Y qué hizo ella? —El inspector jefe va garabateando todo lo que decimos en su libreta.

—No paraba de bloquear a los remitentes y denunciarlos en Instagram; yo misma denuncié a varios en su nombre, pero ya sabe cómo son las redes sociales. Esas denuncias seguramente nunca llegaron a una persona de carne y hueso.

—Pues aquí tienen que rodar cabezas. —Barry está casi gritando.

—Me habló de los mensajes y los comentarios —digo—. Pero me dijo que no iba a permitir que le afectaran. *No alimentes a los trolls* se convirtió en su lema.

—¿Así que los mensajes se enviaban desde más de una cuenta? ¿Y todos por Instagram?

—Así es —respondo—. A lo largo de los años a mí me ha tocado tragarme mi buena dosis de comentarios desagradables en mis publicaciones. Suele ser gente que tiene envidia. —Meto la mano en el bolso para sacar la botella de agua. El brandy que bebí en el pub me ha dejado deshidratada—. A Chloe le iba bien, y esa es probablemente una de las razones principales por las que la tomaron con ella.

—¿Eran comentarios en la misma publicación o en muchas distintas? —El inspector jefe Townsley levanta la vista de sus notas.

—En muchas distintas.

—¿Siguen visibles los comentarios?

Niego con la cabeza. —Cuando bloqueas a alguien, los comentarios desaparecen automáticamente de la publicación.

—Aun así habrá alguna forma de recuperarlos. —El inspector jefe parece pensativo.

—Pero *sí* que he notado un patrón, tanto en mi caso como en el de Chloe y en el de muchas otras creadoras de contenido.

—Continúe.

—Lo de soltar bilis funciona casi como un club. En cuanto una cuenta suelta cierto tipo de comentario, es como una luz verde para otras de la misma calaña. Y, en un abrir y cerrar de ojos, salen todas de debajo de las piedras.

—También me dijo que tenía por norma no responder nunca. —Elsie se suena la nariz—. Pero algunas de las cosas que decían le hacían daño. Había insultos muy personales.

—Lo sé —respondo—. Y deberíamos haber hecho mucho más. —Me señalo a mí misma—. Yo debería haber hecho mucho más.

—Podemos quedarnos aquí sentados debatiendo quién debería haber dicho o hecho *tal o cual cosa* —brama Barry—. O podemos dejar que el inspector siga con lo que tiene que hacer, que es salir ahí fuera y atrapar a quienquiera que le haya hecho esto a mi hija.

El inspector asiente. —Mi equipo ya está trabajando entre bastidores, no se preocupen, y nuestro siguiente paso será contactar con la plataforma —dice—. También tenemos que hacerlo público cuanto antes. Mientras la gente todavía pueda acordarse de haber visto algo, ya sea en internet o quizá en los alrededores del hotel.

—Cuando dice hacerlo público, ¿se refiere a salir en las noticias?

Yo habría dicho que era demasiado pronto. Seguro que pueden localizar las direcciones IP de todos los que la han estado troleando y detenerlos. Seguro que hacerlo público pondrá sobre aviso a quien la haya matado y le dará tiempo para desaparecer. Pero ¿quién soy yo para decirle a un inspector jefe cómo hacer su trabajo?

—Los trolls de este tipo rara vez se centran en una sola víctima —dice el inspector jefe—. He consultado con nuestro departamento de prensa, y es una medida poco habitual en una fase tan temprana de la investigación de un posible asesinato; pero llevar lo ocurrido a los medios puede animar a otras personas que hayan recibido este tipo de mensajes a dar un paso al frente.

—Hice algunas capturas de pantalla de lo que he visto. —Levanto el móvil.

—Vamos a necesitar que nos las reenvíe todas de inmediato.

—¿Y el móvil de Chloe? —pregunta Eamon. Es la primera vez que habla desde que entramos en esta sala, pero la pregunta es más

que razonable.

—Ahora mismo lo tiene nuestro departamento informático; no se preocupe, si hay algo que encontrar, lo encontrarán, aunque sea algo que ella haya borrado. —Pulsa el bolígrafo y se lo guarda en el bolsillo de la camisa. Eamon no responde a las palabras del inspector jefe.

—¿Y ahora qué? —La voz de Sue apenas se oye. Probablemente no tenga ni idea de qué hacer cuando salga de esta sala.

—La policía científica sigue examinando la habitación del hotel. Así que pueden estar tranquilos: si hay el menor resto de *lo que sea*, un pelo, fibras de ropa, restos de piel, créanme, lo encontrarán. Atraparemos a quienquiera que le haya hecho esto a su hija.

—Pero ¿qué se supone que debemos hacer mientras tanto? — Sue se retuerce las manos sobre el regazo—. No puedo quedarme de brazos cruzados sin hacer nada.

—Quienquiera que haya elegido a su hija como blanco muy probablemente va a por otras mujeres —responde el inspector jefe—. Su familia puede ayudar corriendo la voz y encontrándolas.

—DIOS MÍO, ¿has visto esto, Tara? —La voz de Franky resuena desde lo que parece ser el pie de la escalera.

—Espera un momento. Estoy ayudando a Mia con las mates. —La verdad es que aquí arriba estoy a gusto, lejos de mi marido.

Mi hija me fulmina con la mirada desde su escritorio, bajo la ventana de su cuarto, donde Stella está hecha un ovillo, profundamente dormida. —Me da igual si no me ayudas, mamá. Ya te he dicho que puedo hacerlo sola.

—¿Y por eso tu profe te lo ha mandado repetir? Pues no, no puedes hacerlo sola. Ahora vuelvo. —Me sienta bien pasar tiempo con mi hija. He estado tan preocupada con todo lo demás que siento que las he tenido abandonadas a las dos estas últimas semanas.

—¡Tara!

Dejo atrás el cuarto rosa y tan de niña de Mia por los tonos más neutros del rellano y empiezo a bajar la escalera hacia donde Franky me espera al pie, agitando el móvil en el aire. Voy a echar tantísimo de menos esta casa cuando nos obliguen a marcharnos... Después de todo lo que he hecho aquí para convertirla en un hogar, todavía no me creo que tengamos los días contados.

No sé qué vamos a hacer cuando llegue la temida fecha; lo único que sé es que la vida parece conspirar contra nosotros. Hasta

nuestro matrimonio está peor que *nunca*, y no tengo ni idea de cómo voy a afrontarlo.

La mayoría de las mujeres pondría a Franky de patitas en la calle con las pruebas que he reunido, pero supongo que intento aferrarme a la poca normalidad que nos queda. Si lo hago por mí o por las niñas, eso ya es harina de otro costal.

—¿Qué pasa? —Mi marido debe de saber que he estado haciendo todo lo posible por evitarlo, incluso esconderme en el cuarto de mi hija.

Me planta el móvil delante cuando me pongo frente a él al pie de la escalera.

—Lee esto.

Me dejo caer en el último escalón.

—Espera, ¿esa no es la...?

—Sí, es la bookstagrammer. Chloe Taylor. —Pronuncia su nombre cargado de intención. Y algo tiene que significar, para que esté *así* de alterado.

—¿Qué pasa con ella?

—Bueno, lo que debería decir es que *era* la bookstagrammer.

—¿Eh? —Si quiere que lo lea, tendrá que dejar de hablar para que pueda concentrarme.

—Es de lo único que habla todo el mundo desde que saltó la noticia.

—¿Qué noticia?

—Está muerta. —Hay un deje de excitación en su voz.

—¿En serio? —Levanto la cabeza de golpe de la pantalla.

—En serio.

Vuelvo a mirar el móvil, todavía iluminado en mi mano. La foto de una joven que parece tenerlo todo. Es la primera foto de un carrusel que ha publicado una tal Elsie Taylor.

—Léelo. —Franky suena como si fuera a estallar si no lo hago.

—Vale, dame un respiro. —Me acerco la pantalla a la cara.

Con el más profundo dolor, hago este terrible comunicado en nombre de mi familia.

Hace dos días recibimos la noticia que ninguna familia debería tener que oír jamás: que el cuerpo de nuestra querida Chloe había

sido hallado en la habitación de un hotel de Londres, y las primeras conclusiones apuntan a que podría haber sido asfixiada por un intruso.

Chloe estaba en Londres, volcada en su trabajo con su autora favorita y reuniéndose con otros lectores, haciendo lo que le encantaba y por lo que todos la queráis: ser @thetwistedsisiter.

Pero para nosotros era, simplemente, Chloe: un miembro de nuestra familia con una risa contagiosa, una tía muy querida por mis dos hijos y mi mejor amiga desde el día en que nos conocimos. La cuñada que era más bien una hermana.

La cuenta de Chloe aquí en Instagram no siempre estuvo llena de mensajes amables y de apoyo. Como pasa tantas veces, sus publicaciones a menudo se veían contaminadas por gente que creía tener derecho a insultarla y humillarla para divertirse.

La policía busca más testigos del acoso que sufrió, así como a cualquier otra persona que esté siendo acosada ahora o lo haya sido hace poco, igual que mi cuñada.

Si es tu caso, por favor, por favor, ponte en contacto con ellos de forma confidencial.

Como familia, tenemos el corazón roto, y pedimos espacio e intimidad mientras asimilamos esta pérdida inimaginable.

—Dios mío. —Levanto la vista hacia Franky—. Con razón estás en shock. Si hace nada estuviste en contacto con esa mujer.

—De verdad que no me lo puedo creer. —Se desploma en el banco bajo el que amontonamos todos los zapatos—. Pero ahí está, negro sobre blanco. Está muerta.

No respondo porque estoy demasiado ocupada deslizando las fotos que ha compartido su cuñada. Seguro que no soy la única, intrigada por los detalles de la vida ajena. Sobre todo de una vida sobre la que seguro que habrá mucha especulación. Me muero por leer lo que dice todo el mundo. Llámame cotilla, llámame morbosa, pero soy igual que los demás. De las que se paran a mirar el accidente.

Ahí está, en todas las etapas de su vida, sonriendo de oreja a oreja en cada foto. Por el fondo de cada una de estas imágenes —montando a caballo, de vacaciones en la playa, en competiciones de ballet—, no cabe duda de que esta chica ha tenido una vida de ensueño. La clase de vida que mis dos niñas no paran de envidiar.

Pero el dolor de su cuñada es casi palpable, y solo alguien con un corazón de piedra podría no conmoverse con sus palabras.

Solo ha publicado en la página de Chloe Taylor esta misma mañana, pero la avalancha de comentarios desconsolados por su muerte ya se cuenta por miles. Justo cuando voy a empezar a leerlos, me interrumpe la voz de mi marido.

—Busca a Leanne Delaney. Ella también ha puesto algo.

—¿Tú sigues a *Leanne Delaney*?

Hay tantas cosas que no sé de mi marido. Una de ellas, la cantidad de mujeres con las que está en contacto por internet. Pero poco a poco lo voy descubriendo.

—Dime un autor que no la siga. Todos esperamos que se nos pegue algo de su suerte.

Hago lo que dice Franky. Pero en cuanto empiezo a teclear su nombre, aparece entre los resultados. Está claro que es un nombre que Franky busca a menudo. Entro en su perfil y enseguida veo la foto fijada en lo alto de su cuadrícula. En ella está de pie, con el brazo alrededor de Chloe Taylor, hace apenas dos noches, la noche en que murió. La ubicación etiquetada es Piccadilly, Londres.

—Lee lo que ha puesto.

—Vale, vale. —Estoy usando el tono que suelo reservar para las niñas. Pero él ni siquiera intenta disimular lo metido que está en todo esto.

—¿Mamá? —Olive me llama desde su cuarto.

—Subo en un momento.

La publicación de Leanne Delaney es tan larga como la que acabo de leer de la cuñada.

Escribo como amiga de Chloe Taylor, alias @thetwistedsisiter, tal como todos la conocíamos y la queríamos.

Levanto la vista hacia Olive, que ha aparecido delante de mí al pie de la escalera. Por un momento pienso en la madre de Chloe Taylor e imagino su reacción al enterarse de la muerte de su hija. No sé qué haría yo en su lugar. Si le pasara a una de mis niñas, querría meterme con ella en el ataúd.

—¿Te has enterado de lo de esa mujer que sale en las noticias, mamá? Es de Yorkshire y creen que a lo mejor la han asesinado.

La palabra *asesinada* no debería estar en el vocabulario de una niña de trece años.

—Sí, cariño. Justo estoy leyendo todas las publicaciones. Es horrible.

—Su madre acaba de salir en las noticias. Lloraba tanto que ni siquiera podía hablar.

—Madre mía, pobre mujer.

—Si nos pasara algo a Mia o a mí, ¿llorarías en las noticias? — Nos mira, primero a mí y luego a su padre.

—No os va a pasar nada ni a ti ni a Mia. Deja que termine de leer esto y luego lo hablamos como es debido.

No suele pasar que Olive deje de ser la adolescente respondona de trece años y vuelva a ser la niña preocupada que todavía busca nuestra protección, y, en cierto modo, mientras está ahí plantada delante de mí, esperando toda mi atención, se agradece sentir que me necesitan para variar.

Vuelvo a fijarme en el móvil de Franky. La verdad es que me sorprende que se fíe de dejármelo en las manos. Aun así, seguro que habrá protegido con contraseña cualquier cosa que pudiera incriminarlo, cualquier cosa que tenga que ver con otras mujeres.

Era un apoyo para muchos autores, incluida yo, pero, por encima de todo, Chloe era una hija y una hermana. Sus padres, su hermano y su cuñada están completamente destrozados.

Por eso he pedido permiso a la familia de Chloe antes de escribir esta publicación.

Puede que algunos ya hayáis visto en los medios el anuncio de que la muerte de Chloe se está tratando como sospechosa. Estoy

segura de que, igual que a mí, esta noticia os habrá causado una enorme conmoción.

Hay una investigación policial en marcha, y por eso debemos poner todo de nuestra parte para ayudar. Hago un llamamiento, en primer lugar, a todos los que conocieron a Chloe dentro o fuera de internet, para pedirlos que, si tenéis cualquier información, por insignificante que os parezca, por favor os pongáis en contacto con la policía. Les interesan especialmente los comentarios que estaba recibiendo en redes sociales, tanto los públicos en sus publicaciones como los que le llegaban por mensaje directo.

Del mismo modo, si estuvisteis en alguno de mis eventos en Londres el martes 23 de septiembre, y si hablasteis personalmente con Chloe o la visteis con alguien más, ya fuera antes, durante o después de sus dos intervenciones conmigo, por favor avisad a la policía con urgencia.

Cualquier dato, por mínimo que sea, es vital para que puedan reconstruir todo lo posible sobre sus últimas horas.

Por favor, ayudad a la policía, pero, más importante aún, por favor, ayudad a la familia de Chloe.

Gracias.

—Está por todas partes. —Franky suena más animado de lo que lo he oído en mucho tiempo—. Supongo que uno recoge lo que siembra.

—¿Qué? —Lo miro fijamente—. Tienes que asegurarte de no ir diciendo cosas así en público. Si crees que las ventas de tu libro están mal ahora, en serio, con la cantidad de seguidores que tiene ella, te cancelan al instante por soltar esa clase de opinión.

—Total, podrían cancelarme ya, con lo poco que le importan mis libros a la gente —masculla Franky—. Es que no entiendo por qué tiene que meterse tanto la autora esa —señala el móvil—; yo creo que solo se está arrimando para sacar tajada mientras intenta darse bombo.

—¿Qué ha pasado, mamá? —Mia aparece en lo alto de la escalera, con la mano en el collar de Stella.

—Ha muerto alguien a quien conocía un poco —dice Franky, y suena casi dolido.

—Pero si tú no la *conocías* —replica Olive—. Solo te gustaría haberla conocido.

MIENTRAS VEÍA los titulares en las noticias, nada podría haberme satisfecho más que ver cómo sacaban la bolsa mortuoria por la puerta trasera del hotel hasta la ambulancia privada que esperaba.

Ya no está. Ya no puede provocarme con su indiferencia ni con todo lo demás que representa. Aun así, mentiría si dijera que no me inquieta un poco que su muerte se esté investigando como sospechosa. Haber borrado cualquier huella de la habitación con aquel trapo podría haber sido mi perdición; ahora lo miran todo con lupa.

Lo único que me salva es que, si han encontrado algo de mi ADN en aquella habitación de hotel, no me encontrarán en su base de datos.

Lo cual me deja libre para seguir ocupándome de las otras cuentas que tengo pendientes. Casi se está convirtiendo en un trabajo a jornada completa... y encima ni siquiera me pagan.

Pero esas mujeres me las van a pagar.

—VENGA, cuéntame todo sobre él. —Jill, mi clienta, me devuelve la sonrisa a través del espejo mientras doblo el papel de aluminio sobre los mechones a los que estoy a punto de hacerles las mechas.

—Bueno —digo en tono teatral, y luego hago una pausa, decidida a saborear mi historia; al fin y al cabo, lleva mucho tiempo gestándose—. Nuestra primera cita fue en un pub de Skipton, más o menos a medio camino entre donde vivimos los dos, y la segunda fue un paseo por Ilkley Park y luego una copa. —Extiendo con la brocha el producto decolorante por unos mechones—. Este es majo, no como los descartes y defectuosos de siempre que parecen rondar mi mundo. —Me miro de reojo en el espejo, y hasta yo tengo que admitir que se me ve más viva cuando hablo de mi nuevo chico.

—Hablando de descartes y defectuosos, ¿has vuelto a recibir mensajes de ese del que me hablaste cuando pedí cita por primera vez?

—Ah, ese. —Pongo una mueca—. Al final tuve que bloquearlo en la app de citas. Y denunciarlo en la plataforma.

—Sonaba a bicho raro de cuidado. —Niega con la cabeza.

—Todo fue por aquella foto que me mandó. —Menos mal que el salón está tranquilo y no hay nadie más aquí que pueda oírnos.

—Que los hombres se crean que eso está bien no me cabe en la cabeza.

Me río. —Tampoco es que las pollas sean lo más atractivo del planeta, ¿no? Y luego, justo después de mandármela, intentó hacerme una videollamada por WhatsApp. Puaj.

—Eso no me lo habías contado. —Me lanza una mirada de fingida severidad, como si debiera haberlo hecho.

Le sujeto con una pinza un mechón que le caía en la cara. —Creo que estaba demasiado traumatizada. Ahora que lo pienso, no se lo he contado a nadie más.

—La verdad, me cuesta creer que tengas que recurrir a internet para conocer gente —dice Jill.

—¿A qué te refieres?

No es la primera persona que lo dice. Mi familia, bastante chapada a la antigua, me ha llamado de todo: desde desesperada hasta impulsiva o temeraria.

—Con ese pelo oscuro tan bonito y brillante y esos ojos ahumados, a estas alturas ya te habrían echado el guante diez veces en la vida normal. Las mujeres como tú no deberían quedarse para vestir santos.

Me río entre dientes ante una expresión que mi madre habría usado cuando aún vivía. —Dices unas cosas preciosas, Jill. —Cojo el peine de mango largo—. Pero, en serio, cuando rondas los cuarenta como yo, la mayoría de los hombres decentes o están casados o son gais.

—Pero este no, espero.

—Creo que no, pero nunca se sabe. Sí que parece demasiado bueno para ser verdad.

—¿Cómo es físicamente?

—Bueno, es justo lo contrario del de la foto guarra. Sé que suena a cliché, pero alto, moreno y guapo es la única manera de describirlo. Está divorciado, o eso dice, pero por lo visto todo fue amistoso. Simplemente se fueron distanciando.

Jill me hace un gesto de aprobación. —Bueno, ya se sabe que hay que besar a unas cuantas ranas antes de encontrar a un

príncipe. —Sigue mi mirada hasta la ventana—. ¿Por qué no dejas de mirar fuera? ¿Esperas a alguien?

Hago una pausa, dudando sobre qué contarle a mi clienta. Pero qué demonios. A lo mejor me viene bien desahogarme. —Llevo un tiempo recibiendo unos mensajes desagradables en Instagram.

—¿En serio?

—Lo que dicen me pone más que un poco nerviosa.

—Pero todo eso es por internet. ¿Qué te hace pensar que puede haber alguien ahí *fuera*? —Jill señala con el pulgar hacia la puerta.

—Seguramente solo estoy paranoica, pero no puedo quitarme de encima la sensación de que me vigilan. ¿Alguna vez te has sentido así?

Quiero que Jill me diga que estoy paranoica. Aunque tampoco creo que nada de lo que pudiera decirme ahora mismo fuera a tranquilizarme mucho.

—No puedo decir que sí.

—No solo aquí, en el salón, sino también en casa. Da miedo.

—¿Desde cuándo pasa?

Ni siquiera necesito pensar la respuesta. —Podría ser una coincidencia, pero es desde que bloqueé a aquel hombre por la foto.

—Si quieres mi consejo, creo que deberías denunciarlo todo a la policía.

—¿Qué, y decirles: «*Tengo la sensación de que alguien me vigila, pero en realidad nunca he visto a nadie*»? Me mandarían al manicomio. Por lo que veo, ya cuesta bastante que te tomen en serio aunque hayas visto de verdad a alguien vigilándote.

—Cuéntame lo de los mensajes.

La verdad es que es un alivio confiarle esto a alguien. Ahora que me lo saco de la cabeza y se lo cuento a alguien a quien le importa, no me siento tan mal por tener miedo. —Bueno, los he estado borrando y denunciando, pero antes hacía capturas de pantalla. Por si acaso.

—¿Las tienes aquí?

—Sí, espera. Termino con estos dos últimos papeles de aluminio y voy a por el bolso. La verdad es que aún no se los he enseñado a nadie, así que me gustaría saber qué te parecen. —Vuelvo a mirar

por la ventana, incapaz de decidir hasta qué punto lo hago por costumbre paranoica y hasta qué punto mis miedos podrían estar justificados.

—¿Y los mensajes están en Instagram?

—Sí, tanto en mi perfil personal *como* en el del salón. Ya está. Voy a por el móvil. —Me acerco al mostrador y busco debajo, pasando el dedo por mis álbumes de fotos mientras cruzo las baldosas de vuelta hacia Jill.

El salón suele ser mi lugar seguro y feliz, con música de los noventa sonando todo el día y charla animada, sobre todo los días en que trabaja mi aprendiz y cuando está la otra estilista, que alquila un sillón cuatro días a la semana.

Tengo *todo* lo que necesito para ser feliz. Mi negocio va genial, adoro mi peculiar casa junto al viaducto de Knaresborough y he tenido dos citas que han ido bien con un tío que parece decente. Ojalá todos los mensajes que recibo pudieran ser tan encantadores como los de mi nuevo chico y no como los que me llegan por redes.

—Los he guardado todos en una carpeta. —Le paso el móvil y me quedo de pie detrás de ella, mirando por encima de su hombro mientras relee los mensajes. No sé por qué; quizá en el fondo disfruto torturándome.

Deberías volverte por donde has venido.

No perteneces a este país.

No eres más que una sanguijuela.

A la gente como tú habría que quitarla de en medio.

—Es como si a quien los envía se le fueran ocurriendo más cosas, así que los manda como mensajes separados —comento—. Desliza hasta la siguiente captura. Hay muchos más.

—Joder, no hay derecho.

—Es por ser medio italiana —respondo—. No es que sea asunto de nadie. Trabajo, cumplo la ley, soy...

—¡Antonia! —Jill levanta las manos al cielo—. ¿Te has oído? ¡No tienes que convencer a nadie de lo que vales! —Vuelve a bajar la

vista al móvil.

—Los he estado bloqueando y denunciando, pero siguen llegando igual.

No sé quién te crees que eres, zorra fea.

¿Por qué no contestas? ¿Te crees mejor que yo?

Jill sigue pasando el dedo por la pantalla de mi móvil. —Deberías llevar esto a la policía —dice negando con la cabeza—. ¿Te has enterado de esa mujer a la que asesinaron en Londres la semana pasada?

—Pero eso fue en Londres —respondo.

—Ya, pero era de Yorkshire.

Levanto uno de los papeles de aluminio de Jill. —A ver cómo va esto. Hoy hace tanto calor aquí que el tinte se te va a coger en nada.

—Estás cambiando de tema, Antonia. Ay, Dios mío. —Jill se lleva la mano a la boca—. Este último mensaje.

—Lo sé. —Se me llenan los ojos de lágrimas.

Imagínate todo aquello por lo que has trabajado toda tu vida ardiendo hasta los cimientos.

Ojalá contigo dentro.

—Se acabó, Antonia. O vas tú a la policía, o voy yo.

NORMALMENTE ESCRIBO POR LA MAÑANA, sobre todo cuando tengo la casa para mí sola, pero hoy no consigo concentrarme. No dejo de pensar en la pobre Chloe.

El tiempo ha cambiado; se ha vuelto más gris y más frío, como la vida misma. Deambulo por el Tesco intentando recordar qué me habían pedido los niños que comprara antes de dejarlos en el colegio.

Creo que Sammy quería cereales Oreo, aunque, si cedo y se los compro, casi me sale lo mismo darle chocolatinas para desayunar, y Kyla me pidió algún refresco para cuando vengan sus dos amigas a dormir este fin de semana. Tres crías de once años pasadas de vueltas superan mi capacidad de aguante, así que meto en el carro un par de botellas de zumo de naranja natural. A mi lado, una mujer hace lo mismo, asiente y sonríe al darse la vuelta camino de la caja.

No esperaba que hoy me reconociera nadie. A los críos siempre les da vergüenza cuando pasa, y a Eamon le resulta molesto.

Llevo el pelo recogido en una coleta tirante y me he puesto las mallas de deporte y una sudadera vieja. No es que hoy tenga energía para hacer ejercicio, pero llevar ropa de gimnasio me ayuda a pasar desapercibida.

Me dirijo al pasillo del pan. Normalmente, el olor a cruasanes recién horneados me tentaría, pero hoy solo me revuelve el estómago.

El cuerpo de Chloe sigue en el depósito del hospital, aunque ya se ha completado la parte principal de la autopsia. Sin embargo, el inspector jefe Townsley ha dicho que quizá aún haga falta seguir investigando.

Pero ha confirmado lo que nos dijo a todos la semana pasada. Que Chloe *se asfixió* mientras vomitaba, con lo que el vómito le entró en los pulmones. Debió de ser una forma horrible de morir: los pulmones ardiéndole mientras se quedaba sin oxígeno, hasta acabar llenos de ácido del estómago.

También encontraron toda clase de fibras, pelos y partículas en la habitación donde se alojaba, pero está claro que ha dormido allí mucha gente antes. Se ha hecho un llamamiento a las personas que se alojaron en la habitación 200 durante las dos semanas anteriores para que se presenten y faciliten una muestra, para poder descartarlas de la investigación, pero no veo cómo va a llevar eso a la policía hasta la persona que la mató. Tampoco es que quien la mató vaya a presentarse por las buenas.

En cuanto a mí, he ido publicando una entrada tras otra para apoyar la campaña de la policía y dar visibilidad a la situación de su familia. Lo están pasando fatal. Cuanto más tiempo pasa suelto quien la mató, peor parece ir la cosa. No tienen paz, y ni siquiera pueden organizar el funeral para despedirse como es debido.

Con el rostro de la madre de Chloe grabado en la mente, se me llenan los ojos de lágrimas al llegar a la sección de libros. Como autora local, ver el expositor lleno de mis libros normalmente me llenaría de ilusión, pero ahora mismo es difícil sentir algo que no sea una desesperanza agotadora.

Este malestar no ha dejado de crecer desde que cogimos el tren de vuelta de Londres a los Cotswolds. Puede que me hubiera sentido más útil si hubiera subido a Yorkshire en vez de volver a casa, pero dejó ese viaje para el funeral.

Con Sammy y Kyla voy en piloto automático, hago lo mínimo imprescindible por la casa, y hasta que no encuentren a quien mató

a Chloe no imagino que eso vaya a mejorar. Tampoco ayuda que también me hayan dejado algunos comentarios asquerosos en las publicaciones.

Pero, como comenté cuando estábamos todos en la comisaría el día de la muerte de Chloe, en cuanto un troll se ensaña con el objetivo elegido, los demás lo siguen como borregos.

Algunos de los comentarios de la publicación de esta mañana son de no creérselo.

¿Y qué? La gente se muere todos los días. ¿Qué tiene ella de especial?

Estoy hasta las narices de oír hablar de esta tía. Qué aburrimiento.

A quien lo hizo deberían darle una medalla.

Al menos fue rápido. Otros mueren de formas mucho peores.

Me muero de ganas de responder a esta gente. Quiero decirles: *¿quién coño os creéis que sois?* En realidad, eso ya sería ser educada. Quiero decirles que se larguen de una puñetera vez de internet y que se busquen una vida que no consista en disfrutar humillando e insultando a los demás.

Pero cualquier respuesta solo los envalentonaría. Es lo que quieren, es de lo que se alimentan.

Ahora estoy plantada entre los congeladores y ni siquiera recuerdo por qué he venido a este pasillo. Ni siquiera sé qué quiero.

Se supone que la policía está vigilando mi cuenta de Instagram, y también las cuentas de la familia de Chloe y la propia cuenta de Chloe, ahora convertida en cuenta conmemorativa.

Mientras tanto, yo he ido haciendo capturas de pantalla de todo lo que llega, de cualquier cosa despectiva.

Ay, esto es ridículo. No avanzo nada con la compra; ni siquiera consigo pensar con claridad. Busco el móvil en el bolsillo con la intención de mirar los titulares de las noticias por millonésima vez esta mañana.

Pero justo cuando abro la app de noticias, el móvil cobra vida en mi mano.

—¿Es usted Leanne Delaney?

—Soy yo.

—Soy el sargento Knowles, de la policía de la City de Londres. El inspector jefe me ha pedido que la llame para ponerla al día.

Los padres de Chloe han dado su permiso para que me mantengan informada. Saben que lo único que quiero es ayudar a atrapar a quien la asesinó. Pero, aun sabiéndolo, Eamon sigue soltando comentarios envenenados sobre que estoy usando lo ocurrido como posible material para una novela. No podría estar más equivocado.

—¿Sí?

—Para empezar, el tema de Instagram. Nuestros técnicos informáticos han estado analizando las direcciones IP asociadas a los mensajes que recibió Chloe antes de morir y, de momento, no hemos sacado nada en claro.

No había vuelto a oír la voz del sargento desde el día en que encontraron el cuerpo de Chloe, así que oírla ahora me lo devuelve todo de golpe.

—¿Qué quiere decir? Los mensajes venían de *algún sitio*.

—Así es, pero no hay nada que encaje en los resultados del laboratorio. Se trata de redes VPN, con las que hoy en día los usuarios pueden ocultar su ubicación con demasiada facilidad. VPN significa red privada virtual.

—Ya sé lo que son las VPN —espeto, y luego respiro hondo—. Lo siento, no pretendía ser borde. Es que no estoy durmiendo bien.

—Es completamente comprensible.

Hace una pausa, como si esperara que yo dijera algo más. No lo hago, así que continúa.

—Los mensajes se enviaron desde varias bibliotecas, cafeterías y cibercafés, así que estamos esperando a que cada establecimiento nos facilite las grabaciones de las cámaras de seguridad que puedan tener de las fechas en cuestión.

—Eso suena prometedor —respondo—. Espero que solo sea cuestión de tiempo.

La verdad es que suena prometedor. Hoy en día hay cámaras de seguridad en *todas partes*. Mientras no se hayan borrado las grabaciones, deberían llevar a la policía hasta quien mató a Chloe.

—También hemos recibido respuesta al llamamiento dirigido a otras personas de Yorkshire que puedan estar recibiendo mensajes parecidos —continúa el sargento—. Se ha presentado una señora que vive en Ilkley. Está a solo unas millas de donde vivía Chloe.

Pobrecilla. ¿Cómo es posible hablar de ella en pasado con solo veintinueve años?

—Están a poca distancia en coche.

—Entiendo.

Debería ir a sentarme en la cafetería. Aquí no pinto nada, dando vueltas por los pasillos del supermercado. Lo único que he metido en el carro hasta ahora es zumo de naranja.

—La mujer que se ha presentado ha comentado que se pondría en contacto con usted —prosigue—. Se llama Jade, por si le sirve de algo.

—¿Jade *qué*? —Abandono el carro en mitad del pasillo de los congeladores y rebusco un bolígrafo en el bolso. Me voy a la cafetería. Necesito un café, y lo necesito ya. Y si consigo el apellido de Jade, me pondré yo en contacto con ella primero.

—Dejaré que sea Jade quien se ponga en contacto —responde—. Como me ha aconsejado el inspector jefe. Es todo lo que tengo por ahora, pero puede estar segura de que estamos destinando todos los recursos posibles a la investigación. Igual que nuestros compañeros de allá arriba, en Yorkshire.

No veo el momento de quitármelo de encima para revisar mis mensajes de Instagram. Tengo que averiguar si esa mujer ha intentado escribirme.

Mientras hago cola para pedir la bebida, me conecto al wifi del supermercado y abro los mensajes. Efectivamente, en la bandeja de entrada me espera uno de una página llamada Jade's Palace.

Hola, Leanne, espero que no te importe que te escriba así, de repente, pero acabo de informar a la policía de unos mensajes horribles que llevo un tiempo recibiendo. Como vivo tan cerca de tu amiga Chloe, me tienen con los nervios de punta. Por suerte, parece que la policía se lo está tomando en serio. Han sido muchísimos, pero aquí te mando capturas de los dos últimos.

Deslizo el dedo por la pantalla.

Hay una foto de ropa interior colgada en el tendedero y un mensaje.

Estás demasiado gorda para que te entre esto, ¿a que sí?

Luego, una foto del interior de lo que parece un cajón de ropa interior, con una nota encima que dice:

Hola, Gordi. ¡ADIVINA QUIÉN HA ESTADO AQUÍ!

—Dios mío —digo en voz alta, olvidando que estoy en una cola llena de gente. Me echan unas cuantas miradas raras, pero me da igual.

Dejo el café en una mesa junto a la ventana. Normalmente, este es uno de esos sitios donde me instalo unas horas mientras mi hijo y mi hija están en el colegio. Un lugar donde puedo observar a la gente, escuchar conversaciones ajenas y teclear unas cuantas palabras en el portátil.

Pero hoy no habrá creatividad que valga.

¡ADIVINA QUIÉN HA ESTADO AQUÍ!

Es exactamente el mismo mensaje que, según la policía, encontraron en el móvil de Chloe, enviado la noche del estreno de la película. Con razón estaba tan distraída y no tenía ninguna gana de

grabar. Y entiendo por qué se emborrachó tanto. Alguien había estado en su casa.

Alguien entró, escribió una nota, hizo dos fotos y se las envió. Igual que le está pasando a Jade.

Entro en su perfil de Instagram. Lo ha llamado Jade's Palace porque las fotos son, sobre todo, de su casa. De vez en cuando aparecen su pareja y su hijo pequeño.

Es una cosa que yo nunca he hecho; no me atrevería. Hoy en día, los padres no podemos andarnos con descuidos, así que siempre les tapo la cara a Sammy y a Kyla con un emoji en forma de corazón.

Sé de sobra qué clase de tarados hay al otro lado de esas pantallas.

Las fotos de Jade son casi todas primeros planos de la decoración de sus paredes, escenas de su jardín cuidado al milímetro o rincones acogedores de su casa a la luz de las velas.

Y ahora algún demente ha profanado el espacio que ella ha cuidado con tanto esmero y del que, a todas luces, se siente tan orgullosa. El mismo demente que ha comentado su última publicación.

Seguro que te encantaría saber qué unté por dentro de la puerta de tu congelador. 😂

Otro tarado ha respondido.

Cuenta, cuenta.

Y luego otro más. No me lo puedo creer. Parece que estos trolls se alimentan de verdad unos a otros, como moscas alrededor de la carroña.

Me has dejado con la intriga.

Así que el primero ha contestado.



Me llevo la mano a la boca. ¿Habrá visto Jade este comentario? A mí me está revolviendo el estómago, así que Dios sabe qué efecto tendrá en ella. Un cuarto troll se ha metido en la conversación, si es que a esto se le puede llamar así.

Eso le borrará la sonrisita de suficiencia de la cara. 😊

Busco en Google la distancia entre Otley e Ilkley. Son seis millas y media, nada más.

Al principio se dio por sentado que quien mató a Chloe tenía que vivir en Londres, pero, con el paso de los días, ha ido cobrando fuerza en los medios una teoría según la cual también podría tratarse de alguien que la hubiera seguido hasta Londres desde Yorkshire.

Al fin y al cabo, tampoco es que ocultara sus planes de aquel día. Su entusiasmo estaba a la vista de todos en Instagram. Vuelvo a la pantalla de mensajes.

Hola, Jade. Por supuesto que no me importa que me escribas, y haré todo lo que pueda para apoyarte. Pero lo primero es lo primero: ¿tienes algún otro sitio donde quedarte hasta que atrapen a esta persona desquiciada? Sé que tienes pareja, y también sé que no deberías verte obligada a marcharte de tu propia casa, pero ya has visto lo que le pasó a Chloe. Por favor, revisa también tu última publicación. He hecho una captura y le he dado a denunciar, pero esto hay que ponerlo en conocimiento de la policía. Y con urgencia. Seguimos en contacto.

Ya no puedo hacer nada para proteger a Chloe, pero todavía estoy a tiempo de ayudar a Jade.

—VAMOS, chico. —Silbo para que Bertie, mi labradoodle dorado, vuelva a mi lado. Ya no paseo tanto con él ahora que estoy embarazada de gemelos de siete meses, pero como Tom está fuera por trabajo esta semana, no me queda otra que sacar a Bertie a su paseo de la tarde.

Anochece deprisa mientras me siento en el banco junto al río para tomarme un respiro. No sé qué me comprimen más los bebés, si la vejiga o los pulmones. Lo único que sé es que parece que lleve años embarazada, no meses.

Le he dado instrucciones tajantes a mi marido: esta es la última vez que puede irse por trabajo antes de que salga de cuentas. Me van a inducir el parto por mi edad, pero nos han dicho que podría ponerme de parto de forma espontánea en cualquier momento en cuanto entre en el último mes.

Ojalá me dejaran ponerme de parto de forma natural, pero me lo van a inducir. *Por mi edad*. Porque soy lo que ellos llaman una *madre geriátrica*.

Odio tanto ese término que abrí una página de Instagram llamada *Geriatric Twin Mum* («Madre Geriátrica de Gemelos»). Así me llamó el obstetra cuando me examinó rodeado de sus estudiantes con bata blanca en la revisión del mes pasado. Lo dijo

delante de mis narices. Y no soy la única futura mamá que ha pasado por esto.

Muchísimas mujeres han aparecido en mis publicaciones para solidarizarse conmigo, exigiendo que no se nos haga sentir como acabadas solo por no estar recién salidas de la universidad. O sea, si a mí me llaman «geriátrica», ¿cómo llamarán a las mujeres de cuarenta y tantos?

Otras mujeres me han dicho que se me ve sanísima; me han dicho que estoy radiante. Pero yo no me siento radiante. Me siento como una ballena varada. Aun así, esto es lo que me encanta de ser mujer: la solidaridad absoluta que tenemos entre nosotras. Incluso con las que no hemos conocido nunca.

Es una pena que no pueda decirse lo mismo de los comentarios que son cada vez más frecuentes en mi página. No sé quién demonios disfruta siendo tan cabrón, ni quién tendría siquiera el tiempo y la energía para soltar tanto veneno sobre una desconocida.

Sí, estoy bloqueando a los cabrones y denunciándolos a Instagram. Muchas otras mujeres también lo hacen por mí, pero nada de esto impide que el odio despiadado siga cayendo en mi bandeja de entrada y en mi perfil. Un odio que se vuelve más aterrador con cada mensaje, aunque sigo intentando quitarle importancia. Pero mensajes como este avivan todavía más mi miedo.

Seguro que a los dos les pasa algo, que es lo mínimo que te mereces por quedarte preñada a tu edad.

Instintivamente, suelto la correa de Bertie, la piso con la zapatilla y apoyo la mano ahora libre en un gesto casi protector sobre los preciosos bebés de mi vientre.

No había visto este perfil antes, y quienquiera que sea ni siquiera se ha molestado en subir una foto. Muchos de los trolls que dejan mensajes desagradables o groseros al menos se molestan en enseñar qué pinta tienen, aunque sus fotos de perfil probablemente tengan diez años como mínimo, o estén tan en penumbra que sea imposible verles la cara.

Son monstruos, y por eso tienen que esconderse en las sombras.

No me puedo creer cuánta gente le ha dado a «me gusta» a este comentario tan cruel. Voy bajando por la lista de nombres y me fijo en que la mayoría parecen hombres; sus fotos de perfil son imágenes de peces, siluetas grises, una diana y un campo de fútbol. Ni uno solo ha puesto una foto de verdad, y aun así se creen con derecho a juzgarme *a mí*.

Dos de los que le han dado «me gusta» al comentario han comentado.

¿Quién querría meterse ahí, de todos modos? Parece el culo de un autobús.

Alguien ha añadido.

Un toro, querrás decir. Con el culo en acción.

Es increíble cuántos emojis de risa ha cosechado este comentario. Está claro que están todos cortados por el mismo patrón. Enfermos.

Enfermos y probablemente celosos. Al fin y al cabo, es poco probable que gente tan asquerosa como esa tenga pareja o hijos, ni en camino ni de ningún otro tipo.

No te mereces ser madre. Alguien debería contarle a tu marido lo que eres en realidad.

Me estremezco al levantar la vista del móvil.

Quiero responderle *¿pero de qué demonios estás hablando?*, pero justo ahora hay algo más urgente. Una amenaza en el aquí y ahora.

Bertie está gruñendo.

Cojo su correa y lo acerco hacia mí mientras me levanto temblorosa del banco. Seguro que es mi imaginación desbocada, pero tengo la sensación de que alguien podría estar observándome. Así que lo único que importa es alejarme de aquí y ponerme a salvo.

Aquí estoy, sola en un paraje bonito y desierto, con un perro incapaz de defenderme ni de una mosca. Soy idiota. Y estoy segura

de que ha oscurecido aún más en los pocos minutos que llevo sentada en el banco.

Tom me mataría si me viera ahora. Eso, siempre que no me pille alguien antes.

Aprieto el paso hacia mi casa, intentando echar a trotar a medida que me acerco a las farolas y a las luces de las casas que bordean la calle. Si consigo llegar hasta ahí, estaré a salvo. Estaremos a salvo. Me doy una palmadita en la tripa.

Normalmente esto es totalmente seguro, una de las zonas más codiciadas de York.

Y las cosas malas rara vez pasan en los sitios bonitos.

Apenas puedo respirar cuando por fin llego a la calle, arrastrando tras de mí a un Bertie igual de resollante. —¿Por qué no puedes estar aquí, Tom? —Mi voz resuena en la penumbra—. Ojalá estuvieras en casa y pudieras venir a recogernos en coche.

Podrías llamar a la policía, chilla una voz más fuerte dentro de mi cabeza.

Y podría. Pero ¿harían algo de verdad?

Además, no quiero que nadie, y menos Tom, sepa que un casi ex de hace años ha vuelto a rondarme. Puede que le diera alas sin querer, no lo sé. Desde luego no pretendía animarlo, pero siempre me ha costado ser directa con la gente.

No podía decirle sin más que me daba tanta grima *entonces* como me la da ahora, ni que la única razón por la que salí con él en su día fue porque me daba lástima.

Cuando por fin reuní el valor para decirle que se había acabado, si es que alguna vez había empezado, convirtió mi rechazo en algo muchísimo más grande. Cualquiera habría pensado que estaba rompiendo un compromiso.

Durante meses, amigos y familiares lo vieron plantado delante de mi casa, mirando sin más. Otras veces esperaba a la salida de la oficina donde yo trabajaba. No solo me inquietaba a mí; también asustaba a mis compañeras. Al final, empezamos a entrar y salir de dos en dos.

Pero la policía dijo que no podían obligarlo a marcharse ni detenerlo. Para ellos, no había dicho nada amenazante ni hecho nada ilegal.

—No hay ninguna ley que prohíba estar de pie en una esquina —dijo el agente que vino a verme.

Una amistad común me contó después que mi acosador escudriñaba todo lo que yo publicaba en las redes sociales, aunque le había bloqueado la cuenta. Estaba usando la cuenta de otra persona.

Eso tampoco le interesó al agente.

Me porté con educación cuando reapareció; al fin y al cabo, él también está casado ahora, tiene hijos, por el amor de Dios, y la gente puede cambiar y, de hecho, cambia.

Pero su propia situación no le impidió hacer insinuaciones obscenas sobre cómo podríamos retomarlo donde lo dejamos de adolescentes. Eso fue antes de que descubriera que estaba esperando gemelos y que me había casado hacía poco.

Cuando cambié el nombre de mi página de Instagram de Kaylene Marshall a Kaylene Marshall-Wicks y mi usuario de @kreativekraftyKaylene a @geriatrictwinmum, no se lo tomó nada bien. De nuevo, reaccionó como si yo hubiera cometido una enorme traición, diciendo que le había hecho creer que teníamos un futuro.

Igual que había hecho años atrás en MySpace, lo bloqueé en Instagram sin darle explicaciones.

Suelto un suspiro de alivio cuando Bertie y yo llegamos a la calle sanos y salvos. Si alguien se me acerca ahora, o si alguien me está siguiendo, puedo subir corriendo por una de las entradas y aporrear la puerta de una de las casas iluminadas. O si algún maníaco me agarrara, mis gritos deberían oírse.

La gente quizá me preguntaría qué demonios se me pasa por la cabeza, caminando por la ribera desierta de un río cuando empieza a oscurecer, y más en mi estado, y eso es lo primero que diría Tom si le contara lo de esta noche.

Pero ¿por qué demonios no iba a poder caminar por donde quiera, cuando quiera y en el estado que sea? Estoy dejando que los comentarios desagradables de mi perfil me pongan nerviosa, y tengo que dejar de hacerlo.

Al menos Bertie ha dejado de gruñir.

El móvil me pita en la mano. Seguro que es Tom, así que tendré que hacer como si nada. No quiero preocuparlo, no estando tan lejos. Volvería a casa si supiera lo asustada que estoy; sé que lo haría, pero quizá a costa de su trabajo.

Cuando levanto la pantalla a la altura de la cara, al principio me cuesta procesar lo que estoy viendo.

Es una foto de un techo: una tulipa de cristal ornamentada, rodeada por un ventilador de techo cromado.

¿Por qué iba alguien a enviarme eso?

Un momento. Es *mi* tulipa de cristal ornamentada. *Mi* ventilador de techo cromado. ¿Será Tom? ¿Habrà vuelto a casa antes de lo previsto? ¿Estará tumbado en nuestra cama, esperando a que vuelva?

No, seguro que no; tiene más o menos asumido que esa parte de nuestro matrimonio está en pausa hasta bastante después de que nazcan los bebés. Los dos sabíamos que un embarazo a estas alturas, con casi cuarenta años, entrañaba más riesgo, pero no creo que ninguno de los dos esperara que fueran gemelos.

Pero no, no es Tom, a menos que por algún motivo haya tenido que cambiar de número.

Aparece otra foto debajo de la primera, esta vez de una nota, colocada en el borde de mi funda de edredón de algodón blanco. En mi dormitorio. En mi casa.

¡ADIVINA QUIÉN HA ESTADO AQUÍ!

Estas fotos *no* las ha enviado mi marido; las ha enviado otra persona.

Alguien que ha logrado meterse *dentro* de mi casa.

Dios. Mío.

Van a entregar el cuerpo de Chloe a la funeraria. Ya podemos hacer los preparativos necesarios.

No sé qué se supone que debo responderle a la madre de Chloe. Que entreguen su cuerpo no es precisamente una buena noticia, pero supongo que a la familia le traerá cierto alivio. Al menos ahora pueden empezar a salir de ese limbo espantoso en el que llevan atrapados los últimos diez días.

También me da un motivo de peso para subir a Yorkshire.

No creo que Eamon quiera venir conmigo, así que espero poder dejar a los niños con él en lugar de molestar a mis suegros. No le hará ninguna gracia, pero tampoco puede impedirme asistir al funeral de Chloe, por mucho que diga que no entiende el vínculo que creé con una mujer a la que solo había visto una vez.

Además, no puedo evitar pensar que quizá pueda hacer más si estoy allí en persona, en el lugar donde vivía. Al menos podré hablar con la gente cara a cara, en vez de intentar atar cabos a base de mensajes y llamadas interminables.

Si puedo ayudar en algo, Sue, solo tienes que decírmelo. ¿Cómo estáis todos?

La verdad es que es una pregunta tonta. Han perdido a un miembro muy querido de la familia que solo tenía veintinueve años. Bastante tendrán con conseguir levantarse de la cama por las mañanas.

Y cuando digo *¿hay algo que pueda hacer para ayudar?*, lo que en realidad *quiero* decir es: *¿me dejarías pagarlo todo?*

Al fin y al cabo, Chloe estaba en Londres, en mi evento, cuando le arrebataron la vida de forma tan cruel, y sigo sintiéndome en parte responsable. Y la culpa, lejos de remitir, parece ir a más. Pero debería consultarlo con Eamon antes de ofrecerme. Se pondrá hecho una furia si me lanzo sin su visto bueno.

No es que se vuelva más fácil, si es a eso a lo que te refieres. Quizá lo sería si atraparan al malnacido que nos la arrebató, pero no tiene pinta.

¿Cómo sabe que no tiene pinta? Como hace días que no tengo noticias de la policía, ahora me pregunto si Sue habrá recibido más información. Así que voy directa al grano y se lo pregunto.

¿Cómo va la investigación de la policía? ¿Tienen alguna pista?

Es una puñetera vergüenza. Callejones sin salida por todas partes. Me gustaría poder decirte que están estrechando el cerco sobre alguien, pero no creo que estén ni cerca.

¿Qué quieres decir con callejones sin salida?

La verdad es que me gustaría poder hablar con Sue por teléfono. Pero su hijo Matt, el hermano de Chloe, ha dejado claro que llamar a cualquier miembro de la familia es una intromisión, y que debo dejarlos hacer el duelo en paz.

Sin embargo, Matt no puede impedirme responder a los mensajes de Sue. Al fin y al cabo, ella me escribió primero.

Cibercafés donde el historial se borra a diario. Bibliotecas y cafeterías con cámaras de seguridad insuficientes. Y donde sí hay cámaras, todo el mundo va con capucha o gorra de béisbol. Es como si todos llevaran una especie de uniforme. Números asociados a móviles desechables y direcciones de correo de proveedores que no requieren verificación. Como te decía: callejones sin salida.

Lo pillarán pronto. Y para que lo sepas, estoy en contacto con otras dos mujeres que también han estado recibiendo mensajes horribles. También son de Yorkshire, así que se lo hemos pasado todo a la policía. De verdad, Sue, es solo cuestión de tiempo.

Sé que la policía tiene a alguien en mente, pero no quisieron contarme nada más. El inspector jefe dijo que aún están en la fase de recabar pruebas.

No dudes en llamarme si alguna vez necesitas hablar. Y lo que dije sobre ayudar iba en serio.

Gracias, pero como ha dicho Matt, estoy encerrada en casa. No estoy para hablar.

Lo entiendo.

Sigo mirando el móvil por si Sue responde. Pero la pantalla permanece a oscuras.

Suelto un suspiro largo y entrecortado en el silencio de mi despacho. ¿Cómo puede ser tan difícil reunir pruebas suficientes para detener al maníaco, sobre todo en un mundo donde la mayoría de la gente deja una huella digital reconocible? Por no hablar de los análisis de ADN y las cámaras de seguridad. La policía debería haber superado ya con creces la fase de «recabar pruebas».

Mi mirada pasa de la foto de nuestra boda a la última foto escolar de los niños. Este despacho suele ser mi refugio, pero ya hace varias semanas que no consigo escribir ni una palabra.

Antes del estreno de mi película estaba demasiado emocionada, y desde entonces he estado demasiado nerviosa y trastornada. Ni siquiera me interesé cuando mi agente se puso en contacto conmigo para hablarme de las cifras de taquilla de la película o de que los mismos productores quieren adaptar todavía más libros míos.

En lo único que puedo pensar es en Chloe.

Abro la app de Instagram para ver si han publicado algo nuevo en alguna de las entradas de su perfil conmemorativo. Lo comprobé justo antes de que llegara el mensaje de Sue, pero lo de refrescar la página se ha convertido en una compulsión. Puede que Eamon tenga razón con la bronca de anoche. Puede que esté obsesionada.

Lo que sí ha entrado es un nuevo mensaje directo, y no parece de uno de mis lectores. Es de alguien que se hace llamar BPS; sin embargo, no hay foto de perfil, ni publicaciones en la cuenta, ni seguidores.

¿Puedo hablar contigo?

No puede ser el asesino de Chloe; al fin y al cabo, los mensajes que ella recibía nunca pedían permiso para hablar: entraban directamente con amenazas e insultos.

¿Quién eres?

Empujo el móvil hasta el borde del escritorio y me pongo a repasar los correos sin contestar para intentar distraerme. ¿El hecho de que parezca una cuenta de Instagram creada *hace poco* significa lo que creo que significa? Me siento incómoda, claro que sí, pero más segura aquí, en los Cotswolds, de lo que estaría en Yorkshire.

Miro el móvil. Aparecen tres puntos dentro de una burbuja. Quien ha creado esta cuenta me está respondiendo. Sin apartar la vista de la pantalla, espero.

Y espero. Hasta que...

Acabo de borrar mi perfil habitual. Por eso no puedes ver quién soy ni dónde estoy. Pero me llamo Brenna, vivo en Leeds, y una compañera me ha dicho que estás ayudando a localizar a este troll que ha estado enviando amenazas a mujeres por Instagram, ¿es cierto?

Le respondo en un abrir y cerrar de ojos.

Así es.

¿Te importaría llamarme, Leanne? Necesito hablar contigo porque a mí también me está pasando. Hay demasiado que contar para hacerlo por mensaje.

Otra mujer. ¿Y Leeds? ¿La ciudad conocida como la capital de Yorkshire? Puede que nos estemos acercando. Puede que las mujeres podamos unirnos y avanzar donde la policía parece haberse quedado atascada.

Por supuesto. Aquí tienes mi número: 0113 764 1811

Hablar con un ser humano tiene que ser mejor que lo que llevo de día hasta ahora: intentar sin éxito añadir palabras con sentido a mi manuscrito, hacer scroll sin parar por las redes sociales, mover cosas de sitio en mi escritorio ya de por sí impecable y, en general, volverme loca.

Mientras espero su llamada, me entra en la bandeja de entrada una foto enviada desde su número. Mientras el círculo del centro gira, ella escribe.

Esta nota estaba en la encimera de mi cocina.

Bien, te llamo ahora.

Contengo la respiración mientras se carga la foto. Después me quedo mirando la imagen que ocupa la pantalla.

*ESPERO QUE ESTÉS MORDIENDO POR
ENCIMA DEL HOMBRO. MÁS TE VALE...*

Tendré que compararla, pero estoy casi segura de que es la misma letra. Desde luego, está en mayúsculas, como las otras notas que he visto o de las que me han hablado. También la han dejado dentro de casa de esta mujer. La única diferencia es que no incluye esa mierda de *¡ADIVINA QUIÉN HA ESTADO AQUÍ!* que traían las demás notas.

Me llevo el teléfono a la oreja. —¿Hola? ¿Brenna?

—Gracias por hablar conmigo, Leanne. La verdad, esto me resulta bastante surrealista. He leído todos y cada uno de tus libros.

Normalmente, se lo agradecería y le preguntaría cuál le ha gustado más, pero esta conversación no tiene nada de normal. No mientras intentamos acorralar a un asesino antes de que vuelva a atacar.

RESULTA CASI cómico ver a la policía corretear de un lado a otro como ratas. ¿Todavía no se han dado cuenta de que siempre voy cinco pasos por delante?

Sé cómo decir lo que quiero sin que me pillen. Y, como demuestra lo que hice hace poco menos de dos semanas, también sé cómo hacer lo que quiero sin que me pillen.

Y hay otra cosa que la policía tampoco sabe: estoy ampliando el radio. Lo llamo el efecto de las ondas concéntricas.

Empecé por la que tenía más cerca de casa, la que más me tocaba las narices, y la callé para siempre.

Pero todas me tocan las narices. Y cuanto más observo, más odio.

Quizá alguien debería avisar a esas mujeres de que más les vale dormir con un ojo abierto.

Porque voy a por ellas.

MI PROPIA CARA me devuelve la mirada desde el centro de la pantalla. La verdad es que preferiría mil veces ver las caras de las demás mujeres en lugar de la mía, pero como he sido yo la que ha empezado a hablar, Zoom saca mi recuadro a primer plano.

He llamado a nuestro grupo *Operación Cazar al Troll*, pero me pregunto si no sonará demasiado frívolo dada la gravedad de lo que nos ha reunido a las cinco. Aun así, esperaré a ver si alguna dice algo y, si es así, le cambiaré el nombre al grupo en Zoom.

Estoy con el alma en vilo desde que me he levantado de la cama, esperando a que Eamon saliera de casa con las niñas. Ni de broma le parecería bien que hiciera esto; hasta me ha dicho que debería centrarme en mi propia familia, no en la de otra.

—Gracias a todas por sumaros —empiezo—. Ya estamos todas, así que ¿os importaría presentaros una a una y hacer un breve resumen de lo que os ha estado pasando con los mensajes?

Escucho mientras las mujeres van diciendo por turnos cómo se llaman, de dónde son y a qué se dedican. Podríamos estar en una jornada de formación, o en algún taller donde todo el mundo tiene que presentarse en círculo. El temido *rompehielos*. Pero esto es más oscuro que eso. Mucho más oscuro.

—A lo mejor ahora podríais hablar de vuestras páginas de Instagram —continúo—. Al fin y al cabo, es lo que todas tenemos en común. Chloe, por supuesto, era bookfluencer. ¿Y tú, Jade?

—Mi página se llama Jade's Palace, «El Palacio de Jade», y ahí comparto sobre todo fotos de mi casa y del jardín. Aunque había varias fotos de mi hijo de cuatro años, que ya he quitado. Mi marido se puso hecho una furia porque las hubiera publicado en abierto.

—Es una pena tener que pensar así. —Kaylene se acaricia la barriga—. Pero yo pienso hacer lo mismo en cuanto nazcan estos bebés. No hace falta que nadie nos diga qué clase de indeseables podrían hacerse con esas fotos.

Las páginas de las mujeres son todas muy distintas. Antonia nos habla de la suya, llena de fotos de antes y después de los peinados de su salón, mientras que la de Kaylene planta cara al término *madre geriátrica*.

Solo Brenna se ha visto obligada a cerrar su página, con miedo a dejarla activa y exponerse a más amenazas. Me contó que ya tenía bastante encima, con todas las reseñas asquerosas que han dejado sobre la consultoría de la que es socia, por no hablar del montón de citas falsas que le siguen pidiendo.

Pero luego está la escalofriante semejanza entre todas: las notas que han dejado en la casa de cada mujer, que el troll parece estar usando como tarjeta de visita.

—A mí *no* me ha visitado quienquiera que esté haciendo esto. —Me señalo a mí misma mientras las cuatro caras expectantes me miran desde la cuadrícula en la parte de arriba de la pantalla—. Yo sí recibo mensajes desagradables a todas horas, pero de un tono distinto al de los que sé que estáis recibiendo vosotras. Así que no creo que el mismo troll se haya fijado en mí, al menos de momento.

—Puede que sea porque vives muy lejos —responde Brenna—. Pero, como ha demostrado quienquiera que sea, no le importa nada viajar.

—La policía sigue cotejando todos los trenes de Leeds a Londres de aquel día —les digo, recordando otra conversación por mensajes que tuve con Sue—. Pero seguro que aún no han sacado nada en claro.

—Estuviste con Chloe la noche que murió, ¿verdad? —pregunta Kaylene. Habla con voz suave y tiene un vago aire a Chloe. Esa observación me estruja el corazón. Sobre todo porque Chloe nunca llegará a ser madre.

—Estuvo en mi evento de Londres. —Se me quiebra la voz—. Y, al igual que vosotras, aguantó los mensajes de acoso durante las semanas previas a aquella noche.

—¿Alguien dejó una nota en su casa?

Asiento con la cabeza. —El día que la mataron. Si me lo hubiera contado, podríamos haber hecho algo y quizá seguiría viva.

—¿Por qué no lo hizo?

Agacho la cabeza. —Solo se me ocurre que pensó que podía estropear el evento. Muy de Chloe.

—¿Ha revisado la policía las cámaras de seguridad de la zona donde vive? *Vivía*. —Kaylene se corrige, y no sé quién puede sentirse peor con esa corrección: ella o yo.

—Creen que quien lo hizo habrá atravesado el parque que da a la parte de atrás de la casa de Chloe —respondo—. Como es lógico, habrá cruzado por las zonas menos transitadas del parque, las que no cubren las cámaras. Entró por la ventana de la cocina.

—Yo me había dejado la puerta de la calle sin echar la llave. —Kaylene cierra los ojos mientras su cara agotada llena la pantalla—. Solo había salido un momento a sacar al perro, y en nuestra calle todo el mundo deja las puertas sin echar la llave. Llevo años viviendo ahí y nunca ha habido un allanamiento, ni una sola vez. Todos nos cuidamos unos a otros, pero aquella noche, está claro que no. —Se ríe, pero es una risa cargada de amarga ironía.

—Gracias a Dios que recibiste el mensaje de quienquiera que estuviera dentro —digo—. Imagínate si hubieras vuelto y te lo hubieras encontrado cara a cara.

—Habría dado a luz allí mismo. —Por lo poco que se ve de Kaylene en la pantalla, tiene la barriga enorme—. Eso si no me mataba antes. Tom, mi marido, les ha dicho a sus jefes que va a trabajar desde casa hasta que atrapen al tío.

—Ojalá sea pronto —dice Antonia.

—Lo sé. —Kaylene parece hundida—. No soporto vivir así. Me recuerda a cuando era joven, cuando tenía un exnovio obsesionado que no me dejaba en paz. Pero esto parece algo mucho más siniestro.

—Quien fuera se metió en mi *dormitorio*. —Antonia tiene los ojos muy abiertos de terror—. Desde entonces me quedo en casa de mi hermana.

—En el mío también. —Jade se señala a sí misma—. Hasta se metió en el cajón de mi ropa interior. Y no queréis saber lo que untó por dentro de la puerta de mi congelador. —Pone una mueca—. Me dan arcadas solo de pensarlo. He tenido que llevar el congelador al punto limpio.

—¿Qué? —corean las otras tres mujeres.

—Pensad en lo peor que os podáis imaginar.

—Ay, Dios mío. —Tres manos vuelan a tres bocas. Yo ya lo había oído, pero volver a oírlo no lo hace más fácil.

—La policía lo analizó, esperando encontrar ADN, claro, pero parece que era de perro.

Un silencio atónito se instala entre nosotras un instante antes de que Jade continúe: —He estado yendo a casa de mi madre mientras mi marido está en el trabajo. Es una pesadilla absoluta.

—En mi dormitorio no entró nadie. —Brenna esboza una sonrisa forzada—. A lo mejor porque soy un poco mayor que las demás. Pero que hubiera alguien en mi cocina ya es bastante grave.

—Bueno, señoras, el motivo por el que os he reunido a todas es que creo que las cinco juntas podemos ser más fuertes que por separado. También creo que juntas quizá podamos ayudar a la policía a atrapar antes a ese chalado.

—No veo cómo —dice Brenna—. Ahora mismo apenas me atrevo a salir de casa. Por suerte, mi hermano pequeño viene a quedarse conmigo por las noches; si no, seguramente no vería un alma aparte de mis clientes por videollamada.

—Hay algo que me reconcome desde que pasó —empiezo—. Algo...

—Han detenido a alguien. —Una voz masculina interrumpe lo que estoy diciendo mientras la imagen de Kaylene ocupa toda la

pantalla. Ella se gira en la silla para mirar a quienquiera que acabe de entrar en su habitación—. Rápido, mira: está por todo TikTok.

ME LLEVO la mano a la boca mientras las esposas plateadas relucen al sol de primera hora de la mañana, justo antes de cerrarse de golpe alrededor de las muñecas de mi *marido*. Stella se vuelve loca y ladra a los agentes que invaden nuestro recibidor.

—¿Puede encerrar a la perra en otra habitación?

—¿Qué coño está pasando aquí? —Encierro a la perra en el salón de un portazo y me vuelvo hacia uno de los agentes—. ¿Qué se supone que ha hecho?

—Por favor, suelten a mi padre. —Mia solloza al pie de la escalera.

—Franky Newsome, queda usted detenido como sospechoso del asesinato de Chloe Taylor, acoso y allanamiento de morada.

—¡*Asesinato*! —Olive se aferra a mi brazo.

—¡Chloe Taylor! —repito, chillando—. Pero si él ni siquiera la conocía. Tiene que haber algún error.

—Suelten a mi padre. —Mia se abalanza hacia donde dos agentes intentan arrastrar a Franky hasta la puerta, pero consigo agarrarla al vuelo y tirar de ella hacia atrás.

—Saca a las niñas de aquí —grita.

—Se están equivocando de medio a medio —exclamo. No me puedo creer que la policía tenga que hacer esto delante de las niñas.

¿Por qué no han podido venir después de que se fueran al colegio?
¿Por qué las someten a este suplicio?

—Tenemos una orden de registro de su domicilio. —Mientras se llevan a mi marido por el sendero del jardín hacia un coche patrulla que espera, sin duda ante la atenta mirada de todos los vecinos, otro agente me agita una hoja de papel delante de la cara.

—¿Para *qué*? —Le arranco la hoja de las manos e intento descifrar las palabras que me bailan ante los ojos—. Pero ¿por qué? ¿Qué esperan encontrar? No lo entiendo.

Ya se está poniendo un par de guantes de látex, igual que dos de sus compañeros. —Y, como parte del registro, tenemos instrucciones de incautar todos los dispositivos electrónicos, incluidos los móviles.

—Pero no pueden —chilla Olive, presa del pánico—. No pueden quitarme el móvil.

—¿Qué esperan encontrar en los móviles de mis hijas, de trece y diez años? —Me encaro con él—. Esto se está pasando de la raya.

—Tenemos que llevarnos *todos* los móviles y dispositivos de esta vivienda. Así que, si pudiera ir preparándolos y desactivar cualquier código de acceso o reconocimiento facial, le agradeceríamos mucho su cooperación. —Echa un vistazo hacia las escaleras, como si estuviera decidiendo por dónde empezar.

—No van a mirar en los dormitorios de mis hijas, si es eso lo que tienen pensado. —Le corto el paso a un agente que avanza hacia el pie de la escalera.

—Apártese y deje que mis agentes hagan su trabajo —brama una voz autoritaria. Es el agente que le ha leído sus derechos a Franky, el que, cuando abrí la puerta, se presentó como inspector jefe. Me da igual lo importante que se crea: no va a entrar en los dormitorios de las niñas.

—Pero ¿y mi marido? ¿Adónde se lo llevan? ¿Por qué no me dice qué está pasando?

—Dos de mis compañeros están acompañando al señor Newsome a comisaría y allí lo ingresarán en las dependencias de custodia. —Lo dice como si fuera un campamento de verano o algo así—. Yo me reuniré con ellos cuando se haya realizado el registro de su casa.

—Pero ¿qué se supone que ha hecho? —Olive llega hasta la puerta principal, con el rostro descompuesto, mientras ve cómo el coche patrulla en el que va su padre da media vuelta y se aleja a toda velocidad por nuestra calle. Algunos vecinos tienen los móviles alzados hacia el coche, sin duda grabando todo lo que está pasando.

—¿No puede impedir que graben? —Señalo al hijo veinteañero de los Smith, los de enfrente.

El agente se encoge de hombros, como si le diera igual que a Franky vayan a someterlo a un juicio en las redes sociales. En lugar de contestar, hace un gesto con la cabeza a sus tres compañeros, que están al pie de la escalera. —Id con cuidado con los dormitorios de las niñas —les indica, antes de mirarme como si esperara que yo le agradeciera el detalle.

—Todos nuestros amigos se van a enterar de que la policía ha detenido a papá. —Las lágrimas le corren a Olive por las mejillas y le caen sobre las solapas de la chaqueta del uniforme—. No puedo ir al colegio, mamá. Tendremos que quedarnos en casa hoy.

—Será mejor que vayan al colegio. —Hay un asomo de compasión en el tono del agente—. Con lo del registro de la casa. Quizá pueda usted llevarlas y, para cuando vuelva, ya estaremos casi terminando. Entonces podremos hablar con usted.

—Pero no pueden quitarme el móvil. —Olive se lo aprieta contra el pecho como si fuera capaz de salvarle la vida.

—Se lo devolveremos lo antes posible —dice el inspector jefe en tono amable.

—¿Quieres que lleve yo a las niñas al colegio?

Una voz vagamente familiar, desde la puerta, me hace darme la vuelta. Es Linda, la que vive dos casas más allá, plantada allí con sus tres hijos, que se portan a la perfección.

Nunca he conocido a nadie con la vida tan resuelta como Linda. Hasta se las apaña para salir a correr cada mañana antes de llevar a los niños al colegio. Casi nunca me dedica más que un hola rápido, y siempre he tenido la impresión de que me mira por encima del hombro.

Aunque no va a ser mi vecina por mucho más tiempo.

No le he dicho a nadie de por aquí que nos vamos, pero, después de lo que ha pasado hoy, seguramente se alegrarán de perder de vista a nuestra familia.

—¿Te importaría?

Cojo los abrigos del colegio de las niñas, que están colgados del extremo de la barandilla. Menos mal que siempre lo dejo todo preparado la noche anterior. Esta mañana apenas puedo pensar con claridad.

—No quiero ir al colegio. —Mia está clavada en el sitio junto a su hermana, que sigue apretándose el móvil contra el pecho.

—Os he recargado las tarjetas del comedor. —Me cuesta mantener la voz amable y que no me tiemble. Como si recargarles las tarjetas fuera a convencerlas de que todo es normal. Solo van a querer saber qué está pasando y que les diga que todo ha sido un enorme error.

—¿Qué pasa, Tara? —Linda mira desde el porche, a través de nuestra ventana saliente.

—De verdad que no tengo ni idea, pero me vendría bien sacar a estas dos de todo esto. Mirad, niñas —les pongo una mano en el hombro a cada una—, para cuando volváis a casa, ya estará todo arreglado, os lo prometo.

Linda me lanza una mirada que dice: «¿Estás en condiciones de hacer esa promesa?». Aparto la vista. Claro que no.

—Vuestra ropa de gimnasia ya está en el colegio. —Les planto un abrigo a cada una—. Olive, el móvil. —Extiendo la mano—. Con suerte, la policía te lo devolverá cuando vuelvas a casa. —Y allá voy otra vez, haciendo promesas que no puedo cumplir de ninguna manera, pero, por algún milagro, Olive me deja el móvil en la palma abierta y da media vuelta hacia la puerta.

Me dejo caer en una silla junto a la mesa de la cocina y escucho las puertas de armarios y los cajones que se abren y se cierran de golpe. Hay al menos seis agentes poniéndome la casa patas arriba, y todavía no me han dicho nada. La única información que me han

dado ha sido mientras le leían sus derechos a Franky. Y jamás he visto a mi marido tan aterrorizado.

—Vamos a necesitar el código de acceso de este ordenador de sobremesa. —El inspector jefe aparece en la puerta de la cocina, señalando hacia el ordenador de Franky, en su escritorio bajo la escalera.

—No lo sé —respondo—. No tengo las contraseñas de ninguno de los dispositivos de mi marido. Las ha cambiado todas.

Al ver la reacción del inspector jefe, sé que le he despertado el interés. —¿Ah, sí? —Enarca una ceja.

—Se escribe con otras mujeres —respondo con voz inexpresiva.

Lo digo como si no pasara nada. Pero sí pasa. Y siempre pasó.

—¿Qué le hace pensar que *Franky* pudiera tener algo que ver con lo que ocurrió en Londres?

—Antes de poder responder a ninguna de sus preguntas, señora Newsome, tengo que tomarle declaración.

Puede que el agente haya sido brusco al zarandear a Franky hace un momento, pero de pronto su actitud conmigo se suaviza.

—Nada de esto tiene sentido. —Le sostengo la mirada mientras está sentado a la mesa, frente a mí. Resulta extraño verlo en mi cocina, este mole de agente de paisano ocupando la silla donde normalmente se sienta Franky—. Mi marido no ha ido a Londres desde el año pasado, cuando andaba de acá para allá presentando su obra a editoriales y agentes literarios, y juró que no volvería jamás.

—¿Así que es escritor?

Asiento con la cabeza. —Va a encontrar todo tipo de cosas sospechosas en el historial de búsquedas de su ordenador, pero es solo porque escribe thrillers psicológicos.

—Me temo que las pruebas que han motivado su detención son mucho más contundentes, señora Newsome. —Otro agente aparece en el umbral, así que, al seguirme la mirada, el inspector jefe se gira en su asiento y le hace una seña para que se una a nosotros a la mesa—. Dentro de un momento le pediré que firme el acuse de recibo de los dispositivos que nos llevamos a comisaría, pero

mientras tanto yo haré las preguntas y mi compañero anotará sus respuestas.

—¿Preguntas sobre qué?

—Empezaremos por saber dónde estaba su marido entre las 20:00 y las 02:00, la noche del martes 22 al miércoles 23 de septiembre.

Los dos me miran expectantes, como si todo dependiera de mi respuesta.

—TE HAS PASADO toda la puñetera mañana encerrada aquí. —Eamon me mira con los ojos entornados, plantado en el umbral de mi despacho—. Dijiste que hoy pasaríamos un rato juntos. Dijiste que...

—Pero ya ves cómo ha estallado todo en redes. —Dejo el móvil sobre el escritorio, conteniendo la irritación que me provoca su interrupción repentina. Sabe que, cuando cierro bien la puerta, es para que me dejen en paz, porque suele significar que estoy peleándome con la trama y no se me puede molestar—. El grupo de WhatsApp que tengo con las otras cuatro mujeres se ha desmadrado por completo.

—¿Con *qué*, exactamente? —Da un paso más hacia dentro y deja que la puerta se cierre. Ojalá me dejara en paz mientras estoy absorta en la investigación y se buscara algo que hacer por su cuenta; sabe lo importante que es todo esto para mí, mucho más importante que atender a un marido cabreado.

—Ya te lo he dicho: han detenido a alguien. —Levanto los brazos—. Escucha, Eamon, dame solo una hora más y luego estoy contigo, te lo prometo.

—Sí, sí, esta cantinela ya me la sé. ¿Qué tengo que hacer para conseguir tu preciada atención últimamente? ¿Pedir cita? —Hago una mueca, y esta vez es él quien levanta los brazos mientras se

vuelve hacia la puerta—. Vale, ya sé cuándo sobro, y nuestros hijos también. Esta mañana parecía que estabas deseando que salieran de casa.

Alguien debería decirle lo feo que se pone cuando frunce el ceño. Pero ese alguien no seré yo. Cuando se va, suelto un suspiro de alivio al quedarme sola otra vez y vuelvo a coger el móvil.

Desde que lo he dejado, los mensajes han cogido carrerilla otra vez.

Uno de sus vecinos ha revelado el nombre del hombre en TikTok. Se llama Franky Newsome.

¡Espera! ¿Vive en Otley?

Otley es donde vivía Chloe también. Madre mía, esto podría ser importante. Entonces caigo en algo. *¿Franky Newsome?* Ese nombre me suena, seguro. Minimizo la pantalla del chat y meto el nombre en Google. Si estoy atando bien los cabos, seguramente sea el autor que Chloe nunca llegó a nombrar explícitamente, el que le mandaba mensajes.

Franky Newsome es un autor de thrillers psicológicos afincado en el norte de Inglaterra. Ahora, mientras escribe su tercer libro, se enorgullece de crear historias trepidantes que no podrás soltar. Si te encantan los libros de Leanne Delaney, también te encantarán los suyos.

Me desconcierta la cantidad de autores de mi género que vinculan su obra a la mía desde que se anunció mi contrato cinematográfico. Quizá debería sentirme halagada, pero la verdad es que preferiría que, al promocionar sus libros, se dieran bombo ellos mismos y no a mí. Muchas veces siento que da unas expectativas imposibles de cumplir.

¿Por qué le estoy dando vueltas siquiera?

Franky Newsome. Franky Newsome.

¡Claro! También estuvo en contacto conmigo. Fue el año pasado, cuando recibí una sarta de mensajes con muchos humos, dándome la lata para que mencionara su primera novela en mi grupo de Facebook. Cuando le respondí que a mis lectores solo podía

recomendarles libros que yo misma hubiera leído, empezó a exigirme que le comprara los libros. «*No es que no puedas permitírtelos*», añadió. No me podía creer tanto morro.

«*Solo escribo lecturas trepidantes; un libro no te llevará mucho*», me aseguró cuando le comenté que mi problema era la falta de tiempo, no el dinero.

También intenté dejarle claro que no leo a otros autores porque me lo pidan, sino que, como cualquier lector, cojo los libros que me apetece coger y recomiendo lo que quiero recomendar, cuando quiero recomendarlo.

Entonces se puso borde y me echó en cara que hiciera menciones de otros autores pero no de él. Un par de mensajes después, acabé bloqueándolo, y luego me pasé el resto del día machacándome por ello. No solo había malgastado un montón de energía en la conversación, sino que además había dejado que se me metiera bajo la piel.

Y es el mismo Franky Newsome al que Chloe acabó bloqueando por razones parecidas. Pero acabo de atar cabos ahora mismo. Ay. Dios. Mío. Vuelvo a WhatsApp, donde Jade ha escrito el siguiente mensaje.

Trabajo en una cooperativa de crédito y hace poco le denegué un préstamo a ese hombre. Mis jefes seguramente me dirían que no debería contaros esto, pero joder, estuve casi una hora en la misma sala que él y nunca he conocido a nadie con tantos aires de grandeza. Me daba grima.

Así son todos los psicópatas y los sociópatas.

Joder. Yo no lo conozco, por suerte, pero eso no quiere decir que él no haya querido conocerme a mí.

Así que Jade lo ha conocido en su trabajo, y parece que Antonia también ha tenido tratos con él. Está añadiendo algo más a su mensaje.

Hice match con él en una app de citas. Pensé que era majo hasta que me di cuenta de que no. Ya sabéis cómo son los hombres: muchos son expertos en esconderse detrás de una máscara. Pero por suerte la foto de la polla que me mandó me dejó claro qué clase de hombre es. ¿Os imagináis si hubiera quedado con él antes de darme cuenta?

¡Puaj! Los hombres que hacen eso me dan asco.

Lo hacen muchísimos; parece que se creen que queremos vérsela.

Me hacía todo tipo de propuestas obscenas, y luego tuvo el morro de decir que yo le había dado pie.

Apuesto a que es él, ¿sabéis? ¡El mismo! Todos esos mensajes... ¡tiene que ser él!

Igual que Jade, lo conozco por mi trabajo; de hecho, he recibido unos correos bastante desagradables suyos esta última semana.

¿Qué decían?

Hace poco le denegué la solicitud de hipoteca. Sé lo decepcionante que puede ser eso, pero se ha vuelto aún más venenoso desde que recibió la decisión por escrito. Seguramente no debería decir nada de esto. Me estoy saltando por completo la confidencialidad, pero estoy segura de que tiene que ser él quien ha estado dejando todas esas reseñas asquerosas en Trustpilot.

Los hombres como él no se merecen confidencialidad. Personalmente, me alegro de que lo hayan grabado y hayan difundido su nombre en redes; se lo merece después de lo que nos ha hecho.

Y a Chloe.

Me alegro de que Kaylene haya reconducido la conversación hacia Chloe. Al fin y al cabo, ayudar a la policía a acercarse a quien la mató es lo que nos ha unido a las cinco y lo que nos mueve.

Pero, además, están los mensajes que han estado recibiendo todas, las notas que les ha dejado en sus casas después de forzar la entrada.

La verdad es que no creo que sea Franky Newsome.
Creo que la policía se ha equivocado de persona.

????????????????

Aparecen los tres puntitos en una burbuja mientras todas esperamos a que Kaylene se explique.

Por fin, su mensaje aparece en la pantalla.

Salí con él cuando éramos jóvenes. Era muy dependiente, lo reconozco. No llevó bien nuestra ruptura y me estuvo siguiendo durante un tiempo después, pero ¿amenazas, allanamientos y asesinato? Nada de eso es propio de él.

¿Cómo puedes decir eso? ¿Cuántos años hace que lo viste por última vez?

Cuando teníamos dieciocho o diecinueve años, pero conozco el tono de sus mensajes. De verdad, él no escribiría mensajes como los que hemos estado recibiendo todas.

Tengo que decir que estoy con Brenna en esto. Por los mensajes que recibí de él hace poco en esa app de citas, no hay una sola fibra de mi ser que piense que la policía pueda haberse equivocado de hombre.

Vamos a tener que esperar a ver si presentan cargos. Si lo hacen, no volverá a ver la luz del día. Lo meterán en prisión preventiva directamente.

No me gustaría estar en su lugar. Lo van a hacer picadillo en la cárcel.

Creo que tenemos que ponernos en contacto con la policía. Tenemos que decirles que todas tenemos una conexión personal con él. Podría ser la diferencia entre que le presenten cargos o lo dejen en libertad.

Voy a subir a Yorkshire. Creo que deberíamos quedar todas e ir juntas a la comisaría. Hay que hacerlo lo antes posible, mientras siga detenido; creo que lo máximo que pueden retenerlo son veinticuatro horas.

Ya he abierto la app de Trainline en el ordenador. Si meto rápido cuatro cosas en una bolsa, puedo coger el tren de las 12:35. Eamon se va a poner como una fiera, no solo porque me vaya, sino porque lo deje a él con los niños.

Pues mala suerte. Sammy y Kyla son tan hijos suyos como míos, y lo más probable es que solo esté fuera un día o dos. Puedo acercarme a ver a la madre de Chloe mientras esté por allí, y me da igual lo que piense el hermano de Chloe.

Si salgo ahora, puedo estar con vosotras a última hora de la tarde. ¿Quedamos todas en la estación de Leeds y vamos juntas a la comisaría?

Por mí, perfecto. Yo vivo en el centro de Leeds. ¿Creéis que deberíamos avisar a la policía de que vamos?

Yo creo que sí. Seguramente sí.

Estoy embarazada de siete meses y medio. No creo que a mi media naranja le haga mucha gracia que conduzca sola desde York.

¿Crees que podrías convencerlo para que te lleve él?

Sigo pensando que no es Franky, como ya he dicho. Era muchas cosas, pero no sé si estamos haciendo lo correcto.

Yo creo que tenemos la obligación de hablar con la policía y asegurarnos de que sepan qué relación tenía cada una con él. No puede ser una simple casualidad. Aunque nos estemos equivocando, creo que es lo que hay que hacer.

Estoy de acuerdo.

Cuatro contra una, entonces. Y mientras cierro la app, calculo mentalmente cuánto tiempo tengo para meter cuatro cosas en una bolsa, a la vez que pienso cómo voy a aplacar a mi marido; casi tiemblo de la emoción.

Estamos a punto de ayudar a empapelar a Franky Newsome, y ojalá sea cuanto antes.

—¿YA ha vuelto papá?

Niego con la cabeza mientras Olive se mete en el asiento del copiloto, a mi lado, y Mia trepa al de atrás. Normalmente, las dos estarían peleándose por quién se sienta delante cuando las recojo a la salida del colegio de Mia, pero hoy nada de eso.

—¿Por qué no ha vuelto? —Noto la mirada de mi hija clavada en un lado de la cabeza. Pero estoy ocupada intentando ignorar todos esos ojos que me evalúan desde la fila de madres apostadas junto a la valla del colegio. Ya no me juzgan solo por no ser como ellas; ahora también dictan sentencia sobre el jugoso cotilleo que estará en boca de todas.

Gracias al vídeo que han colgado esta mañana, todo el mundo sabe que Franky está detenido. Y en las redes se lo están pasando en grande montándose sus teorías conspiranoicas.

¿Era un solitario de pequeño?

Seguro que llevaba meses vigilándola.

¿Cómo no iban a sospechar su mujer y su familia lo que ha hecho?

Llevo todo el día pegada a las publicaciones y los comentarios. Sé que no debería, pero no he podido evitarlo, aunque haya sido como rascarme una costra una y otra vez esperando que no sangre.

Por supuesto, hoy no debería poder acceder a internet en absoluto después del registro de esta mañana. Pero he podido, gracias al milagro de que la tablet siguiera en la guantera del coche.

Me sorprende que no se hayan llevado los coches, dado lo grave del motivo por el que han detenido a Franky, pero por lo que pude leer entre líneas en las preguntas que me hicieron, la investigación parece más centrada en si cogió el tren a Londres esa noche.

Les dije sin rodeos que estaba aquí esa noche, lo que significa que no pudo estar en Londres.

—Tenía una reunión importante con un productor de audiolibros —dije—. Estaba convencido de que iba a relanzar su negocio. Y podrán confirmarlo cuando lo comprueben.

Lo que no pude decirles es a qué hora se suponía que era la reunión. Ni si podría haber acudido y aun así salir pitando hacia Londres después. El tren de alta velocidad desde Leeds tarda apenas dos horas. Pero no pensaba dárselo todo mascado; más bien dejé que lo dedujeran ellos solitos.

Pero cuando dijeron que agradecían mi colaboración y mi sinceridad, sí que me pregunté si les habría contado demasiado.

—Lo único que quiero —dije mientras por fin salían de casa— es una vida normal para mis niñas y para mí. No esta pesadilla de mierda.

La verdad es que pusieron cara de entenderlo; eso hay que reconocérselo. Pero nadie más ha sido comprensivo hoy. Solo Linda, esta mañana. El resto de los vecinos me han mirado como si tuviera dos cabezas cada vez que he entrado y salido de casa. Y en cuanto a las madres del colegio, la manera en que me han mirado todas lo dice todo.

—¡Es papá, ha vuelto! —Aparco junto a la verja del jardín justo cuando un Uber deja a Franky al borde de la carretera. Tiene un aspecto destrozado, pero, pese al calvario al que lo habrán sometido, aun así intenta sonreír a las niñas cuando bajan del coche. Mia corre a abrazarlo, algo raro en ella últimamente, sobre todo con

lo arisco que suele estar él, pero hoy no es un día normal, ni de lejos.

Le paso las llaves a Olive. —Entrad las dos, niñas, y preparaos algo de beber, que quiero unos minutos para hablar con vuestro padre.

Mi hija duda un momento, pero luego coge las llaves y echa a andar por el sendero del jardín con Mia detrás. Las dos se detienen y me miran antes de que Olive abra la puerta. Está claro que no entienden por qué hablo con Franky aquí fuera en vez de dentro de casa. Pero al final lo entenderán.

—Menudo día de mierda. —Se pasa los dedos por el flequillo—. Me han hecho fotos, me han tomado muestras, me han tomado las huellas, me han encerrado, me han interrogado...

—¿Pero no te han acusado de nada?

—No, *no* me han acusado de nada. —Me mira con aire desafiante—. Ni pueden situarme en la escena de ese crimen con la muestra que me han tomado. Al menos, eso me dijo el abogado de oficio.

—¿Por eso te han soltado?

—De momento. —Me mira con curiosidad. Seguramente nota lo que siento por la frialdad de mi voz, pero ¿qué espera?

Me apoyo en el poste de la verja. —¿Qué se supone que significa eso?

—Están esperando a que los técnicos saquen la información de mi móvil y mi ordenador. —Mira al suelo y baja la voz—. Y no estoy orgulloso de lo que van a encontrar.

Me cruzo de brazos. Sabe que he conseguido entrar en su ordenador. —Yo tampoco estaría orgullosa en tu lugar.

—Pero nada de eso tiene que ver con *asesinar* a una mujer. —Alza los ojos hasta encontrar los míos—. Sabes que yo no lo hice, ¿verdad, Tara?

Le sostengo la mirada y dejo que hable mi silencio.

—Tara. ¡Por favor! —Da un paso hacia mí.

Retrocedo. —Creo que deberías quedarte en otro sitio por ahora. —Desvío la mirada hacia la casa, donde nuestras hijas nos observan desde la ventana del salón—. No puedo tenerte cerca de las niñas.

—Pero la policía me ha soltado. Ni siquiera me han acusado. Me han dicho que puedo marcharme, mientras continúa la investigación.

—Mira, Franky, todos estamos aguantando que nos señalen con el dedo por tu culpa. Hasta que todo esto pase, si es que llega a pasar...

—No puedes hacerme esto —ruge—. ¿Dónde cojones se supone que voy a dormir?

Al levantar la vista, veo a Linda de pie en su porche, fingiendo que riega las plantas, por no hablar del chaval de los Smith detrás de la cortina de una ventana de arriba, enfocando otra vez nuestra casa con el móvil.

Si dejo que Franky vuelva a entrar, esta clase de morbo será solo la punta del iceberg. La gente dará por hecho que estoy apoyando a un asesino. *Culpable hasta que se demuestre lo contrario*, así funciona hoy en día. Y las cosas ya están bastante mal como para encima permitir que Franky nos arrastre a todos con él.

Y si no lo dejo entrar, quizá despertemos algo de compasión. A lo mejor el casero nos da más tiempo antes de que tengamos que marcharnos. Puede que, como madre soltera, hasta consiga más ayudas.

Lo único que tengo claro es que no puedo salir peor parada que si lo dejara volver a entrar.

IGUAL QUE HABRÍA HECHO CHLOE, sonrío a la cámara antes de publicar una foto. La sonrisa es forzada, pero la pongo igualmente.

Rumbo a Yorkshire.

Hace siglos que no paso tiempo en el norte, y ojalá fuera en circunstancias más agradables. Pasear por los Dales, visitar la histórica York o mojarme los pies en el mar en la costa de Yorkshire.

Cuando Chloe y yo nos escribíamos a principios de este año, me dijo que le encantaría organizarme un encuentro con lectores en su ciudad natal.

Se me encoge el estómago.

Ahora ya nunca podrá hacerlo realidad. Es tan injusto. Tenía tanto por lo que vivir. Tantos planes.

Y acaban de soltar a Franky Newsome.

De verdad que no entiendo por qué lo han soltado. Sue, la madre de Chloe, no contesta a mis mensajes ni a mis llamadas, así que no puedo preguntarle qué explicación le ha dado la policía. Seguro que algo le habrán dicho, pero me imagino que está demasiado hundida para hablar.

Al fin y al cabo, el asesino de su hija anda suelto. Solo se me ocurre que no tenían pruebas suficientes para sostener la acusación.

En cuanto hablemos con la policía, en cuanto expliquemos la conexión que cada mujer de nuestro pequeño grupo tiene con Franky, seguro que entonces habrá pruebas de sobra. Cuando lo vuelvan a detener, lo dejarán en prisión preventiva sin fianza. Y como yo estaré por la zona, podré estar en los bancos del público cuando por fin se lo lleven al lugar al que pertenece.

El funeral de Chloe se ha fijado para principios de la semana que viene, así que pienso quedarme hasta entonces. Mi suegra se ha ofrecido a ayudar con los niños, así que me da igual la que monte Eamon.

De ninguna manera voy a dejar a las otras cuatro mujeres, ni a las demás que aún no se hayan dado a conocer, a merced de un maníaco.

El pitido de un mensaje interrumpe mis pensamientos.

Lo único que te importa son tu estúpida carrera y una bookfluencer muerta cualquiera. Si te soy sincero, estoy harto de oír su nombre. También estoy harto de que los niños y yo siempre seamos lo último en tu vida. Como no dejes esto en paz, como no estés mañana de vuelta donde deberías estar, cambio las cerraduras.

Vaya, no me puedo creer que me esté dando un ultimátum. No hay duda de que las cosas entre Eamon y yo se han deteriorado en los últimos meses, pero desde que apareció el cuerpo de Chloe, nuestro matrimonio pende de un hilo.

Pero de ahí a que me amenace... no, eso no lo pienso consentir.

Mi «estúpida carrera» es la que paga tu tren de vida y la que te da la libertad de no tener que trabajar. Y creo que te conviene recordar que la casa la pagué yo; así que cambiar las cerraduras te va a meter en un buen lío. A mí no me asustas, Eamon, pero mi abogado sí te va a asustar a ti si pretendes seguir por ese camino.

No tengo abogado. Ni tampoco firmamos capitulaciones matrimoniales cuando nos casamos, porque por aquel entonces no

había alcanzado el éxito que tengo ahora. Así que quizá sea yo la que debería estar asustada.

Inténtalo, Leanne. No dices más que gilipolleces.

Tengo dos palabras para ti, y no son «Bon Voyage».

Sé que muchas veces se ha sentido amenazado y humillado por cómo ha despegado mi carrera de escritora, pero ya no estoy segura ni de que me importe. Lo único que sé es que, desde luego, no es el hombre que yo creía que era.

La noche de mi estreno, pensé que habíamos pasado página. Volvió a ser el de antes mientras estábamos sentados frente a la gran pantalla, e incluso me echó una mano con Chloe mientras yo andaba ocupada con las fotos y hablando con la gente. Pero ahora me doy cuenta de que solo se dejó llevar por la euforia de la noche.

Un mensaje de Instagram se desliza por mi pantalla. Probablemente sea la respuesta de alguien que ha visto mi publicación sobre mi viaje a Yorkshire. Puede que sea algún lector mío que quiera quedar para tomar un té. Con suerte, tendré ocasión de hacer algo así mientras esté fuera de casa.

Pero es justo lo contrario de un mensaje agradable y amable.

No sé qué crees que intentas demostrar. No metas tus asquerosas narices donde no te llaman, o acabarás igual que ella.

Se me acelera el pulso al leer el mensaje de @tempuser01. Eamon no es el único que lanza amenazas. Pero esto es otra cosa. Una amenaza de muerte. Se acabó publicar en internet dónde estoy; tengo que hacer lo que sea para mantenerme a salvo.

El perfil desde el que lo han enviado me recuerda al que Brenna acabó teniendo que abrir cuando se vio obligada a borrar su cuenta principal. No tiene foto ni seguidores, y la cuenta no sigue a nadie. No tiene sentido responder, pero desde luego es algo que puedo enseñarle a la policía cuando lleguemos.

Pero si la policía sigue como hasta ahora, incapaz de acusar al único hombre contra el que tiene alguna prueba, entonces quizá tengamos que tomar cartas en el asunto nosotras mismas.

Puede que sea porque soy novelista, pero una especie de plan lleva cociéndose en mi cabeza desde que subí al tren allá en los Cotswolds. Surgió de la nada, pero ahora que ha empezado a tomar forma, cobra vida propia.

Como suelo decir, las ideas vienen a buscarnos, y nuestro trabajo es hacer algo con ellas antes de que se vayan a buscar a otra persona que *sí* lo haga.

Así que, igual que hago con mis libros, me permito trazar el quién, el qué, el cómo, el cuándo y el dónde de la idea que ha venido a buscarme.

Ya he elegido el quién, si consigo que las demás estén de acuerdo. El qué y el cómo todavía están cociéndose; el cuándo lo decidiremos entre todas, y ya me he tomado la libertad de investigar el dónde.

Franky Newsome no va a saber ni de dónde le viene el golpe.

A menos que la policía haga bien su trabajo. Y entonces nunca hará falta llegar a lo que tengo en mente.

ME VIBRA todo el cuerpo de energía nerviosa mientras bajo del tren, arrastro la maleta de ruedas, me pongo las gafas de sol y me calo la gorra de béisbol para que no me reconozcan. Eamon me ha escrito otras dos veces durante el trayecto, pero lo dejo cocerse en su propia salsa. Estoy harta de que intente controlarme; y, solo porque él no tenga ningún propósito en su vida, ¿por qué iba yo a dejar que destrozase el mío?

He recibido otros dos mensajes.

Tienes que dar media vuelta y volver arrastrándote bajo la piedra de la que saliste.

Y,

¿También quieres descubrir lo que se siente al morir ahogada en tu propio vómito?

Intento que todo esto no me afecte, pero es imposible. Ahora sé cómo se sintió Chloe aquel día.

Mientras cruzo a grandes zancadas la pasarela que atraviesa la estación, no dejo de levantar la vista para escrutar las caras de los desconocidos tras mis gafas de sol. ¿Podría ser alguno de ellos quien me manda los mensajes?

Me arrepiento amargamente de haber publicado mi estado y mi destino en Instagram. Aunque solo mencioné Yorkshire y no una ciudad concreta, cualquiera que conozca la zona sospecharía que me bajaba en Leeds, la estación principal de muchos trayectos de tren hacia el norte.

Miro hacia atrás y aprieto el paso. Solo quiero salir de esta pasarela. Está por lo menos a la altura de un tercer piso sobre el andén, y un buen empujón por encima de la barandilla probablemente acabaría con cualquiera. Quien se lo llevara acabaría electrocutado o muerto por el impacto de un tren entrando o saliendo.

Al llegar a las escaleras del otro extremo, intento reírme de mí misma. O me río, o me pongo a llorar. Normalmente estaría tomando nota de estas situaciones que llamo posibles escenas de muerte, porque las veo constantemente. Balcones, acantilados, huecos de escalera; ningún lugar en apariencia inocuo escapa jamás a mi mente de escritora.

Eamon se burlaba de mí cuando empecé a escribir profesionalmente, pero ahora solo me suelta con desprecio que estoy más casada con mi trabajo que con él cada vez que saco un cuaderno o grabo una nueva nota de voz en el móvil.

Bajo las escaleras a toda prisa, acercándome a cada segundo que pasa a mi supuesta seguridad, a las cuatro mujeres que ya deberían estar esperándome.

Y en cuanto paso el billete por las barreras, veo enseguida a Kaylene, que parece aún más grande que en la videollamada de Zoom. Después distingo a las demás a su lado y suelto un suspiro de alivio.

—No hay duda de quién eres —digo riendo, señalando el enorme barrigón que tensa un peto del tamaño de una tienda de campaña—. ¿Te ha traído tu marido en coche? —Echo un vistazo alrededor por si hay algún hombre rondando cerca de nosotras.

Ella niega con la cabeza. —Al final he cogido un tren desde York. No le hará ninguna gracia, pero estoy con vosotras, así que ahora que estoy aquí me siento segura.

—Sé exactamente a qué te refieres —digo.

—Pero desde luego me habría traído si se lo hubiera pedido —continúa—, y le habría encantado conoceros a todas si le hubiera dado la oportunidad.

Las miro una por una. —En el tren venía pensando en la pena que es que no nos conozcamos en otras circunstancias, pero es lo que hay.

El final de mi frase queda ahogado por un anuncio de fondo por megafonía. A nuestro alrededor, la gente se abre paso a empujones para entrar y salir por las barreras, va y viene, pero nadie con nuestra misma sensación de urgencia. Nadie más va a reunirse para unir fuerzas a raíz de un asesinato.

—Soy Brenna —dice la que parece la mayor de las cinco, dando un paso al frente para tenderme la mano—. Ya nos hemos presentado todas mientras esperábamos.

—Fue Kaylene quien nos reunió aquí —dice otra mujer, extendiendo el brazo—. Como has dicho, es difícil no verla. Soy Jade.

—Claro, te reconozco por tus fotos.

—Y yo soy Antonia —dice la última mujer con una sonrisa—. He reunido todo el material que he podido. Todos los mensajes, quiero decir. Solo quiero pillarlo.

—Todas queremos. —Le devuelvo la sonrisa. Antonia es a quien más me interesa mantener de mi lado. Si las cosas no salen según lo previsto con la policía, es ella quien espero que lleve a cabo lo que tramé en el tren. Pero por ahora me guardaré para mí lo que se está cociendo en mi cabeza.

—Fuera, en la parte trasera de la estación, hay unos cuantos de esos taxis que llamamos blancos y negros —dice Brenna—. Algunos son del tamaño de un taxi negro, lo bastante grandes para que quepamos todas.

—Desde luego, yo voy a necesitar un taxi extragrande. —Kaylene se ríe—. Pero ahora en serio, sigo pensando que nos estamos equivocando de persona.

—Ya veremos. —Antonia resopla, y por su cara noto que discrepa profundamente de Kaylene.

—Si acaso, que nos presentemos podría ayudar a descartar a Franky Newsome de la investigación —continúa Kaylene—. Porque sinceramente creo que deberían estar buscando a otra persona.

Mientras echamos a andar por el vestíbulo, dejando atrás las tiendas, las cafeterías y los músicos callejeros, el móvil me pita con otro mensaje.

No me puedo creer que me estés ignorando.

—ASÍ QUE TIENES que reconocer que no puede ser una simple coincidencia. —Cojo la taza que me tiende Sue mientras me apoyo en la encimera de su cocina. No sé si me reconforta o me inquieta estar en la casa luminosa donde creció Chloe, con Ruby, su perra, correteando por el suelo.

Lo único que sé es que su madre parece agotadísima y que quiero hacer algo, lo que sea, para ayudar a aliviar su sufrimiento. No puedo devolverle a su adorada hija, pero espero que haber reunido anoche a Jade, Brenna, Kaylene y Antonia en la comisaría le traiga pronto algo de justicia.

—Esperemos que esta vez sirva de algo. —Sue se sienta a la mesa y señala la silla de enfrente.

—Es una foto preciosa. —Señalo un retrato enmarcado de Chloe sobre el alféizar, otro doloroso recordatorio de lo que le he costado a esta familia. Fui yo quien la invitó a Londres, yo quien no la presionó lo suficiente para averiguar qué le pasaba la última noche de su vida; yo quien luego la dejó sola y vulnerable.

—Se la hicieron el año pasado, nada más. —A Sue se le llenan los ojos de lágrimas, unas lágrimas que, está claro, ya nunca andarán muy lejos. Le di muchas vueltas antes de venir esta mañana, pero, al final, nada podía impedírmelo. Sentía que

necesitaba ver a la madre de Chloe, aunque solo fuera para reforzar mi determinación ante lo que pudiera venir después—. Su padre está destrozado; Chloe era la luz de sus ojos.

Alargo la mano por encima de la mesa y le rozo la suya un instante.

Levanta la mirada hasta encontrarse con la mía. —Entonces, ¿qué te dijo la policía anoche?

—Siguen esperando a los de su departamento técnico. —Hago una mueca. No entiendo por qué tardan tanto con estas cosas—. Para sacar todo lo que haya en los dispositivos que se llevaron de la casa. Si de verdad *fue* él quien está detrás de todos esos mensajes, como sospechamos, todo va a salir a la luz.

—La verdad es que esta mañana he hablado con el inspector jefe —dice Sue—. Necesitaba oírlo de su propia boca: por qué lo soltaron con tanta facilidad.

—¿Y qué te dijo?

—Primero, que el ADN de Franky no coincide con ninguna de las trazas que encontraron en la habitación del hotel de Chloe, pero, como me dijo el inspector jefe, eso también podría significar que se esmeró en no dejar nada que lo incriminara. La habitación estaba limpia a fondo. —Le tiembla la voz—. Pero se está poniendo en evidencia al no entregar las contraseñas de sus dispositivos; ahora los del departamento técnico tienen que reventarlos para entrar.

—Ese *sin duda* es un hombre con algo que esconder. —Doy un sorbo al té. Estoy convencida de que no tendré que apretar el gatillo del plan que he urdido y me lo juego todo a que ese departamento técnico dé en el clavo. Está todo más o menos listo; solo tendría que convencer a las mujeres y reservar el sitio. Pero tengo dinero para pagar de más si hace falta, así que seguro que eso no será problema.

—Estás en las nubes —exclama Sue.

—Perdona, es que estoy cansada. Anoche me pasé horas despierta, dándole vueltas a todo.

—Has sido una amiga maravillosa para mi hija —dice Sue—. En vida y...

—¿Hay alguien ahí fuera, junto a la puerta? —Me distrae no solo el gruñido bajo de Ruby, sino también una sombra que se recorta en el cristal esmerilado de la puerta trasera. Sue sigue mi mirada, tan preocupada como yo.

Las dos damos un respingo, y Ruby suelta un ladrido agudo cuando la puerta golpea contra el armario.

—¿Qué hace esta aquí? —Matt está plantado en el umbral, con las aletas de la nariz dilatadas mientras me fulmina con la mirada.

—Venga ya, no te pongas así. —Me levanto de la silla—. Solo he venido a ayudar.

Tuerce el labio superior. —Si no fuera por ti...

—¡Matthew! —le chilla Sue—. Para ya de una puta vez.

—SIENTO LO DE ANTES —dice Sue. Suena a punto de llorar cuando descuelgo. Es la primera vez que me llama. Desde que murió Chloe, casi siempre hemos mantenido el contacto solo por mensajes—. Matt ha estado sometido a muchísima presión últimamente. No solo está de duelo por su hermana, sino que ya de antes tenía algunos problemas con su negocio. Lo está pagando con todo el mundo... y a ti te ha pillado en la línea de fuego.

—No pasa nada.

Pero en realidad sí pasa. Estoy harta de acabar en la línea de fuego de todo el mundo, pero Sue ya tiene bastante como para que encima yo le diga lo que pienso de su hijo. Me gustaría decirle que quien debería disculparse es él, no ella, pero sospecho que sería gastar saliva.

—Por eso les dimos el dinero para que se fueran a Londres por su aniversario —continúa—. A Elsie también se le está haciendo difícil vivir con él y ahora, bueno, con todo esto, me da miedo que ni siquiera sigan juntos. Me da miedo perder a mis nietos además de a mi hija.

—Estoy segura de que eso no pasará jamás —le digo, y se me parte el alma por esta mujer—. Pero, por ahora, lo único que tienes que hacer es concentrarte en superar el lunes, en darle a Chloe la

despedida que se merece. —Entonces se me ocurre algo—. Matt no va a tener ningún problema conmigo en el funeral, ¿verdad?

La perspectiva de que no sepa comportarse me llena de pavor. Sí, tengo la piel curtida, pero estoy empezando a llegar al límite de lo que puedo aguantar, no solo por cómo me está tratando Eamon, sino también por los mensajes amenazantes que ahora me llegan sin parar. Se los he reenviado al resto del grupo y al inspector jefe que lleva el caso, pero de momento ni siquiera se ha dignado a contestar.

Y tengo náuseas constantemente. He perdido por completo el apetito y parece que vivo a base de un cóctel de café, adrenalina y vino blanco con gaseosa. Si yo estoy así de hecha polvo, solo Dios sabe cómo deben de estar sufriendo los padres de Chloe.

—Si Matthew tiene algún problema contigo, tendrá que vérselas conmigo y con su padre —responde—. Por no hablar de Elsie.

—Mira, Sue, lo siento, pero me está entrando otra llamada. Será mejor que la coja.

Con todo lo que está pasando, no puedo permitirme perder una llamada de un *número oculto*. Podría tener que ver con los niños. Si no la cojo, y quien llama no deja mensaje, me estará rondando la cabeza el resto del día.

—Le habla el inspector jefe Stephens, de la Policía de West Yorkshire —anuncia una voz casi monótona—. ¿Hablo con Leanne Delaney?

—Sí, soy yo.

Por favor, dígame que han vuelto a detener a Franky Newsome o que están de camino para detenerlo otra vez.

—La llamo porque anoche, después de nuestra conversación, se acordó que usted sería el punto de contacto designado.

—Así es.

—Bien, evidentemente, al tratarse de una investigación en curso —continúa—, no puedo entrar en detalles, pero lo que sí puedo decirle es que nos están empezando a llegar los resultados de nuestro departamento técnico.

—¿Y bien?

—Estamos cotejando los mensajes de los dispositivos con las direcciones IP que nos ha facilitado Instagram y con las escasas imágenes de las cámaras de seguridad que hemos conseguido obtener, pero de momento los resultados no son concluyentes.

—¿Y eso qué se supone que significa?

Si sueno cortante, me da igual. Esta gente no está haciendo su trabajo. A estas alturas, Franky Newsome debería estar bien encerrado bajo llave.

—Ahora mismo estamos investigando dos marcas temporales asociadas a direcciones IP que sitúan al señor Newsome en los momentos exactos en que se enviaron dos mensajes clave. Pero puede que lo que demuestran no baste para sostener los cargos.

—¿Por qué no?

—Es todo cuanto puedo decir por ahora, pero le aseguro que estamos comprobando una y otra vez todo lo que va llegando, y seguiremos haciéndolo.

—¿Y entonces por qué no le presentan cargos?

—Si no obtenemos pruebas que la Fiscalía de la Corona considere prácticamente irrefutables, no nos lo autorizarán.

—O sea que podría irse de rositas, ¿es eso lo que me está diciendo?

—La investigación sigue en curso, señora Delaney, se lo aseguro. Sin embargo, nuestro equipo está sometido a una presión tremenda...

Le doy al botón de colgar y le corto en seco. Franky Newsome es más culpable que el pecado, así que no quiero oír las patéticas excusas del inspector jefe. Ni tampoco quiero oír que están tirando la toalla con Chloe. Yo jamás la tiraré; *nosotras* jamás la tiraremos.

Así que ha llegado el momento de hacer nosotras el trabajo de la policía.

AL ECHAR LA VISTA ATRÁS, aquella noche fue la más siniestra de mi vida. Nunca había estado tan cerca de un cadáver, ni durante tanto tiempo. Y saber que estaba muerta por mi culpa resultaba extrañamente emocionante, en un sentido retorcido.

Una vez que le tapé aquellos ojos fijos con la sábana y superé la conmoción de lo que había sido capaz de hacer, pude ponerme a sacarle todo el partido posible a lo que me rodeaba, aunque solo fuera por unas horas.

Lo primero de la lista era, cómo no, ducharme. Luego examinarme en busca de cualquier marca o arañazo de cuando ella se debatía en sus estertores.

No esperaba tener que responder a ninguna pregunta por la mañana, pero había que contemplar todas las posibilidades. Quería eliminar cualquier rastro. Su perfume seguía saturándome las fosas nasales, y en ese momento me inquietó pensar que quizá lo hiciera para siempre.

Dejé que el calor de la habitación me secara, en lugar de arriesgarme a contaminar una de aquellas toallas blancas e impolutas con partículas de mi piel. Solo entonces, y no antes, pude permitirme disfrutar de las delicias del minibar. Al fin y al cabo, me lo había ganado.

Sin ese cóctel de brandy, vodka y whisky, seguramente nunca habría conseguido dormir unas horas en el cómodo sofá. Bueno, no podía usar la cama con ella acaparándola, ¿no? Ni siquiera ocupaba un lado; estaba tumbada justo en el centro. Qué poca consideración.

Me desperté de golpe justo al amanecer, y menos mal. Necesitaba limpiar, y me refiero a limpiar de verdad. Llené el lavabo con champú y agua y, con un paño, froté todas las superficies duras, para asegurarme de que no quedara ni una huella para los de la científica cuando llegaran, porque acabarían llegando.

Le destapé la cara y aparté la mirada de aquellos ojos vidriosos y de la boca cubierta de vómito reseco. No era una imagen que quisiera llevar grabada en la mente.

Mi última tarea fue examinar el sofá en busca de cualquier resto de ADN que pudiera haber dejado, pero había dormido sobre la sábana, que luego hice un bulto y metí en la mochila, así que tenía la certeza de que no encontrarían nada.

En resumen, dejé el lugar aún más limpio de lo que lo había encontrado, y me marché exactamente igual que había llegado. Volví a salir por el patio y desaparecí entre los árboles en penumbra. No había ni un alma alrededor, y era como si nunca hubiera pisado el hotel.

Tenía que volver adonde debía estar, y tenía que hacerlo antes de que la persona con la que se suponía que compartía cama empezara a preguntarse dónde me había metido.

—¿CÓMO puedes estar tan segura de que esto va a funcionar? — Antonia me mira desde el otro lado de la piscina, con las piernas bronceadas reluciendo bajo el agua a la luz de los focos. Yo habría preferido que tuviéramos esta conversación entre las burbujas del jacuzzi, pero, dado el estado de Kaylene, queda descartado—. A lo mejor ni siquiera aparece.

—Ah, aparecerá, claro que sí, después del mensaje que le mandaste —responde Brenna—. Su ego no le permitirá otra cosa. Como tú misma dijiste, lleva semanas persiguiéndote por esa app de citas... y confirmó que venía, ¿no?

Ella asiente, con una expresión que casi es una mueca. —Más os vale no perderme de vista.

—¿Cómo conseguiste este sitio para nosotras solas? —Jade recorre con la mirada el lugar donde estamos sentadas todas, unas frente a otras. Hemos acordado que Kaylene se mantendrá al margen de lo que pase, que volverá a los vestuarios y se encerrará en una cabina cuando falten cinco minutos para la hora a la que él tiene que llegar.

Al menos acepta que intentemos conseguir una confesión grabada. O se le escapará algo mientras Antonia lo interroga, o mostrará su verdadera cara y se pondrá violento. Y, por supuesto, si

eso pasa, bueno, igual hace falta una caída desde cierta altura o un buen rato con la cabeza bajo el agua en el jacuzzi.

—El dinero siempre habla —respondo, siguiendo la mirada de Jade. El Sky Spa es realmente acogedor, incluso más de lo que parecía en la web.

La lujosa bañera de hidromasaje, con el baño de vapor, la piscina y las duchas de masaje alrededor, hace que ojalá estuviéramos aquí para celebrar un cumpleaños o una despedida de soltera. Como un grupo de amigas, quizá, disfrutando juntas de una noche de chicas con prosecco, en vez de como un grupo de mujeres desesperadas obligadas a acorralar a un asesino para arrancarle una confesión con engaños.

Como casi ha oscurecido, cuesta apreciar todo el espectáculo de las increíbles vistas de las afueras de Harrogate, pero desde luego en las fotos parecían impresionantes.

El hotel está construido sobre una ladera amplia y, incluso desde la entrada, la terraza de la azotea parece lo bastante alta como para que nadie quiera caerse de ella.

Pero por el otro lado, el terreno cae de forma tan escarpada que el murete se asoma a un precipicio de más de setenta pies sobre una zona boscosa. Solo con echarle un vistazo cuando llegamos ya me dio vértigo.

—¿Cuánto pagaste? —Jade abre mucho los ojos—. Perdona que te lo pregunte, pero me gusta saber estas cosas. Si algún día me da por darme aires de grandeza siendo una simple empleada de la cooperativa de crédito, al menos sabré lo que podría esperarme en otra vida.

—Pagué el triple de la tarifa por hora por el uso exclusivo —respondo—. Era la única manera de que lo permitieran con tan poca antelación.

—¿Cuánto tiempo lo tenemos reservado? —Kaylene estira las piernas hacia delante.

—Solo noventa minutos, pero debería bastarnos. Aunque después de la que podemos liar aquí arriba, igual no vuelven a abrir esta noche. —Vuelvo a mirar alrededor, comprobando otra vez que no haya cámaras de seguridad. Cuando lo busqué por internet, vi

que la mayoría de los spas privados solo tienen cámaras en la entrada y en las zonas de recepción, no en el spa ni en los vestuarios. Así que por ese lado no habrá problema, pase lo que pase.

La única posibilidad de que fracasemos es que, entre todas, no seamos capaces de reducir al monstruo si se pone hecho una furia. Es una pena que nos hayamos visto obligadas a llegar a esto, que tengamos que destapar la verdad nosotras mismas, algo que la policía no ha sido capaz de hacer hasta ahora.

No lo hacemos solo por Chloe; también lo hacemos las unas por las otras. El troll lleva demasiado tiempo metido en nuestras vidas... es hora de hacer desaparecer el problema antes de que pueda pasar nada más.

—Sabes exactamente lo que tienes que decir, ¿verdad? Para engañarlo y que admita que estaba en Londres esa noche.

Ella asiente. —Dejadme ensayarlo una vez más, a ver si suena bien.

—Venga, adelante.

Fuerza una sonrisa y se aclara la garganta. —Llevo queriendo ponerme en contacto contigo desde que te vi el día de mi cumpleaños —empieza—. En ese momento él lo cuestionará, porque, evidentemente, nunca nos hemos visto.

Todas asentimos mientras esperamos a que continúe.

—Ah, tú no me viste —prosigue—. Estábamos a cierta distancia, pero los dos subimos al mismo tren.

—Entonces, si últimamente ha cogido un tren, preguntará cuándo y en qué estación. —Doy una palmada.

—Bueno, la fecha no podría olvidarla de ninguna manera, porque era mi cumpleaños: el veintidós de septiembre. Iba de camino a Londres para celebrarlo con unos amigos. Estaba armándome de valor en el vagón de al lado del tuyo para ir a hablarte, pero al final me acobardé.

—Entonces él te llevará la contraria, diciendo que *deberías* haberte acercado y haber hablado con él, y entonces, zas, lo tenemos. —Brenna da una palmada al decir la palabra zas.

—Estaremos ahí mismo contigo, en cuanto le hayamos sacado lo suficiente.

—¿Sigo mencionando que he visto el vídeo de su detención? —
Antonia parece más asustada a cada minuto que pasa.

—Sí, claro. Luego di algo despectivo sobre Chloe, en plan que estás harta de verla por internet y que te alegras de que alguien la haya hecho callar.

—Dios, qué horror. No sé si voy a ser capaz siquiera de que me salgan esas palabras.

—Lo sé, pero si cree que estás de su lado, y que a lo mejor te ha impresionado, querrá regodearse. Conozco a los de su calaña.

—Yo también. —Brenna asiente.

Antonia también asiente, pero nunca he visto a nadie con menos pinta de tenerlo claro.

—Y, como comentamos —continúo—, luego tienes que sacar el tema de lo asustada que estás por los mensajes que te han estado llegando... También creo que ahí podría decir algo que lo delate, en plan que él puede hacer que paren.

—No estoy segura de que lo haga —responde ella.

—Lo importante es que tengas claro que estaremos literalmente a unos pocos pies, lo bastante cerca para oír cada palabra que diga y para acudir de inmediato.

Hago un gesto con la cabeza hacia el solárium, donde pensamos sentarnos después de que él llegue; sus puertas dobles dan al estrecho saliente de piedra de la parte trasera del spa. Está lo bastante lejos de las tumbonas a las que Antonia piensa llevar a Franky, pero lo bastante cerca para que podamos estar a su lado en cuestión de segundos.

—Y si no te da la información por las buenas, quizá me la dé a mí mientras le aprieto los huevos. —La idea me da grima, pero una vez lo tengamos aquí arriba, estoy dispuesta a hacer lo que haga falta.

—Antes tú que yo. —Jade hace una mueca—. En fin, ¿ese va a tener huevos siquiera? Será hombre, pero no es lo que yo llamaría un hombre.

—Solo espero poder hacerlo bien. —A Antonia le tiembla la voz, lo cual es del todo comprensible. Ella es el primer contacto cuando él

llegue, nuestro cebo sexual. Ninguna de las demás habría podido atraerlo hasta aquí—. Y espero no ponerme a vomitar cuando tenga que mirarlo, sobre todo después de las fotos repugnantes que envió.

—Yo ya tengo náuseas. —Kaylene mira su reloj.

—¿Sigues pensando que nos hemos equivocado de persona? ¿Aunque Antonia te haya contado lo baboso y lo repelente que ha sido?

Ella asiente. —Es baboso y repelente, sí. Cuando salía con él de adolescente, siempre hubo algo «raro» en él. —Dibuja unas comillas en el aire con los dedos—. Siempre había algo de lo que no me fiaba del todo. Pero sigo sin creer que sea capaz de matar a alguien.

—Solo nos quedan cinco minutos. —Jade señala el reloj.

—¿Qué pasa cuando llegue? —Brenna sigue su mirada—. Me refiero a cómo va a encontrar este sitio.

—Antonia le ha dicho exactamente dónde está el ascensor —respondo—. Y le ha mandado por mensaje el código de seguridad, así que ni siquiera tendrá que pasar por recepción. Debería subir directamente... es mejor así.

—Tenemos que poner el móvil a grabar *ya*. —Jade señala la maceta—. Solo espero, por Dios, que no se le ocurra mirar ahí dentro. Es una pena que no podamos enterrarlo en la tierra.

—Seguramente no captaría bien el sonido.

—Dudo que se fije en el móvil. —Kaylene sigue su mirada hasta la maceta—. Estará demasiado ocupado comiéndose a Antonia con los ojos.

—Puaj. —Hace una mueca.

—Bueno, ¿estamos todas listas? —Jade se abraza los hombros desnudos—. Creo que deberíamos ir poniéndonos en posición. ¿Creéis que se cambiará antes de salir aquí?

—Lo último que quiero imaginarme es a ese bicho raro en Speedo. —Brenna hace una mueca—. Pero no, seguro que sale aquí primero, aunque solo sea para asegurarse de que lo de Antonia va en serio y de que no es una trampa.

—No tiene ningún motivo para pensar que lo sea.

—A mí también me dan náuseas —admito—. Pero en la próxima media hora, más o menos, todo esto debería haber terminado.

MENUDO SITIO. Saludo con la cabeza al portero que me abre la puerta antes de dirigirme al mostrador de recepción, calándome bien la gorra de béisbol.

Cruzo a grandes zancadas la moqueta multicolor; las zapatillas se me hunden en el pelo tupido mientras busco alguna indicación de por dónde ir. Antonia me mandó instrucciones, pero llevo el móvil bien apagado en el bolsillo, como siempre que estoy en un sitio donde no quiero que me localicen.

Solo quiero entrar en ese spa, hacer lo que tengo que hacer y largarme. Lo único que me falta es lograr que lo que está a punto de pasarle a Antonia parezca un accidente, igual que intenté con Chloe. Después tendré vía libre para seguir eliminando a las mujeres, una a una.

Las mujeres que se me han metido bajo la piel.

Apenas puedo creer que Antonia se me haya puesto así en bandeja. Literalmente. Ha pasado de exigirme que no volviera a contactar con ella y de soltarme insultos como perversa y trastornada, a desbloquearme y hacerme una invitación a este spa de lujo. Pero descifrar su mente no es cosa mía.

Me dejó de piedra lo mucho que se disculpó por haberse echado atrás al principio con lo de nuestros mensajes, achacando su

confusión a un ex que anda rondando. Pero desde entonces, me dijo, ha tenido tiempo de replanteárselo.

Insistió en que deberíamos vernos en persona para aclarar las cosas y, como muy bien añadió: «¿Cómo vas a saber si hay química solo por una foto y unos cuantos mensajes? Hagámoslo bien». No podía estar más de acuerdo.

Resulta que un amigo de una amiga suya dirige este sitio, así que tiene el spa de la azotea reservado en exclusiva durante una hora. Y pueden pasar muchas cosas en sesenta minutos en un spa en una azotea.

Muchas cosas.

Casi me sorprende encontrarme delante del ascensor, que es exactamente donde necesito estar; pero me sorprende aún más cuando el portero que me abrió la puerta se me cruza en el camino. Lo último que necesito es que me corten el paso estando tan cerca.

—¿Busca algún sitio en concreto? —pregunta. Está claro que no tengo la pinta de sus clientes habituales. Ese pensamiento hace que la rabia me trepe por la espalda como una serpiente. Pero la rabia es buena. Es combustible para lo que se avecina.

—Vengo al spa. —Hundo aún más las manos en los bolsillos—. Tengo invitación.

Me mira raro y me pregunto qué le estará pasando por la cabeza. Abre la boca para hablar y, por un momento, su expresión me hace pensar que va a seguir dándome la lata.

Pero entonces alguien lo llama desde alguna parte: —Des, ¿podrías venir un momento?—. Él se vuelve hacia el lugar de donde ha salido esa vocecilla de pajarillo.

—El ascensor necesita un código —dice, volviéndose hacia mí un instante.

—Ya lo tengo. —Me cuesta evitar que se me cuele un tono de suficiencia en la voz.

Introduzco en el teclado los cuatro números que me han dado y el ascensor se abre.

—Muy bien, pues suba en el ascensor hasta la última planta, y la puerta del vestuario le quedará justo enfrente al salir. —Habla deprisa, como si no pudiera esperar ni un segundo más para librarse de mí y averiguar por qué lo han llamado.

Me toco la visera de la gorra en un gesto de falso agradecimiento mientras las puertas del ascensor se cierran suavemente conmigo dentro. Pero apenas se han cerrado cuando vuelven a abrirse, y me pregunto si el ascensor se habrá puesto en marcha siquiera, o si el portero habrá cambiado de idea y habrá decidido darme la lata al fin y al cabo.

Pero cuando se abren las puertas, veo que estoy en la planta correcta y justo donde debo, frente a un gran cartel que dice: «Bienvenidos a Sky Spa».

Respiro hondo y empujo la puerta que da al vestuario; una bocanada de calor y un olor empalagoso a perfume me golpean como una bofetada.

Este es el mundo de otra gente, no el mío.

Cruzo las baldosas hasta el cartel que dice: «Zona de spa, se ruega respeto hacia los demás usuarios». Tiro de la puerta y oigo la música ambiental suave y el burbujeo del jacuzzi, el lugar que tengo en el punto de mira, el lugar donde voy a acabar con ella.

Por supuesto, parecerá un simple accidente. Luego, una vez que le haya metido la cabeza bajo el agua y me haya asegurado de que el pelo se le quede atrapado en las boquillas de los chorros, ni siquiera necesitaré mantenerla bajo la superficie; la succión hará el trabajo sucio. A menos que se las apañe para arrancarse el cuero cabelludo para no ahogarse, Antonia no va a poder hacer gran cosa para seguir con vida.

—Lo siento. Tengo esta zona reservada para uso privado. —Antonia entorna los ojos en mi dirección mientras camino hacia ella, con el olor cálido de la madera mezclado con cloro llenándome las fosas nasales. No me puedo creer que por fin la tenga delante. He mirado sus fotos tantas veces y durante tanto tiempo que casi ha dejado de parecer real.

Pero no, vaya si es real: esta zorra engreída con su piel aceitunada y su cuerpo perfectamente tonificado, repantingada en una tumbona como si el sitio fuera suyo. Y como si estuviera esperando a alguien a quien quiere causar buena impresión.

—Sí, lo sé. —Con la garganta seca, trago saliva al llegar hasta ella y me quedo de pie por encima de ella, con sus largas piernas estiradas por delante.

Al principio se encoge, como si por un momento lograra intimidarla. Pero luego parece recomponerse y echa las piernas a un lado, poniéndose de pie de un salto, mientras me mira con una expresión gélida. —No, no lo entiendes. Es que estoy esperando a alguien.

—Eso también lo sé. —Me acerco a ella hasta quedar casi nariz con nariz.

Está claro que le estoy invadiendo el espacio personal, así que se aparta de mí, mirando a su alrededor, como si alguien fuera a materializarse de repente para explicar qué está pasando.

He hecho mis deberes y las únicas cámaras que hay aquí arriba dan a la salida de los ascensores y a la entrada del spa. A menos que hagan controles aleatorios, las probabilidades de que aparezca alguien más son bastante escasas.

—Estoy esperando a alguien que se llama Franky Newsome. —Su voz es una mezcla de rabia y desconcierto.

Miro de reojo el jacuzzi. Un par de pasos en esa dirección, un buen empujón y la tendré dentro. Quizá primero le estampe la cabeza contra las baldosas para asegurarme bien.

La preciosa Antonia no tiene ni idea del lío en el que se ha metido. Pero primero voy a decir lo que tengo que decir.

—Te he chafado los planes, ¿verdad?

—¿QUIÉN cojones eres tú?

—Tara Newsome. —Da igual que Antonia sepa mi nombre. Adonde va, no podrá repetir ni una palabra de lo que se ha dicho—. La mujer de Franky.

Resulta casi divertido ver cómo se le cae la venda de los ojos cuando la invade la gélida certeza de lo que podría significar mi presencia. —¿Qué quieres?

—Mi marido se cree que tiene posibilidades contigo, ¿verdad?

—Sigo sin entender qué haces aquí.

—He leído sus mensajes, por eso estoy aquí.

—Entonces habrás leído las ganas que tenía de hacer un FaceTime conmigo, ¿no? Cómo quería ver «lo que tengo». —Hace comillas en el aire.

—Vi las fotos que te mandó —digo—. ¿Por qué iba a mandar fotos así a alguien a quien no conoce de nada?

—Porque es un perverso patético. Si tan al día estás con sus mensajes, habrás visto que nada de lo que hice o dije dio pie a esas fotos.

—Para empezar, no tendrías que haberte puesto a mandarte mensajes con él —grito, y luego bajo la voz—. ¿O es que siempre vas detrás de hombres casados?

—No sabía que estaba casado. —Levanta las manos.

—Estoy hasta el coño de mujeres —mi voz se endurece— como *tú* —la señalo—, que se creen que pueden coger lo que les dé la gana de los demás. Lo tienes todo: el casoplón, el negocio de lujo, más dinero del que sabrías qué hacer con él... Pero no era suficiente, ¿verdad? Encima querías a mi marido.

—Bloqueeé a ese pirado —exclama—. Pero eso no lo detuvo, ¿verdad? No, porque le di calabazas y desde entonces no ha parado de mandarme mensajes asquerosos; hasta se metió en mi casa... —Le tiembla la voz mientras sigue mirándome como si fuera algo que acabara de pisar—. ¿Cuál es la *verdadera* razón de que estés aquí?

—No sabes lo que es vivir como vivo yo. —Le clavo el dedo hacia el pecho—. Saber que tu marido va detrás de todo lo que no puede tener. Otras mujeres, más dinero...

Antonia me mira como si estuviera apestada. —Fuiste *tú*, ¿verdad?

—¿El qué?

—Los mensajes, los allanamientos...

—Tú —la señalo— no tienes ni idea de lo que es estar a una factura de perderlo todo, todo lo que importa.

—No sabes nada de mi vida.

—No me vengas con esas. —Estoy tan cerca de ella que casi nos tocamos con la nariz—. ¿Con cuántos maridos ajenos más andas tonteando?

—¿Y en cuántas casas de otras mujeres más te has metido? —Su mirada no se aparta de la mía, pero le tiembla un poco la voz—. ¿Y a cuántas mujeres más les has estado mandando tus mensajes de troll?

—No sé de qué hablas.

—Claro que lo sabes, joder. ¿Qué has hecho, Tara?

Que use mi nombre con ese retintín me lanza la rabia por la columna a tal velocidad que me cuesta contenerla. ¿Merece siquiera la pena negar lo que he hecho?

—¿Cuándo estuviste en Londres por última vez, Tara?

—No vuelvas a decir mi nombre, ¿te ha quedado claro?

—Te he hecho una pregunta. —Levanta la barbilla.

Quizá sería divertido admitirlo. Todo.

Me encantaría borrarle esa cara de suficiencia de *soy mejor que tú*. Hasta ahora, nadie ha atado cabos. Ni siquiera Franky. Ha tenido tantas cosas encima que no ha cuestionado mi versión de que estuve en el pub esa noche y luego anduve dando vueltas horas y horas porque tenía la cabeza hecha polvo.

A la mañana siguiente ya estaba en el primer tren de Londres a Leeds, y llegué a casa antes incluso de que las niñas hubieran salido para el colegio. Olive preguntó por qué seguía con la misma ropa del día anterior, pero nada más.

Ninguna sospecha. Ninguna consecuencia.

—¿Y qué me dices de Chloe Taylor? —Antonia sigue mirándome fijamente.

—Otra zorra que iba por la vida presumiendo de lo perfecta que la tenía, ayudando a *todo el mundo* menos a mi marido cuando él le pidió un favor. Por su culpa, mis hijas están a punto de quedarse sin hogar.

—¿Entonces *fuiste* tú? —La incredulidad se dibuja en la cara de Antonia. Seguramente no me cree capaz de quitarle la vida a nadie, pero está a punto de descubrir de qué soy capaz. Sabía lo que quería hacer mientras merodeaba delante de la casa de Chloe; sabía que lo más probable era que pasara mientras la observaba aquella noche, cuando caminaba del metro a Piccadilly.

—¿Y si fui yo, qué?

Esto es exactamente lo que quería presenciar. Su mohín de niña consentida transformándose en una O de estupor.

Y me importa un carajo que sepa la verdad. Al fin y al cabo, no va a salir de aquí para repetir nada de lo que diga. Es más, hasta resulta casi un alivio haberlo dicho en voz alta, haber soltado el oscuro secreto que llevo dentro desde hace casi dos semanas.

No podría haber hecho más para cargarle el muerto a Franky; claro que mi mayor riesgo era que las cámaras de seguridad me pillaran viajando en tren, por eso pagué el billete de vuelta en efectivo en la estación.

Entonces una mujer sale de detrás de una columna.

La reconozco, pero por un segundo no consigo ubicar de qué. Se oye un portazo y aparecen dos mujeres más.

Mi mirada salta de una a otra mientras intento descifrar quiénes son, esperando a que se presenten. Ya he dicho demasiado, lo sé. Tendría que haber mantenido la boca cerrada y haber ido a lo que venía. Entonces caigo en la cuenta.

Una de esas mujeres nos denegó un préstamo. Sí, es ella, la de aquellas uñas tan largas con las que no paraba de dar a las teclas equivocadas mientras tecleaba nuestros datos. Era la que más miedo dejaba ver en sus mensajes, exigiendo sin parar saber quién soy y por qué le estoy haciendo esto.

Luego está la mujer a la que le temblaban las papadas al negar con la cabeza. La que prometió conseguirnos la hipoteca y luego no hizo más que decirnos que no. Como siempre hace todo el mundo.

—Ya me imaginaba que *tú* meterías las narices. —Señalo a la autora que se negó a promocionar los libros de Franky. Igual que la bookfluencer, estaba dispuesta a ayudar a otros escritores, pero cuando se trataba de Franky, no le daba ni la hora.

—Asesinaste a mi amiga. —Sus ojos son duros como el mármol mientras me sostiene la mirada.

—¿Y dónde está la otra?

—¿A qué te refieres? —A la autora se le tuerce el labio superior de odio.

—Os estaba observando cuando llegasteis ayer a Leeds; había una quinta mujer, la embarazada.

La mujer por la que Franky estuvo coladísimo en su día, hasta el punto de que lleva tiempo intentando retomar el contacto con ella por Facebook.

—¿Y dónde está?

Nadie contesta. Echo un vistazo hacia la zona de vestuarios, donde una de las cabinas estaba cerrada cuando llegué, pero ni se me pasó por la cabeza que pudiera haber alguien dentro. ¿Ha estado ahí todo el tiempo? A lo mejor es a *ella* a quien debería ir a buscar.

—Me alucina que una *mujer* pueda comportarse así con otras mujeres. ¡Eres un auténtico monstruo! —Escupe la palabra *monstruo* como si fuera un trozo de ternilla que se saca de la boca.

La vista se me va a un jarrón que hay sobre la mesa junto a la tumbona. Aparte del jacuzzi, es lo único que puedo usar como arma.

A lo mejor, solo a lo mejor, podría defenderme de todas ellas con él. Y luego largarme de aquí cagando leches.

Pero justo cuando estoy a punto de agarrar el jarrón, la mirada de Antonia se desvía hacia la maceta que hay al lado del jacuzzi. Y si no hubiera estado observándola, se me habría escapado.

El destello de la luz en una pantalla. La pantalla de un móvil. Tienen que haber grabado cada palabra que he dicho desde que llegué.

Suenan sirenas a lo lejos. ¿Y si Kaylene, la ex de Franky, *está* de verdad en los vestuarios? ¿Y si ha llamado a la policía?

Tengo que irme, pero no puedo sin ese móvil.

—¿POR qué asesinaste a mi amiga? —A Leanne le tiembla la voz. No sé si de rabia o de miedo.

—La *odiaba*. —A mí también me tiembla la voz—. Igual que os odio a todas vosotras. Tengo cuentas pendientes con cada una de estas mujeres, de un modo u otro. Pero pensaba ocuparme de ellas de una en una. Jamás habría podido prever que me acorralaran todas juntas como han hecho en este spa.

—Sé perfectamente quién eres —dice la de más edad, Brenna. Sí, hasta me acuerdo de su nombre—. Y solo hacía mi trabajo cuando rechacé tu solicitud de hipoteca.

—Yo también —añade la más joven, Jade. De su nombre tampoco me olvidaría así como así—. Tú y tu marido no podíais permitiros el préstamo, estaba clarísimo.

—¿Quiénes sois *vosotras* para juzgarme a *mí*? —Casi escupo las palabras al suelo—. No tenéis ni idea de hasta qué punto me habéis arruinado la vida. Siento cómo el rencor se me endurece aún más mientras las miro a la cara una a una. Todas tienen parte de culpa de que mi vida se haya torcido tanto.

—Sigo sin entender qué haces aquí —dice Leanne—. El mensaje que envió Antonia era para tu marido.

Pronuncia la palabra *marido* con muchísimo veneno.

—Yo me he ocupado de sus mensajes.

Ocuparse es una forma de decirlo. *Hacerme pasar por él* es otra bien distinta.

Las tres mujeres intercambian miradas. Pese a la tensión, una especie de calma se ha instalado entre nosotras. Pero, sin duda, durará poco. Las sirenas suenan cada vez más fuerte y aún tengo que hacerme con ese móvil. Se me acaba el tiempo.

Si esa grabación desaparece, puedo deshacer todo esto; sé que puedo. Lo que se ha dicho quedará en mi palabra contra la suya. Luego podré esfumarme. Recogeré a las niñas de la fiesta de pijamas en casa de los vecinos y me largaré todo lo lejos de aquí que pueda permitirme. Puedo coger lo que hay en la caja fuerte de la panadería y juntarlo con lo que tengo apartado para el alquiler de los próximos meses.

—Creíamos que era *él* quien nos aterrorizaba con todos esos mensajes y esas visitas —responde Leanne—. Creíamos que *él* había matado a Chloe. —Me sobresalto cuando me agarra del brazo y me clava las uñas en la carne.

Me suelto de un tirón y me lanzo hacia la maceta. Voy a coger ese móvil, aunque sea lo último que haga.

Por un glorioso segundo, lo tengo en las manos. Entonces Leanne me agarra de un brazo, Brenna del otro, y el móvil sale patinando por el suelo de baldosas.

—Soltadme. —Me revuelvo y forcejeo para librarme de ellas, echando mano de hasta el último gramo de fuerza. Por fin consigo zafar un brazo. Con el brusco cambio de fuerzas, me giro con suficiente ímpetu para zafar también el otro.

Entonces, antes de que ninguna pueda impedirlo, lanzo un codazo hacia atrás y le doy a Leanne en plena cara. Ella grita y se tambalea hacia atrás.

Jade va a por el móvil. Me lanzo a sus pies y la derribo. Se le doblan las piernas y se golpea la cabeza contra el borde del jacuzzi. Por un instante, todo se detiene.

No se mueve. Un hilillo de sangre le baja desde la cabeza. Con un poco de suerte, la he matado.

Esa no ha tenido nada de premeditada, pero me vale.

—¡Dios mío! ¡Jade! —Los chillidos de Leanne me taladran los oídos mientras ella y Antonia se abalanzan a socorrerla.

Ahora puedo llegar hasta ese móvil.

Cuando me lanzo a por él, Brenna se me echa encima por la espalda y su peso me arrastra al suelo. Debe de darse cuenta de que no tiene casi ninguna posibilidad de sujetarme ella sola.

Echo una pierna hacia atrás y pateo con fuerza, dándole de lleno en la cara. Suelta un aullido mientras cae de espaldas, con la sangre brotándole de la nariz.

Mi atención vuelve al jarrón que hay sobre la mesa, con sus lucecitas tan inocentes. Antes de que nadie pueda impedirlo, lo agarro y lo estrello contra la columna, quedándome con la base dentada bien apretada en el puño. Puede que sean imaginaciones mías, pero las mujeres que me rodean parecen quedarse petrificadas al ver mi arma improvisada.

Bien.

Que no les quepa la menor duda de que rajaré a quien se me ponga por delante con tal de coger ese móvil.

Pero cuando miro más allá del jacuzzi, veo a Antonia de rodillas a su lado, con la cara surcada de lágrimas. Aprieta el móvil contra el pecho.

Entonces la mujer embarazada aparece en la puerta de los vestuarios. —He llamado a la policía —grita.

—Enciérrate en una cabina —le grita Leanne mientras arremete contra mí.

Doy un tajo y le abro un corte en el hombro con el cristal. Ella chilla mientras la sangre florece en la parte superior de su bañador: carmesí sobre blanco. Pero no se ocupa de la herida; sigue avanzando sin más.

Una de las otras mujeres se deja caer de rodillas y se abalanza sobre mis piernas, tirándome de espaldas al suelo. Otra vez son tres encima de mí. Y he soltado el jarrón.

La rabia me recorre entera mientras agito brazos y piernas en todas direcciones para quitármelas de encima, pero me mantienen inmovilizada contra el suelo.

Me tienen dominada hasta que mis dedos, en uno de esos manotazos, dan con un gran fragmento de cristal. Lo agarro y vuelvo a atacar, cortándole la muñeca a Brenna. Al ver brotar más sangre, todas retroceden; esta vez es Leanne quien socorre a Brenna.

Vuelvo a estar en pie, pero jadeando. Tengo otra oportunidad. Solo Antonia parece tener fuerzas para seguir luchando, pero también jadea.

Damos vueltas la una alrededor de la otra como leonas; yo sigo blandiendo el fragmento hasta que me lanzo hacia ella, la hago girar y consigo agarrarla por la nuca, empujando su cuerpo escuálido hacia el parapeto.

Empujo con más fuerza y la estampo contra el hormigón, doblándola hacia atrás sobre el muro. Será una caída desde buena altura; al menos servirá para darle un final más rápido que el del jacuzzi. Ya no volverá a afectarme, tal como lo había planeado desde el principio.

—¡No! ¡Para! ¡Socorro! —Me da una patada en la mano y suelto el fragmento.

Cuando me dispongo a arrojarla al vacío, todo enmudece. Ya no oigo las sirenas, pero la música sigue sonando y el jacuzzi sigue burbujeando.

Y, de momento, cinco de nosotras seguimos respirando en este spa.

JUSTO CUANDO ESTOY a punto de agacharme y terminar de hacerla perder el equilibrio, pego un chillido al sentir que algo me atraviesa la mano. La muy zorra me ha hincado los dientes en la carne.

Retrocedo a trompicones, sin resuello, mientras varias manos me agarran y me empujan de golpe contra el muro. Todas jadean; todas quieren lo mismo: retenerme, supongo, hasta que llegue la policía y me ponga las esposas.

Me tiran de las piernas y me dejan sin apoyo. Ahora es *mi* torso el que queda tendido sobre el muro, en vez del de Antonia. Son *mis* ojos los que miran fijamente el oscuro abismo de abajo.

Veo las siluetas de los árboles, oigo mi propia respiración entrecortada y noto la piedra fría del muro mientras me aplastan contra él, cargando todo su peso sobre mi espalda.

—Soltadme. —Intento hablar, pero tengo el pecho tan comprimido que apenas me sale sonido, solo un resuello.

Pero no aflojan; al contrario, aprietan más, tan empeñadas en mantenerme aquí como en temer por mi vida hasta que llegue la policía. En su cabeza, estarán intentando darme una lección. No van a tirarme al vacío; si fueran a hacerlo, ya lo habrían hecho.

—Hazlo —oigo decir a una de ellas—. Haremos que parezca que se ha tirado.

—No, no podemos. No seríamos mejores que ella.

—No merece vivir. Mira lo que ha hecho.

La cabeza me da vueltas y las manos, casi al unísono, me sujetan con más fuerza, unas más que otras, todas con motivos distintos para retenerme aquí.

Pero entonces un empujón me lanza al vacío.

Al principio pienso que quizá me esté imaginando lo que pasa. Pero no, estoy cayendo, sumida ahora en una eterna sensación de ingravidez, con el cuerpo paralizado por el terror mientras me precipito por el aire, el viento silbándome en los oídos mientras el instante se detiene.

Los rostros llenos de lágrimas de mis hijas me inundan la mente. No voy a volver a verlas nunca. Voy a morir sin poder despedirme, con ellas odiándome por haberles arruinado la vida.

Finalmente, cuando las copas de los árboles se abalanzan a mi encuentro, un dolor abrasador me desgarrar el pecho.

DURANTE UNOS INSTANTES, nos quedamos ahí, mirando hacia la oscuridad por la que ha desaparecido Tara, preguntándonos qué demonios acaba de pasar. No ha gritado al precipitarse hacia los árboles, ni se ha oído el golpe contra el suelo, ni nada de nada.

Las sirenas suenan como si estuvieran justo a la puerta del hotel. Tenemos minutos, quizá segundos, para cuadrar nuestras versiones.

¿Ha saltado? ¿Se ha caído? ¿O la ha empujado alguien?

De nuestros planes para sonsacarle una confesión a Franky Newsome seduciéndolo, hemos pasado a una pelea en toda regla, cuatro contra una, con su mujer, y el resultado ha sido que la hemos tirado por encima del muro.

Pero ¿qué otra cosa podíamos hacer?

Una a una, vamos recuperando el aliento, y recorro las baldosas con la mirada. No hay manera de negar el altercado que ha tenido lugar aquí: la sangre, los cristales, las heridas.

A medida que me va calando la magnitud de lo que acaba de pasar y el entumecimiento de pies a cabeza empieza a disiparse, las sensaciones vuelven a mi cuerpo, y por instinto llevo los dedos a la herida que me ha hecho Tara. Sangra mucho, pero no duele tanto como esperaba. Aunque, de repente, empiezo a temblar por la conmoción.

—¿Aceptaría la policía que alegáramos legítima defensa cuando era ella sola contra todas nosotras? —La voz de Brenna suena tensa mientras se cubre la nariz con la mano y la sangre le gotea al suelo. La tiene rota; de eso no cabe ninguna duda.

Mi mirada salta de los cristales al charco de sangre junto al jacuzzi, a más sangre hacia la zona de los vestuarios y a las salpicaduras del punto donde me acuchilló. Hay sangre por todas partes.

—Tenemos la grabación —dice Kaylene, mientras los cristales rotos crujen bajo sus pies y avanza con cuidado por las baldosas desde detrás de la pared del solárium—. Pero le di a parar justo cuando la llevabais hacia el muro. —Lleva la conmoción escrita en la cara mientras también inspecciona los destrozos.

—Eres una crack —dice Jade, acercándose a ella y echándole un brazo por encima de los hombros.

—En ese caso —digo—, creo que podemos contarle a la policía lo que ha pasado sin más. Podemos decirle qué hacía aquí y lo que se desató entre nosotras... hasta cierto punto.

—Estoy de acuerdo, pero no podemos contarles *todo* —dice Jade desde una de las tumbonas, donde está desplomada, sujetándose la cabeza ensangrentada—. Deberíamos decir que la teníamos acorralada y por eso saltó. Sabía que iba a acabar en la cárcel. ¿Estamos todas de acuerdo?

—No estás pensando con claridad después de ese golpe en la cabeza —exclama Brenna—. No podemos mentir así como así.

—No estoy preparada para enfrentarme a la policía —dice Antonia, deslizándose hasta quedar en cuclillas junto a la columna en la que se apoya—. No después de lo que acabamos de hacer. Y en cuanto a decir que saltó... bueno, no sé si soy capaz de mentir hasta ese punto.

—Ha matado a una mujer —chillo, y el escozor de la clavícula me arranca una mueca—. Y lo siento, pero tenemos que decidir qué vamos a hacer, y rápido, porque de un momento a otro la policía va a irrumpir por esa puerta.

—¿Tú qué crees que deberíamos hacer, Kaylene? —Todas las miradas se vuelven hacia ella.

Se rodea el vientre con las manos como si intentara proteger a sus bebés. —Ya se ha hecho bastante daño. —Su voz es un hilo—. Pero decidáis lo que decidáis las demás, yo os seguiré. Aunque ya intenté deciros que no podía haber sido Franky.

—Escuchad, esto se acaba aquí. —Miro a mi alrededor, a las mujeres que se han convertido en mis cómplices en los últimos minutos—. El acoso, las amenazas, el miedo. Ya no puede hacerle daño a *nadie*.

—¿Y por qué siento que no somos mejores que ella? —Brenna se enjuga las lágrimas de la cara y se emborrona la mejilla de sangre.

—Porque eres una persona completamente decente —respondo—. La mala era ella. —Señalo el punto donde forcejeábamos hace apenas unos instantes—. Nadie podría convencerme jamás de que Tara Newsome no mereciera lo que le acaba de pasar. Y tenemos la grabación para demostrarlo.

Esta vez nadie asiente, pero tampoco hay desacuerdo: nadie dice nada. Pero Kaylene busca mi mano, y Brenna me toca el brazo.

Y eso me basta como acuerdo.

—SEÑOR NEWSOME, soy el inspector jefe Stephens; estamos frente a su casa y necesitamos hablar con usted con urgencia.

Su tono no suena como si hubieran vuelto para arrastrarme otra vez a comisaría, pero ¿qué narices querrán a estas horas de la noche? —No estoy en casa. —La voz me sale estrangulada mientras contemplo la oscuridad del aparcamiento—. He estado durmiendo en el coche.

Las cosas no pueden ir mucho peor: no solo me han detenido en público y me han interrogado durante horas, sino que además mi cara ha salido por todas las redes sociales. Y por eso mi carrera de escritor está ahora hecha jirones. Ni siquiera puedo beberme una botella de whisky para ahogar las penas, no mientras técnicamente esté a cargo de un coche.

—Necesitamos hablar con usted sobre su mujer —dice el inspector jefe—. ¿Puede venir a casa ahora mismo?

—Pero Tara no me deja entrar; me ha dejado bien claro que tengo que mantenerme alejado de la casa. —Se me viene a la cabeza la cara furiosa de mi mujer la última vez que hablé con ella, junto al muro del jardín. Sus facciones afiladas no me dejaron ninguna duda del efecto que había causado mi detención. No he hecho nada malo —bueno, no en un sentido penal—, pero no había

ni una parte de ella dispuesta a apoyarme. Hubo un tiempo en que entre nosotros había amor y lealtad, pero está claro que esos días han quedado atrás del todo.

—¿Todavía tiene las llaves de su casa? —pregunta el inspector jefe, y hace que me sienta menos hombre aún.

—Eso espero. —Alargo la mano hacia donde cuelgan del contacto—. A no ser que haya cambiado la cerradura. Ahora mismo la creo capaz de cualquier cosa.

—¿Cuánto tardará en llegar?

—Estoy en un aparcamiento en lo alto de Otley Chevin, así que puedo estar ahí en diez minutos. Pero escuche, ¿no puede darme alguna pista de qué está pasando?

—Hablaemos con usted cuando llegue.

—Pero me están asustando. ¿Es alguna de mis niñas?

—No, no tiene nada que ver con ellas. Mire, pronto podremos aclararlo todo.

—Está bien, voy para allá. —Giro la llave y, por una vez, el motor arranca al primer intento.

El testigo de la reserva está encendido en el salpicadero, pero debería quedarme gasolina suficiente para llegar a casa a duras penas. No me puedo creer que no haya querido decirme por teléfono qué hay de tan urgente. Quizá quieran exonerarme, o tal vez tengan más preguntas. Pero por alguna razón sospecho que es algo más que eso.

Llego a la casa y me encuentro las ventanas a oscuras y al inspector jefe Stephens y al sargento Howell, los mismos agentes que me interrogaron en comisaría, caminando de un lado a otro por el camino de entrada con las manos hundidas en los bolsillos. Dejan de caminar cuando se dan cuenta de que he aparcado junto al muro.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde está mi familia? —Es demasiado pronto para que Tara se haya ido a la cama.

—¿Podemos pasar dentro? —dice el sargento mientras cierro el coche con llave.

—Pero ¿no está mi mujer ahí dentro?

Niega con la cabeza, y no se me escapa la mirada cautelosa que le lanza a su compañero. —¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Tara?

—Mejor hablamos dentro, ¿le parece?

—Solo para que lo sepas, tengo aquí a las niñas, Franky. —Me giro al oír la voz de una mujer que resuena desde la calle—. Tara me las dejó esta tarde. Y también al perro.

—Gracias —respondo, todavía sin saber en qué me estoy metiendo. Que yo sepa, Tara *nunca* ha dejado a las niñas, ni al perro, con Linda, nuestra vecina. Ni siquiera le cae bien esa mujer. Aunque, bueno, hay mucha gente que no le cae bien.

Debería quedar con Linda para recogerlos a todos cuando termine con la policía, pero la verdad es que necesito averiguar qué quieren los agentes de *mí* antes de organizar *nada*.

Le doy al interruptor de la luz y espero a que los dos agentes me sigan al recibidor. Cierro la puerta y me giro hacia ellos, con el corazón laténdome a lo que parecen doscientas pulsaciones por minuto.

—Quizá le convenga sentarse para lo que voy a decirle. —La voz del inspector jefe Stephens es suave, mucho más suave que en la sala de interrogatorios. Retrocedo y me siento en el tercer escalón de la escalera. *¿Qué narices está pasando?*

—Me temo que tengo malas noticias, Franky.

—Adelante. —Han pasado ya veinte minutos desde que recibí su llamada y sigo igual de perdido—. Dígamelo de una vez, ¡por favor!

—Me temo que ha habido un incidente esta tarde, en un spa en una azotea a las afueras de Harrogate.

—¿Y? —Nada de esto significa nada para mí, pero debe de ser adonde ha ido Tara esta tarde. Largándose a algún spa, dejando a nuestras hijas y al perro con una vecina que ni siquiera le cae bien mientras yo intento acomodarme para dormir en el coche.

—Ha habido un altercado entre su mujer y varias mujeres a las que ha estado enviando mensajes anónimos.

Me enderezo. —¿Mensajes? ¿Qué mensajes?

—Los mismos por los que lo interrogamos —responde esta vez el sargento—. A su exnovia, Kaylene; a otra mujer, Jade; también a su

asesora hipotecaria y a una empleada de la cooperativa de crédito con la que había tratado.

Me quedo mirándolo. No consigo entender nada de todo esto.

—Parece que su mujer podría haber estado intentando incriminarlo enviando mensajes a estas mujeres desde varias cuentas en Internet, Franky, pero de eso ya hablaremos más tarde.

El inspector jefe Stephens le frunce el ceño como si se hubiera pasado de la raya. Probablemente lo haya hecho, porque al fin y al cabo el inspector jefe todavía no ha terminado de decirme lo que intentaba contarme. Lo que ha salido a la luz hasta ahora ya es bastante espantoso, pero por la expresión de su cara, hay más.

—¿Que ha hecho *qué*? Pero ¿cómo? ¿Por qué me haría algo así? No lo entiendo. —Se me aparece su cara otra vez: la mujer a la que un día le prometí amor eterno. En aquellos días habríamos hecho cualquier cosa el uno por el otro. Éramos ella y yo contra el mundo. ¿Cómo iba a haberme traicionado hasta el punto de intentar incriminarme ante la policía?

—Su mujer también ha confesado otra cosa, Franky. —El inspector jefe se inclina hacia delante y me pone la mano en el hombro.

—¿El qué? —No me imagino qué puede ser. ¿Cómo podrían empeorar las cosas todavía más?

—Tenemos una grabación de Tara confesando el asesinato de Chloe Taylor; también de eso esperaba que usted cargara con la culpa.

Me quedo paralizado, casi como si no pudiera moverme.

—Franky, ¿ha oído lo que acabo de decir? ¿Lo entiende?

Me lo ha soltado casi como si no fuera nada. Pero en un solo instante, toda mi vida ha dado un vuelco. Y no solo la mía. ¿Y las niñas? Ya han pasado por bastante creyendo que su padre podía ser capaz de algo así. Pero ¿su madre? Tiene que haber algún error.

La bilis me quema el fondo de la garganta mientras intento articular una respuesta. —Pero... pero eso ocurrió en Londres, ¿no? Tara no pudo estar en Londres.

Un momento, ¿qué estoy diciendo? Puede que esa fuera la noche en que dijo que había estado bebiendo y luego caminando, la noche

que dijo que no se veía capaz de volver a casa. Eran más de las ocho de la mañana cuando por fin dio la cara, y me avergüenza reconocer que ni siquiera se me pasó por la cabeza hacer nada por su ausencia. Simplemente di por hecho que había encontrado otro sitio donde pasar la noche.

Pero ¿por qué le doy tanta importancia a si estuvo en Londres o no? Están diciendo que ha *asesinado* a una mujer.

—No pudo ser ella. —Por fin recupero la voz—. Habrá sido muchas cosas a veces, pero...

—Tenemos una grabación —me interrumpe—. Y ahora también dispondremos de su ADN para compararlo con los indicios hallados en la habitación.

—Entonces, ¿la han detenido? ¿Es eso lo que han venido a decirme? —Casi siento alivio. Por un momento pensé que iban a decirme algún disparate, como que estaba muerta. Suelto un largo suspiro entrecortado. Lo que tengo que contarles a las niñas ya es bastante grave de por sí.

—Me temo que no. —La expresión del inspector jefe se ensombrece aún más.

Miro de un agente al otro. No consigo descifrar qué está pasando.

—Franky. —El inspector jefe Stephens vuelve a tocarme el hombro—. Lamento tener que informarle de que Tara saltó desde una azotea, a setenta pies de altura, al bosque que había debajo.

—¿Qué?

—Las mujeres que estaban con ella en ese momento dijeron que quizá creyó que no tenía otra salida después de su confesión.

—No. —Sacudo la cabeza con violencia—. Ella no haría eso. No les haría eso a nuestras hijas. —Se me ha puesto la piel de gallina en todo el cuerpo y una gota de sudor me resbala desde la axila por el costado.

—No se había dado cuenta de que estaban grabando lo que decía. Parece que se vio ante dos opciones: que la detuvieran o saltar desde la azotea.

—Entonces, ¿qué me está diciendo? ¿Está en el hospital? —Echo un vistazo por el recibidor. No llevo suficiente gasolina en el coche, y

la gasolinera más cercana estará cerrada. A lo mejor me lleva la policía, porque no me veo en condiciones de conducir.

Los agentes se miran, y por un instante siento que el corazón se me para. Resulta que era malvada, pero yo la quería. La quería, y aun así era malvada.

—Hace aproximadamente una hora, recuperaron el cuerpo de su esposa en el bosque. —Habla con tanta suavidad que por un momento me pregunto si habré oído mal.

—¿El *cuerpo*? —A mi cerebro le cuesta procesar lo que acaba de decir. En cualquier momento voy a despertarme y a darme cuenta de que estaba teniendo una pesadilla. Me pellizco el dorso de la mano, con la esperanza de despertar, zarandear a mi mujer, que estará a mi lado, y decirle: «No te vas a creer el sueño que acabo de tener».

—Lamento muchísimo decirle que su esposa ha muerto.

—No, no puede ser.

—Lo siento, Franky. —El inspector jefe se agacha frente a mí—. ¿Hay alguien a quien podamos llamar para que esté con usted esta noche? No debería quedarse solo.

—No, no hay nadie. Nadie en absoluto. Mis padres han muerto los dos, y mi hermano se fue a vivir lejos; apenas tenemos contacto ya. Estaba durmiendo en el coche, por el amor de Dios. Así de poca gente hay en mi vida. —Bajo la cabeza. Sueno de lo más patético.

—¿Le traigo algo, Franky?

—Espere, no consigo asimilarlo. ¿Me está diciendo que fue *Tara* quien mató a esa mujer, que *Tara* era el troll que me acusaban a *mí* de ser?

—Desde luego, todo apunta a eso —responde—. Está claro que aún queda mucho por investigar, pero lo mantendremos informado en cada paso del proceso.

El recibidor parece inclinarse hacia un lado mientras intento encajar las piezas que me han dado. He pasado de estar señalado en todas las redes sociales como asesino y como troll a ser la parte *agraviada*, alguien a quien le han tendido una trampa, una víctima de mi propia mujer; alguien a quien la policía ahora va a *mantener informado*.

—¿Todo esto es culpa mía?

Tiene que serlo. He sido un marido pésimo y un desastre con el dinero. Sé que estaba escribiéndome con mujeres en la web de citas, buscando la atención que mi mujer no quería darme, pero eso no justifica mi comportamiento.

Sin embargo, yo no maté a nadie; no troleé a nadie.

En eso tengo la conciencia tranquila.

—¿Cómo hizo lo que dicen que hizo? Quiero decir, ¿cómo pueden estar seguros?

—Por lo que sabemos hasta ahora, parece que intentaba incriminarle a *usted* —responde el inspector jefe—. Pero, como le digo, todavía nos queda mucho por hacer con esto.

Entonces, ¿*Tara* era el monstruo por el que intentaba hacerme pasar a *mí*?

—Sigue sin tener sentido. ¿Por qué no me dejó si tanto me odiaba? —Una oleada de rabia me recorre el cuerpo. ¿Qué le pasaba a esa mujer? ¿Por qué ha destrozado tantas vidas con esa frialdad?

El sargento me lanza una mirada como si intentara decir: *Usted es el autor de thrillers. ¿Por qué hace la gente las cosas que hace?* Pero decirlo probablemente sobrepasaría los límites de la profesionalidad.

—Las niñas. —No necesito decir más para que las lágrimas me quemen detrás de los ojos. Pronto voy a tener que decirles que su madre ha muerto. Como si no hubieran sufrido ya bastante después de casi una semana creyendo que su padre era un criminal. Y poco después de eso, perderemos la casa.

—Vaya paso a paso —dice el sargento, como si supiera lo que me pasa por la cabeza—. Primero necesita hacerse a la idea de lo que ha ocurrido. ¿Quiere que hablemos nosotros con la vecina, que le preguntemos si puede quedarse con sus hijas hasta mañana por la mañana?

Asiento con la cabeza. —Sinceramente, no puedo enfrentarme a ellas esta noche. No tengo ni idea de qué les voy a decir.

Los sollozos me sacuden entero al darme cuenta de que Tara nunca volverá a asomarse a verlas mientras duermen ni a prepararlas para el colegio. Sé que se sentía un fracaso como madre; sé que no podía dejar de compararse con las demás, pero

¿esto? No puedo creer que se arriesgara a acabar en la cárcel, lejos de nuestras hijas. Tampoco puedo creer que se quitara la vida.

—¿Están seguros de que fue *ella* quien saltó? —Casi me atraganto con las palabras cuando un sollozo se me atasca en la garganta. Ya es bastante horrible tener que decirles a las niñas que ha muerto, pero que se ha suicidado tras confesar un asesinato, en fin, no logro imaginar siquiera cómo voy a explicarlo. Mia, que estaba más apegada a Tara, seguramente no me creerá, y en cuanto a Olive, a esa edad en la que solo intenta encajar con sus compañeros, se derrumbará cuando le dé la noticia mañana.

—Las mujeres que estaban con ella gozan todas de buena reputación en la comunidad —responde el inspector jefe—. Y todas nos cuentan la misma versión de los hechos. Pero, evidentemente, será necesaria una identificación formal.

Asiento con la cabeza, y entonces me sacuden nuevos sollozos mientras dejo caer la cabeza entre las manos. Puede que Tara se convirtiera en una asesina, pero yo la quería a mi manera. Han sido quince años de matrimonio; es la madre de mis hijas.

¿Cómo cojones ha podido acabar todo así?

—¡Dios mío, eres *tú*! —Me aparto de la mujer vestida de negro, cuya cara de entusiasmo no encaja con la solemnidad de la ocasión—. Pero, *claro*, tenías que estar aquí hoy: vosotras dos erais amigas. En fin, me he leído *todos* tus libros... isolo quería que lo supieras!

A juzgar por las caras que nos rodean, la gente observa nuestro intercambio con curiosidad o con desagrado. Es lo último que quería. Este día es de Chloe y no tiene absolutamente nada que ver con mis libros.

—Por favor. —Frunzo el ceño a la mujer—. Hay un momento y un lugar para estas cosas, y el funeral de Chloe no es ni lo uno ni lo otro.

Me alejo de ella justo cuando se hace el silencio entre la multitud. Y no es de extrañar; el coche fúnebre se está deteniendo junto a la acera, con la familia de Chloe en el coche de detrás.

—No me puedo creer que esté ahí dentro —oigo murmurar a alguien cuando el ataúd cubierto de rosas aparece bajo los árboles, que empiezan a cambiar de color con el otoño—. Qué desperdicio tan tremendo.

Observo a Sue, a Barry y luego a Matt bajar del coche, seguidos de un niño y una niña que deben de ser el sobrino y la sobrina de

los que Chloe me habló y a los que claramente adoraba. Pero ¿y Elsie, la cuñada que Chloe quería llevar al estreno?

Entonces la veo, de pie en un extremo de la multitud. Pero ¿por qué no está con el resto de la familia?

—Vayan entrando en la iglesia y tomen asiento, por favor — resuena una voz autoritaria desde el umbral de la iglesia.

Brenna se me coge del brazo mientras nos giramos para seguir a los demás bajo el arco. Ha atraído unas cuantas miradas raras con la nariz vendada. Jade también, con el ojo morado y la cabeza magullada. A lo mejor la gente empieza a preguntarles por sus heridas en el velatorio, pero espero que sean demasiado educados.

Han pasado cuatro días desde nuestro enfrentamiento en la azotea, y la historia todavía no ha salido del todo a la luz; solo ha trascendido lo esencial, así que, cómo no, las especulaciones en las redes están a la orden del día. He recibido a través de mi web un mensaje de Franky Newsome en el que dice que lamenta todo lo que hizo Tara, pero no le he contestado. No sé qué decir.

—Esto me da pavor. —Kaylene se vuelve desde delante de nosotras, cogida del brazo de su marido. Al parecer, él le ha dicho que no va a perderla de vista hasta que nazcan los bebés, cosa que podría pasar literalmente en cualquier momento. Puede que no debiera estar hoy aquí, a treinta millas de su casa y de su hospital en York, pero, como ella misma dijo, no soportaba la idea de no venir.

Lo de mi marido es otra historia.

Por supuesto, desde hace un par de años sé que Eamon está celoso de mi éxito, pero he seguido mirando para otro lado, sumergiéndome en mi trabajo y centrándome en las niñas.

No he vuelto a casa desde que amenazó con cambiar las cerraduras, pero he hablado con él por FaceTime. Durante esa conversación, admitió que había acorralado a Chloe a la salida de los baños en el estreno y que le había dicho que debía marcharse, dada la cantidad que había bebido. Luego me dijo que esa es la clase de gente que meto en mi vida últimamente, y que he cambiado.

Así que le dije que nuestro matrimonio se ha acabado.

Lo que le pasó a Chloe me ha hecho darme cuenta de lo corta y valiosa que es la vida. No puedo seguir casada con alguien que no me hace feliz. Estar lejos de Eamon me ha demostrado que ni siquiera quiero volver a casa con él. Si no fuera por mis hijas, no volvería allí para nada. A mi suegra le romperá el corazón nuestra ruptura, pero en el fondo probablemente lo entenderá.

Me siento junto a Antonia y me encuentro en el extremo del banco que da al pasillo central.

—¿Te importa si me siento contigo?

Me giro en mi asiento, sorprendida al descubrir que la voz es de Elsie.

—Claro que no —respondo, dando unas palmaditas en el hueco a mi lado—. Pero perdona que te pregunte: ¿no deberías sentarte delante, con tu marido?

—Nos hemos separado —susurra—. Oye, Leanne... ¿puedo hablar contigo luego, quizá en el velatorio? Me vendría bien desahogarme con alguien.

—Sí, claro —respondo. Vaya, esto sí que no me lo esperaba. Debe de haber algo en el aire. Eamon y yo, ella y Matt. Pero menudo momento para separarse... justo en los días previos al funeral de Chloe. Me pregunto qué habrá pasado. Pero no hay tiempo para decir nada más. Las primeras notas de *Footprints in the Sand* resuenan entre los muros de piedra, y el mar de gente vestida de negro que abarrota la iglesia de lado a lado y de delante atrás se pone en pie.

El ataúd de Chloe pasa a nuestro lado, seguido de su familia. Sus padres están hechos polvo, pero no miran a Elsie al pasar junto a ella.

Matt, flanqueado por su hijo y su hija, igual de desconsolados, tiene los ojos extrañamente secos. La niña busca la mano de Elsie, apenas un instante al pasar, pero lo suficiente para que signifique algo.

Matt fulmina a Elsie con la mirada antes de volver la cara al frente y clavar de nuevo la vista en el ataúd de su hermana.

Siento cómo la fuerza de los sollozos de Elsie la sacude a mi lado mientras la procesión llega al altar. Le paso el brazo por los hombros. Sea lo que sea lo que ha pasado, no debería estar sola en un momento así.

APENAS SOPORTO MIRAR las fotos de Chloe, expuestas en paneles por todo el pub. Pero, como la mujer que intentó abordarme antes de la ceremonia no deja de buscarme con la mirada, me parece más sensato hacer como que estoy entretenida mirando algo. Normalmente me encanta conocer a mis lectores, pero hoy no me parece apropiado.

—Gracias por venir. —Sue aparece a mi lado—. Siento no haber tenido fuerzas para contestar a tus mensajes este fin de semana.

—No pasa nada. Lo entiendo perfectamente.

—Han pasado muchas cosas. —Hace un gesto con la cabeza hacia la barra, donde está Elsie, observándonos.

—¿Qué demonios ha pasado entre esos dos?

Elsie aún no ha vuelto a insistir en su petición de hablar conmigo. Seguramente esté esperando el momento oportuno.

—Yo tenía otro concepto de mi nuera. —Sue le da la espalda—. Ni siquiera quiere contarme qué ha pasado entre ellos.

—Seguro que lo hará, cuando llegue el momento.

—La verdad, cualquier mujer capaz de abandonar a mi hijo y llevarse a mis nietos tres días antes del funeral de su única hermana no merece ni mi tiempo ni mi atención. Por lo que a mí respecta, la ha cagado.

Elsie se vuelve hacia la barra. Debe de saber perfectamente de qué estamos hablando, y seguramente esté angustiadísima. Me gustaría decirle a Sue que Elsie debe de tener una buena razón para hacer lo que ha hecho, pero no me corresponde meterme.

—*Él* también ha intentado ponerse en contacto conmigo.

—¿Quién?

—El *marido*. —Escupe la palabra como si le diera asco—. Puede que Franky Newsome no fuera quien envió los mensajes a mi hija, puede que no fuera quien la asesinó, pero, si no se hubiera dedicado a molestar a Chloe como lo hizo, ella nunca habría estado en el punto de mira de esa bruja malvada.

—Entiendo perfectamente cómo te sientes. —Mi voz apenas se oye entre el murmullo de los asistentes a nuestro alrededor.

—*Tú* estabas allí cuando saltó, ¿verdad? Deberías haber grabado esa parte.

Le ofrezco una sonrisa débil. Lo que Sue no puede saber jamás es que, de haber seguido grabando, todas nos habríamos incriminado. En vez de estar hoy aquí, seguramente estaríamos todas detenidas.

Echo un vistazo por la sala del pub, hacia la mesa de las mujeres con las que he creado un vínculo tan estrecho en los últimos días. Ahora nos une un secreto que solo nosotras cinco podemos saber, pase lo que pase.

Al menos hoy asistimos al funeral de Chloe como amigas, y no como víctimas. Pero solo una de nosotras sabe quién le dio a Tara el empujón final y definitivo hacia la muerte.

Y esa persona es la que lo hizo.

Así que hemos hecho un pacto: la cuestión de cuál de nosotras fue no volverá a sacarse nunca.

—Habría preferido verla sufrir, verla pudrirse hasta el último de sus días en una celda. Pero no, tuvo que tomar el camino fácil.

—¿Estás lista para abrir el bufé?

Sue se vuelve hacia la mujer, y aprovecho la ocasión para alejarme de la exposición de fotos y buscar a Elsie ahora que sigue sola.

—¿Estás bien?

Tiene los ojos enormes en su rostro ceniciento, y parece haber perdido unos seis kilos desde que la conocí a las puertas de la comisaría hace ni siquiera tres semanas. Es un lapso de tiempo brevísimo, en realidad, y, sin embargo, han pasado tantísimas cosas desde entonces.

—¿Podemos salir, Leanne? No puedo permitir que nadie oiga lo que voy a decir.

Miro alrededor para asegurarme de que nadie nos ve salir del pub, cojo a Elsie del brazo y nos dirigimos hacia la puerta, parpadeando al pasar de la penumbra del pub al pleno sol. Es un alivio cambiar el ambiente cargado de la sala por el aire fresco de octubre y escapar de las voces apagadas de los demás asistentes.

—Espera un momento. —Echa un vistazo a la puerta lateral que da al jardín del pub, por donde acabamos de salir—. Necesito asegurarme de que nadie nos haya visto ni nos haya seguido.

—¿Como Matt, quieres decir?

—O Sue o Barry. No quiero que se enteren.

—¿Que se enteren de *qué*?

—No sé cómo decir esto; de hecho, llevo desde el viernes intentando encontrar la manera de expresarlo.

—Tómate tu tiempo, Elsie. Tranquila, no me voy a ir a ninguna parte. —La observo mientras se debate, claramente, con lo que sea que está a punto de contarme.

Traga saliva. —Chloe le estaba escribiendo a Matt para pedirle ayuda. —Suelta un largo suspiro, como si empezara a sentir algo de alivio al confiárselo a alguien.

—¿Cuándo?

—La noche en que murió.

—¿Vale? —Espero a que continúe.

—Toda la noche. —Me mira como si estuviera desesperada por que la entienda.

—¿Quieres decir mientras estaba conmigo aquella noche en el estreno de la película? Supongo que sí que la vi bastante pendiente del móvil, pero no me pareció raro. —Pero, a juzgar por la angustia en el rostro de Elsie, tengo que callarme y escuchar.

Asiente. —No supe nada de todo esto hasta hace unos días, cuando se dejó la pantalla de WhatsApp abierta en el móvil.

—¿Así que miraste?

Vuelve a asentir. —Vino alguien a la puerta a hablar con él, y normalmente yo nunca le miraría el móvil, pero la pantalla estaba encendida sobre el brazo del sillón, y vi el nombre de Chloe arriba del todo en la lista de mensajes. —Se seca las lágrimas con la manga de su vestido negro.

—No tienes por qué poner excusas por mirarle el móvil, ¿sabes? No si sospechabas algo.

—Pensé que leer palabras que ella misma había escrito me ayudaría con el duelo; ya sabes, descubrir que quizá Chloe y Matt se hubieran dicho alguna palabra amable en sus últimos días. Se había vuelto tan frío con ella.

Espero mientras hace una pausa; está claro que le cuesta.

—Una parte de mí desearía no haber mirado nunca.

Me quedo callada. Esto suena a que va a ser gordo.

—Había una foto de una nota que había aparecido en su despacho y que ella le había reenviado.

—Ahora ya lo sé todo. —Cierro los ojos un momento.

—Entonces sabrás que alguien había estado en su casa ese día.

—Le falta el aire mientras atropella las palabras—. Pobre Chloe. Debió de quedarse aterrada cuando recibió esa foto.

—Ojalá lo hubiera sabido. —Cada vez que pienso en eso, es como un puñetazo en el estómago.

—¿Te contó que había sentido que alguien la observaba en el metro y que luego la seguía hasta Piccadilly? ¿Cuando iba de camino a lo de tu película?

—Ni siquiera sabía que había venido en metro. Creía que había cogido un taxi; se lo había dicho.

—Matt lo sabía todo. Y ni siquiera le contestó.

Dejo que eso cale mientras echo un vistazo a la puerta del pub. Esto es horrible.

—Como te decía, esa noche le mandó un montón de mensajes. Así que, mientras él estaba liado en la puerta, me fui corriendo al baño y me encerré para leerlos todos.

Se detiene de nuevo, como si intentara recomponerse.

—¿Sabes si al menos los llegó a ver?

—Había confirmaciones de lectura en todos los mensajes que le había mandado esa noche, todas con la hora a la que iban llegando. Sabía que nos quedábamos en Londres y solo quería volver a nuestro hotel y dormir en el suelo de nuestra habitación después de la película. Dijo que esa noche no se sentía segura pasándola sola.

—¿Pero él no te contó nada de todo esto en su momento?

—Ni una palabra. —Se enjuga las lágrimas.

—Sabía que algo iba mal, pero ella solo dijo que ya me lo *contaría mañana*. —Dibuja las comillas en el aire con los dedos—. No te imaginas lo mucho que me he machacado por no haberle sacado todo a la fuerza.

—No habría querido estropearle la noche.

—Lo cual es ridículo, dadas las circunstancias.

—Esa era Chloe de los pies a la cabeza. —Elsie se suena la nariz.

—¿No intentó escribirte a *tí*?

Traga saliva, con el labio inferior temblándole. Parece que las lágrimas le caen cada vez más deprisa. —Ojalá lo hubiera hecho. Pero seguramente le preocupaba que me entrara el pánico y cruzara Londres sola para reunirme con ella. Cosa que, por supuesto, habría hecho.

Cierro los ojos otra vez. Si tan solo su hermano hubiera hecho algo. Si tan solo me lo hubiera contado a *mí*.

—Todavía no te he contado lo del peor mensaje.

No puedo creer que aún haya más. Espero.

—Es la razón principal por la que cogí a los niños y me fui a casa de mis padres. —Elsie se seca los ojos.

—Sigue.

—Fue el último mensaje que Chloe le mandó a Matt. Seguramente fue el último mensaje que le mandó a *nadie*.

La miro fijamente, preguntándome qué demonios está a punto de contarme.

—Su último mensaje a él fue a las 23:37. Creo que para entonces yo ya estaba dormida. —Su voz es apenas un susurro.

Las 23:37. Yo estaba de vuelta en mi hotel. Achispada, feliz y orgullosa. Mientras tanto, la pobre Chloe estaba aterrorizada y pedía ayuda a solo unas millas de distancia. Me recorre un escalofrío mientras me apoyo en la pared.

—Matt lo leyó a las 23:38. Nunca olvidaré la hora: la tengo grabada en la mente.

—¿Qué decía el mensaje? —Hago la pregunta, pero casi todo en mí no quiere saberlo.

—Decía —traga un sollozo—: «Por favor, ayúdame, Matt, creo que hay alguien fuera. No he cerrado la puerta con llave y tengo demasiado miedo para...». —Las lágrimas le corren por la cara—. Las palabras también las tengo grabadas en la mente, y el instante exacto en que se cortan.

—Ahí debió de ser cuando entró.

Aunque aquí fuera hace sol, estoy helada hasta los huesos. Apenas soporto pensar en los últimos momentos de Chloe antes de que Tara Newsome le pusiera la almohada sobre la cara y la asfixiara hasta matarla. Tal como estaba Chloe, no tenía ninguna posibilidad de defenderse. —¿Y su hermano leyó ese mensaje? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

Asiente. —Pero luego se fue a dormir, joder. —Su voz se endurece de pronto con la rabia—. No hizo *nada* por ayudar a su hermana. Ni siquiera le dijo a nadie que se había puesto en contacto. Su hermana le importaba una mierda, y si no hubiera sido porque yo me hice con su móvil, jamás me habría enterado.

Por una vez, me quedo sin palabras. Me limito a mirar al cielo, a oír los pájaros, un coche que pasa, el ruido de la gente al otro lado de la puerta del pub. El mundo siguiendo su curso sin la pobre Chloe.

—Tenía celos de su hermana —continúa—. Su carrera iba de maravilla, y tenía mucho que enseñar por todo su trabajo.

—¿Ignoró sus súplicas de ayuda por *eso*? —No me lo puedo creer.

—Por desgracia, la cosa viene de mucho más hondo.

—¿A qué te refieres?

—Creía que sus padres la querían muchísimo más que a él y se refería a ella constantemente como *la elegida* o *el ojito derecho*. Cuando estaban juntos, la ignoraba. Pero de niños hubo una época en que estuvieron muy unidos, lo que hace más difícil entender lo resentido que se volvió. Creo que viene del dinero que Barry le dio para la entrada de su casa cuando ella lo estaba pasando mal.

Dinero. Siempre en la raíz de tantos males. —¿Vas a contarles a Sue y a Barry lo de sus mensajes?

—¿Cómo voy a hacerlo? —Sorbe por la nariz—. Es el único hijo que les queda. —Nuevas lágrimas le resbalan a raudales por las mejillas—. Les rompería el corazón.

—Ven aquí. —Abro los brazos, la atraigo hacia mí y dejo que solloce sobre mi hombro.

PARA CUANDO VUELVO AL HOTEL, ya es tarde. Me quedo de pie junto a la ventana de mi habitación, contemplando el valle de Otley y las luces de las casas. Dentro, familias a las que nunca conoceré estarán haciendo cosas cotidianas, como ver la tele o discutir por a quién le toca fregar los platos.

Cómo vive la otra mitad.

He oído esa frase muchísimas veces. De amigas cuando estreno un vestido. De otras madres cuando vuelvo de vacaciones.

En sus últimos momentos, Tara también lo dio a entender. «Mirad lo que tenéis todas —dijo—. Mirad lo que a mí me falta». Y esa forma de pensar parece que era también lo que movía a Matt.

Pero ¿existe de verdad *la otra mitad*? ¿O es que todos creemos que a otro le va mejor, cuando en realidad seguramente se está ahogando en algo que ni siquiera imaginamos?

En mi caso, me estoy ahogando en la culpa.

La culpa de haber dejado a Chloe completamente sola aquella noche. Me cala tan hondo que no sé si algún día volveré a ser capaz de escribir.

Culpa también por lo de Franky Newsome: acusado injustamente y ahora padre soltero, peleando por sacar adelante a sus dos hijas.

He decidido que haré todo lo que esté en mi mano para darle a su carrera el empujón que necesita.

Es lo mínimo que puedo hacer después de haber ignorado mis primeras corazonadas.

Antes de que detuvieran a Franky, tenía la clara sensación de que los mensajes que recibía todo el mundo delataban una mano femenina detrás de las palabras. Me rondaba la cabeza una y otra vez, pero no le hice caso.

Así que fui igual de mala que los demás. *Culpable hasta que se demuestre lo contrario*, creía, mientras me dejaba llevar por las pruebas evidentes contra Franky, aplastando mis sospechas iniciales hasta dejarlas tan pequeñas que ya no podían respirar.

Pero no siento ninguna culpa por lo que le hicimos a Tara, y nunca la sentiré.

No alimentes a los trolls, dicen. Mata al troll en su lugar.



Gracias por leer *El Troll*. Espero que lo hayas disfrutado y te agradecería muchísimo que te plantearas dejar una reseña en Amazon. ¡También ayudará a que otros lectores lo encuentren!

Para estar al día de las novedades y ofertas especiales, apúntate a mi lista «mantengámonos en contacto» [aquí](#). Recibirás un eBook gratis como agradecimiento por suscribirte.

Si te apetece leer más, puedes encontrar en Amazon mi próximo thriller psicológico, [Lo que me hicieron hacer](#). En él conocerás a Jessica, una profesora que se encuentra cara a cara con una de las personas que la acosaban en el colegio y que ahora tiene a un hijo en su clase.

Pero solo una de las dos la reconoce, lo que permite a Jessica vengarse de la pesadilla que sufrió en la infancia.



Sigue mi página de autor de Amazon para recibir alertas automáticas por correo electrónico de Amazon cada vez que sale mi próximo libro o se anuncia una oferta especial. [Sígueme haciendo clic aquí.](#)

PREGUNTAS PARA EL CLUB DE LECTURA

1. Chloe usa su plataforma con generosidad: promociona a autores y da la bienvenida a nuevas voces. En una novela sobre el lado más oscuro de la cultura online, ¿debería haberla orientado de otra manera?
2. Las motivaciones de Tara nacen de agravios reales: la ruina económica, un marido infiel, una orden de desahucio, lo que ella percibe como sus fracasos como madre. ¿Te pareció que el libro te pedía que la comprendieras, que la perdonaras, ambas cosas o ninguna?
3. ¿Cómo afectó a tu experiencia de lectura perder al personaje con el que más te habías identificado durante la primera mitad? ¿Te sorprendiste implicándote de otra forma con Leanne a partir de ahí?
4. Matt, el hermano de Chloe, se muestra hostil con Leanne durante toda la investigación. El epílogo revela que Chloe acudió a él para pedirle ayuda y que él no hizo nada. ¿Debería Elsie contarles a Sue y Barry lo que sabe?
5. Las cuatro mujeres agraviadas —Antonia, Jade, Kaylene y Brenna— se unen sin conocerse, por compartir una experiencia. Comenta

cómo se forma su comunidad bajo presión. ¿Con cuál de ellas sentiste más afinidad y por qué?

6. El matrimonio de Leanne con Eamon se va deteriorando a lo largo del libro. ¿Interpretaste el comportamiento de Eamon como sospechoso, controlador o simplemente como el de un marido desatendido? ¿Cómo lo utiliza el libro como pista falsa y te convenció la forma en que se resuelve su trama?

7. La novela juega con las suposiciones del lector en torno al género. La policía, las mujeres agraviadas, los medios, Leanne: todos dan por sentado que el troll es un hombre. ¿Qué sugiere el libro sobre las suposiciones que hacemos cuando se hace daño a una mujer?

8. Kaylene detiene la grabación antes del empujón que recibe Tara. También llama a la policía, y con ambas decisiones protege al grupo. ¿Cuál es su papel en la resolución moral del libro? ¿Llega al final de una manera distinta a las otras mujeres?

9. Leanne dice de Tara: *Nadie podría convencerme jamás de que Tara Newsome no mereciera morir*. ¿Estás de acuerdo?

10. Tanto Tara como Leanne terminan el libro habiendo matado a alguien que creían que merecía morir. ¿Son iguales? ¿Qué las diferencia, si es que algo lo hace?

11. Franky se queda como padre soltero de Olive y Mia, que han perdido a su madre y ahora saben de lo que era capaz. Si pudieras imaginar un epílogo para las dos hijas, ¿cómo crees que serían sus vidas diez años después?

12. La novela termina con la frase de Leanne: *Mata al troll en su lugar*. ¿Es un mensaje de empoderamiento, una advertencia o algo más inquietante?

PRÓLOGO — LO QUE ME HICIERON HACER

Todo comienza con un rasguño en la parte posterior de mi garganta.

Una irritación seca, como si hubiera tragado una mosca mientras pedaleaba a toda velocidad. Luego una sombra cruza mi visión y el aire cambia.

Es caliente y pesado, negándose a entrar en mis pulmones. Intento gritar, pedir ayuda, pero mis vías respiratorias están bloqueadas. Todo lo que puedo escuchar es una respiración que no es la mía.

Dos manos presionan hacia abajo, luego lo que podría ser una rodilla o un codo se aplasta contra mis costillas, mientras el sonido amortiguado de una voz se aleja aún más – ¿o es una risa?

Necesito tragar.

Pero no puedo, simplemente no puedo. Mi garganta está congelada, mi lengua hinchada en mi boca, y mi cuerpo es totalmente impotente para obedecerme.

Mis miembros se agitan en todas direcciones; arqueo la espalda e intento jadear pidiendo ayuda en los momentos que lucen como si fueran los últimos.

Si la ayuda que necesito no llega a tiempo.

[Descubre más en Amazon](#)

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, agradezco a mi maravilloso esposo, Michael. Es mi primer lector y es vital para mi proceso de edición de cada una de mis novelas. Su apoyo continuo significa más de lo que puedo expresar.

Un agradecimiento especial va a mi maravilloso Beta Team sin el cual no podría arreglármelas:

Charlotte y Phil Baddeley, Angela Benyon, Sue Burkett, Pheadra Farah, Julie Haigh, Shawna Purnell, y Nicki Tetley.

Otro agradecimiento enorme va a los lectores que optaron por mi Arc Team y mi Street Team, todos aquellos que se tomaron el tiempo y la molestia de leer una copia anticipada de El Troll y ofrecer retroalimentación y difundir la palabra sobre mi nuevo lanzamiento. Son una parte vital de mi negocio como autora, y no sé qué haría sin ellos.

Esta es mi vigésimo novena novela de largo aliento, y cada vez es más difícil pensar en nombres para mis personajes. Por lo tanto, estoy agradecida con los miembros del grupo que ofrecieron sus propios nombres para que los use! Ellos son:

Franky - Propuesto por Rachel Browning y Tracy Mainwaring

Tara - Propuesto por April Minor

Olive - Propuesto por Angela Benyon

Mia - Propuesto por Lou Hart

Stella (perro) Propuesto por Suzan Horvath Larson

Chloé - Propuesto por Melanie Dent

Leanne - Propuesto por Sarah Bloomfield
Jade - Propuesto por Maddie Weeks y Tori Apple
Antonia (Antonia Malone)
Kaylene - Propuesto por Kelly Shelton
Brenna (Brenna Johnson)
Ruby (perro) Propuesto por Pheadra Farah

Siempre estaré agradecida con Leeds Trinity University y mis tutores de Maestría en Escritura Creativa allí, Martyn, Amina y Oz. Mi título de maestría en 2015 fue el trampolín para poder escribir como profesión.

Y gracias especialmente a usted, el lector. Gracias por tomarse el tiempo de leer esta historia. Espero que la haya disfrutado.

ACERCA DEL AUTOR

Maria Frankland tiene un historial de búsquedas en internet dudoso y una suegra muy preocupada. Sin embargo, ninguna de estas cosas puede impedirle escribir thrillers psicológicos cautivadores en los que nunca encontrarás un final feliz.

Sus novelas se desarrollan principalmente en Inglaterra. Son personas que podrían vivir al lado de tu casa, o más cerca aún... no digas que no te lo advertimos.

Las novelas de Maria son dinámicas, realistas y con los pies en la tierra. Nunca se sabe lo que nos espera a la vuelta de la esquina...

